Grupo Editorial Portal



Los gemelos rechazados del MAFIOSO

CARTEL VELÁZQUEZ · LIBRO 1



JÉSSICA MACEDO

Los gemelos rechazados por el MAFIOSO

CÁRTEL VELÁZQUEZ • LIBRO 1

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal Segredo

BELO HORIZONTE | 2026

Copyright ©2026 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra —ya sea en formato físico o electrónico— sin la autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

Portada y maquetación

Jéssica Macedo

Revisión

Sônia Carvalho

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que han existido realmente en algún momento de la historia para ambientar la trama. Cualquier parecido con la realidad será mera coincidencia.

Índice

Índice

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60

Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Otras obras

Sinopsis

Agda Martins era una chica corriente, la hija menor de unos padres cariñosos y estudiante universitaria, hasta que el hombre equivocado se cruzó en su camino. Atractivo, con un acento marcado y tatuajes, parecía un extranjero guapo más en una fiesta. Cuando descubrió la verdad sobre él, ya era demasiado tarde...

Heredero de uno de los mayores cárteles de México, Sandro Alberto Velásquez acumulaba enemigos. Sin embargo, sus visitas a Brasil le daban cierta sensación de normalidad y le permitían bajar la guardia.

Debía ser apenas un día de fiesta con una joven brasileña guapísima; Sandro esperaba no volver a verla nunca más, pero aquello fue el comienzo de la pesadilla de Agda.

Un lío de una noche que acabó en un embarazo inesperado...

Agda tenía miedo de descubrir quién era el padre de sus bebés; aun así, decidió contárselo y se encontró con desprecio y rechazo. Pero ser abandonada por el hombre que la había dejado embarazada estaba lejos de ser su mayor sufrimiento, porque los enemigos de los Velásquez irían tras ella.



Sandro Velázquez

Capítulo 1

—Señor. —El auxiliar de vuelo colocó una bandeja delante de mí con un chupito de tequila, una rodaja de limón y una pizca de sal.

Asentí con un movimiento de cabeza y esperé a que el auxiliar se alejara antes de dar un sorbo a mi bebida.

Mordí el limón y sentí cómo el amargor se mezclaba con el ardor del tequila al bajarme por la garganta.

—¿Ha empezado pronto la fiesta, Sandro? —murmuró Joaquim a mi lado.

La sombra que me seguía desde que tuve fuerzas suficientes para andar por mi cuenta. Solía ser un guardaespaldas, pero a medida que crecí y pude valerme por mí mismo, acabó convirtiéndose más bien en un grano en el culo.

—Estoy de vacaciones.

—Deberías estar en casa con tus hermanos.

—Entonces, ¿por qué no te quedaste allí? —Me acomodé en el asiento del avión y miré hacia fuera. El cielo estaba muy nublado, lo que hacía imposible ver lo que quedaba abajo.

—Tu padre...

—Mi padre está en la cárcel y lo bastante lejos como para no dar órdenes. Y, además, ya soy mayorcito para no necesitarte.

—Por mucho que hayas crecido, Sandro, tu familia tiene suficientes enemigos como para que nunca bajemos la guardia.

—Lo sé. —Me encogí de hombros, sin prestarle atención a la misma cantinela de siempre.

Me había tomado unas vacaciones de México, de Sinaloa y de todo lo que me vinculaba a mi familia. Durante un tiempo podría estar en paz, o al menos eso quería creer.

Desde que mi padre y sus socios formaron el cártel en la década de los ochenta, cuando yo ni siquiera había nacido y mi hermano tenía poco más de dos años, creó un imperio muy lucrativo, pero condenó a toda la familia a una vida en las sombras. No es que me quejara, me gustaba involucrarme en los negocios y ser la mano derecha de mi hermano, que se había hecho cargo de todo tras el encarcelamiento de nuestro padre hacía tres años.

Pero, de vez en cuando, no estaba de más dejarlo todo atrás y fingir que la vida podía ser mucho más sencilla. Cada vez que deseaba hacerlo, me escapaba a Brasil y pasaba un tiempo con mi tía y mis primos.

Ella, Madalena Velásquez, que no estaba muy de acuerdo con los métodos poco ortodoxos de su hermano, se había distanciado de él, se había marchado de Sinaloa y se había ido a Cancún, donde acabó conociendo a un rico empresario brasileño, con quien se casó. Llevaba una vida tranquila en São Paulo y no hacía preguntas sobre mi padre, pero yo estaba seguro de que sabía lo de la cárcel.

Aunque yo no era su persona favorita, mi primo Pedro, su único hijo, se esforzaba por mantener el contacto conmigo y siempre me invitaba a visitarlo, invitaciones que, en la mayoría de los casos, no rechazaba.

Pasar un tiempo en Brasil solía sentarme bien y, siempre que no sacara a relucir temas relacionados con el cártel, mi tía me recibía bien. Ella no quería que arrastrara a su hijo a ese mundo y yo no tenía ninguna intención de hacerlo.

—Señor, hemos llegado. La torre nos ha dado autorización para aterrizar —avisó el auxiliar de vuelo.

Asentí con la cabeza antes de volverme hacia Joaquim.

—Será mejor que te abroches el cinturón.

Me dedicó una sonrisa que más bien parecía una mueca y se acomodó antes de que el avión privado en el que viajábamos iniciara los procedimientos de aterrizaje.

En cuanto el avión aterrizó, esperé a que el auxiliar de vuelo abriera la puerta y fui el primero en bajar.

El sol estaba alto en el cielo y el día completamente despejado, pero la sensación en mi piel era de frescor, porque la temperatura solía ser más baja que en mi ciudad natal, igual que la humedad del ambiente.

Miré a mi alrededor y vi la pista de aterrizaje del hangar donde nos encontrábamos, y esperándonos estaba un viejo conocido de una empresa de alquiler de vehículos de lujo. Con una postura firme y vestido con un traje impecable, esbozó una sonrisa al verme.

Detrás de él, sin embargo, había algo que me llamó aún más la atención: un Camaro amarillo. Era un coche nada discreto que aún formaba parte de una broma recurrente entre los brasileños. La ventaja era que allí podía pasar simplemente por un playboy presumido y pasar desapercibido.

—Señor Sandro.

—Mariano, puntual como siempre.

—Por supuesto, señor. —Sacó pecho con aire de confianza.

—¿Dónde está la llave? —Extendí la mano esperando a que me la entregara.

—Aquí.

Se la cogí de la mano y la lancé al aire, animado, antes de pasar junto a él y dirigirme al vehículo que estaba justo detrás para sentarme al volante.

Tenía varios juguetes de esos en el garaje de la mansión de mi familia; sin embargo, no tenía tanta libertad para conducir como cuando estaba allí.

Arranqué el coche en cuanto Joaquim se acercó a la puerta del copiloto, pero no la desbloqueé.

—¡Sandro!

—Pide un Uber.

—San... —Su grito quedó ahogado por el chirrido de los neumáticos.

Joaquim siempre estaba pegado a mí, pero allí me gustaba sentirme libre, por mucho que el resto de mi familia no estuviera de acuerdo con eso. Miguel, mi hermano mayor, no paraba de decir que si yo podía salir de los límites de nuestro territorio, nuestros enemigos también, pero no creía que con ese viejo guardaespaldas estuviera más seguro.

Podía cuidar de mí mismo.

Aceleré aún más al incorporarme a una autopista y seguí hasta la casa donde vivían mi tía y su familia. El tráfico en São Paulo era bastante malo y, a pesar de mis zigzagueos, tardé casi una hora en ir desde la terminal de aviación ejecutiva del aeropuerto internacional hasta la urbanización.

Al pasar por la caseta de seguridad de la entrada, bajé la ventanilla y aspiré el aire cargado de la ciudad; en ese momento me pareció el más fresco del mundo. Me encantaba saborear esa libertad.

Avancé por las calles de la urbanización hasta llegar a la puerta de entrada. Mi tía creía que vivir en un lugar tan seguro bastaba para dejar los problemas fuera. Ojalá fuera tan sencillo. Para ella quizá lo fuera, ya que nunca había sido un objetivo.

Crucé el portón automático, detuve el coche a la entrada del garaje y, en cuanto bajé, Pedro ya se estaba acercando. Mi primo era unos siete u ocho años más joven que yo, pero, aparte de mis propios hermanos, era una de las personas más cercanas que tenía en Brasil.

—¡Sandro!

—¡Pedro! —Le estreché la mano a modo de saludo y lo atraje hacia mí con un fuerte abrazo.

No tenía ni de lejos la misma complexión física que yo; era delgado y algo enclenque. Pedro dio unos pasos tambaleantes antes de acercarse lo suficiente.

—Te he echado de menos, chico.

—En portugués, por favor.

—Te he echado de menos, chico. —Me reí—. ¿Sigues saltándote las clases de español? —bromeé con aire despreocupado.

—Su padre prefiere que domine el inglés.

Levanté la cabeza, mirando por encima del hombro de Pedro y viendo a mi tía acercarse detrás de su hijo. A pesar de presumir de no beneficiarse ni con un céntimo de la vida criminal de su hermano, Madalena no llevaba una vida miserable. Se había casado muy bien con un empresario que le garantizaba todas las comodidades que una mujer pudiera desear. Aunque se acercaba a los cincuenta años, seguía siendo muy guapa y se cuidaba muchísimo, con un brillante

cabello castaño claro y una piel morena y tersa. Podía apostar a que los tratamientos estéticos tenían mucho que ver con ello.

—El español también es un idioma muy influyente en el mundo —aseguré en un tono más relajado; no estaba allí para provocarla y quería que mi estancia fuera tranquila.

—Paso a paso, tío. —Pedro se encogió de hombros y el ambiente se volvió aún más distendido.

—¡Deja de ser tan vago! —bromeé—. A tu edad yo ya hablaba unos cuatro idiomas.

—No necesito todo eso.

—¿Y cuando tengas que hacerte cargo de los negocios de tu padre?

—Contrataré a intérpretes —dijo, convencido de haber propuesto la mejor idea del mundo, y yo me limité a reír.

Puede que mi tía no fuera la mayor admiradora de su hermano, pero mi padre siempre se había preocupado por una cosa: asegurarse de que estudiáramos. A menudo decía que era crucial que fuéramos inteligentes y tuviéramos conocimientos para que no nos tomaran el pelo; eso incluía, sobre todo, poder comunicarnos, por lo que, además del español, que era nuestra lengua materna, yo hablaba inglés, portugués y mandarín, y sabía algo de japonés, alemán y francés.

—Entremos —dijo mi tía, dando por zanjado el tema—. Van a servir la comida y supongo que tendrás hambre después del largo viaje.

—¡Por supuesto! Y echo de menos la comida brasileña.

—Ven. —Pedro se esforzó por pasarme el brazo por los hombros y empujarme dentro—. Pero espera a ver lo que he preparado para mañana —me susurró al entrar en la casa moderna y bien iluminada.

—¿Ah, sí? —Fruncí el ceño.

—Sí. Universitarias...

—Parece que mi visita a Brasil va a merecer la pena —bromeé.

—Puedes estar seguro —se jactó mi primo.

Mis vacaciones serían un buen momento para divertirme y desconectar de la sombra de mi familia.



Agda Martins

Capítulo 2

—Tengo examen el lunes, Juliana —protesté ante mi amiga, que estaba al otro lado del teléfono, tumbada en la cama individual de mi habitación.

—¿Y qué? Hoy es sábado.

—Pues eso, que tengo que estudiar. —Solté un suspiro largo y profundo y me incorporé para no hundir la cara en la almohada.

—Puedes estudiar mañana.

—Quizá solo mañana no sea suficiente.

—¿Y perderte esa fiesta?

—Lo dices como si fuera la fiesta del año, pero no deja de ser una barbacoa en... ¿en casa de quién, exactamente?

—De Pedro. Ya sabes, ese Pedro... —Lo dijo dando por hecho que era imposible no saberlo, pero, aunque hurgara en mi memoria, no logré recordarlo.

—No. No me acuerdo.

—Es el veterano de cuarto curso.

—Lo dices como si fuera el único chico de cuarto curso, pero vale. Ya he entendido que quieres enrollarte con él, aunque sabes que no me necesitas para eso. Además, paso de cualquier posibilidad de acabar en un trío.

—¡Agda, lo digo en serio!

—¿Crees que yo no? Tengo que estudiar.

—No te arrepentirás.

—¿Apostamos?

—¿Cómo? —Me la imaginé frunciendo el ceño al otro lado de la línea.

—Si me arrepiento, tú haces mi trabajo de Psicoanálisis para la semana que viene.

—¿Qué? ¡Claro que no!

—Entonces está decidido. No voy.

Estaba a punto de colgar cuando ella gritó al otro lado.

—¡Me apunto!

—¿A qué?

—Hacer tu trabajo si te arrepientes de haber ido a la fiesta.

—Solo es una barbacoa.

—¡Que así sea! ¿Entonces, vamos?

Me quedé en silencio unos instantes. Hasta que sopesé la situación. Si ella iba a encargarse de mi trabajo, no tenía mucho que

perder.

—Nos vemos allí dentro de dos horas.

—Trato hecho.

Colgué el teléfono y me levanté de la cama para arreglarme.

***

Llevaba un año en la universidad y había tenido tiempo suficiente para aprender que las fiestas siempre acababan con gente borracha o desnuda, en la mayoría de los casos, las dos cosas a la vez.

No es que no me gustara divertirme, pero no podía arriesgarme a suspender y perder mi beca. No tenía ni la menor posibilidad de pagarme la universidad yo sola, y mis padres tampoco. Además, por grande que fuera el sacrificio, esperaba poder disfrutar más cuando tuviera la vida resuelta dentro de unos años.

Mi amiga, por su parte, siempre estaba en todas las fiestas, conocía a los chicos guapos y a los no tan guapos, pero sin duda ya había probado con todos. Creía que nos complementábamos bien.

Me despedí del conductor del VTC cuando me dejó frente a la dirección indicada en la invitación que Juliana me había enviado por la app de mensajería. Era uno de esos barrios ricos a las afueras de la ciudad, con piscina y zona de barbacoa más grandes que las de mi edificio, que tenía unos cuatrocientos apartamentos.

Me acerqué a la verja y, antes de que tocara el interfono, la puerta se abrió hacia dentro, dejando claro que estaba abierta. Desde dentro llegaba el ruido de la fiesta: gente hablando en voz alta, la carne chisporroteando en la parrilla y una música latina bailable que parecía transportarnos a una de esas playas del Caribe, no es que yo hubiera estado nunca en una.

Al adentrarme algo más, caí en la cuenta de que quizá iba demasiado arreglada para la fiesta: las mujeres que se agrupaban

alrededor de la piscina llevaban bikinis minúsculos y yo iba en camiseta y vaqueros.

—¡Agda! —Juliana me saludó con la mano antes de salir de la piscina y caminar dejando huellas de agua hasta detenerse frente a mí.

—¿Bikini? —Fruncí el ceño.

—Piscina, barbacoa... ¿Qué esperabas, ropa de gala? —Puso cara de asco, dando aquello por evidente.

—No... Es solo que... Ah, da igual.

—¡Qué bien que hayas venido! —Esbozó una amplia sonrisa y luego me dio un abrazo y me dejó la marca húmeda de su brazo alrededor de la cintura.

—Como si me hubieras dado a elegir.

—No fue exactamente así...

Fruncí los labios y ella se encogió de hombros, restándole importancia al tema.

—Lo importante es que lo pasemos bien.

—Vale.

—Venga, mézclate con la gente. —Me empujó hacia la barbacoa—. Yo estaré justo ahí. —Señaló la piscina, donde había un chico mirando directamente hacia nosotras.

Ni siquiera sé por qué se molestaba en arrastrarme a fiestas como esa si ya estaba muy bien acompañada sin necesitarme.

Ya que estaba allí, al menos podía aprovechar lo mejor de las fiestas: la comida. En el peor de los casos, tenía una buena apuesta con Ju y ir a esa fiesta significaba que ella haría mi trabajo. Una cosa menos de la que preocuparme en una semana ajetreada llena de exámenes.

Me acerqué a la parrilla donde estaba el tal Pedro, dueño de la casa y anfitrión de la fiesta. Hablaba con el encargado de la parrilla y sostenía una lata de cerveza en la mano. Cerca de él había varios más; algunos parecieron notar mi presencia y se giraron hacia mí, pero ya era demasiado tarde para dar media vuelta y escapar de allí.

Me incliné para coger un trozo de picanha justo cuando el encargado de la parrilla pasaba las tiras a un plato y el tal Pedro se acercaba.

—¿Te has olvidado del bikini, guapa?

—Ah, sí... Es verdad... —murmuré, avergonzada.

—Tranquila, puedes bañarte sin él. Esto es propiedad privada y te garantizo que nadie se quejará. —Me recorrió con una mirada capaz de desnudarme, y eso me incomodó todavía más.

¿Aún estaba a tiempo de dar media vuelta y subirme al coche que me había traído?

Parecía que no.

Pedro se quedó mirándome fijamente, a la espera de una respuesta, pero solo pude tragar saliva.

—No agobies a la chica, Pedro. Acaba de llegar, o va a salir corriendo. —Otro chico se acercó.

Desentonaba bastante con los universitarios de la fiesta. No por su edad, aunque parecía rondar los treinta. Mi tía había ido a la universidad con cincuenta años, así que esa no era exactamente la cuestión; lo que ocurría era que aquel hombre tenía un acento fuerte y marcado, señal de que el portugués no era su lengua materna, y un aire mucho más imponente que cualquier universitario con el que me hubiera topado antes. Quizá solo fuera un pariente del anfitrión, pero tampoco podía asegurarlo, ya que estaba lejos de conocer a toda la gente que frecuentaba el campus de la universidad.

—Gracias. —Esbocé una sonrisa torpe y me aparté un mechón de mi cabello castaño, observándolo con más atención.

El chico era alto, con el pelo negro y corto. Sus brazos eran tan fuertes y musculosos que podrían haber tenido el tamaño de mis muslos. Llevaba una camiseta de manga corta de la que asomaban tatuajes que le llegaban hasta las muñecas. También tenía algunos que le subían por el cuello.

Era una comparación tonta, pero parecía una mezcla de luchador y motero, lo que me dio curiosidad.

—¿Quieres tomar algo...?

—Agda, me llamo Agda.

—Vale. —Sonrió—. Entonces, ¿qué quieres beber, Agda? ¿Cerveza? ¿Tequila? ¿Una energética?

—¿Tienes algún refresco? —pregunté sin mucha seguridad, y su sonrisa se ensanchó.

—¿Nada con alcohol?

—Empecemos poco a poco.

—Será lo mejor. —Abrió una de las neveras portátiles llenas de hielo, cogió una lata de Coca-Cola y me la entregó.

—Gracias.

—De nada.

Dio la vuelta y se detuvo justo delante de mí para observarme con más detenimiento.

—¿Eres una de las universitarias?

—¿Y tú no? —Aunque ya me imaginaba la respuesta, me arriesgué a preguntar.

Él negó con la cabeza.

—Soy de México. He venido a visitar a mi primo. —Le dio una palmada en la espalda al tal Pedro—. Me prometió una fiesta muy animada.

—¿Y la ha cumplido? —Di un sorbo a mi refresco.

—Creo que ahora ha mejorado. —Me lanzó una mirada penetrante que me descolocó, aunque también halagada.

¿Acaso perdería esa apuesta y acabaría divirtiéndome en la fiesta? Tenía que admitir que el atractivo internacional era muy interesante.

—¿Y tú cómo te llamas?

—¿El mío? —Arqueó una ceja poblada.

—Sí. ¿No es justo que yo también lo sepa?

—Me llamo Sandro.

—¿Sandro? —repetí.

—Sandro Alberto Velásquez —insistió Pedro, dando a entender que el nombre completo debía significar algo.

—¿Debería conocerlo? —pregunté sin mucho entusiasmo.

En una época en la que todo el mundo se creía influencer, me pregunté si estaba desconectada del mundo y si aquel hombre no tendría un millón de seguidores en alguna red social. Teniendo en cuenta que yo no estaba muy al día, era muy posible.

—¡No! —Sandro le dio un codazo a su primo—. No tendrías por qué conocerme.

—¡Ah! —Esbocé una sonrisa forzada—. ¡Qué bien!

—¿Quieres más carne? —Sandro me acercó el plato, cambiando de tema.

—Gracias.



Sandro Velázquez

Capítulo 3

Casi le estampé la cara a Pedro contra la parrilla de la barbacoa cuando pronunció mi nombre de esa manera, en voz alta y clara para que todos lo oyeran.

Lo que más me gustaba de Brasil era precisamente el hecho de que no me reconocieran ni me asociaran con el cártel del narcotráfico fundado por mi padre. Allí podía ser un fantasma, cosa que no funcionaba cuando estaba en casa.

Por suerte, a la chica con la que estaba hablando mi nombre no le sonó de nada y tampoco le dio importancia. Porque la mayoría solía salir corriendo cuando descubría mis vínculos con el crimen organizado de México.

Era muy joven, de diecinueve o veinte años como mucho, y lo bastante guapa como para captar mi interés, incluso con tantas otras mujeres desfilando en bikini en la fiesta. Quizás fuera

precisamente eso, mi curiosidad por descubrir qué había debajo de la camiseta clara y los vaqueros.

—¿Entonces estudias con mi primo? —solté la pregunta, dando un trago a mi cerveza al tiempo que ella sorbía su refresco.

—En la misma universidad, creo...

—¿Crees? —pregunté, dejándola aún más incómoda.

—Fue mi amiga quien me arrastró hasta aquí. —Señaló a otra mujer en la piscina que estaba besando a un chico, sin prestarnos la más mínima atención—. Debería estar en casa estudiando para los exámenes.

—Apuesto a que no te arrepentirás —le aseguré, inclinándome hacia ella.

—Eso es lo que ella dijo.

Pedro me había prometido diversión y parecía que había cumplido.



Agda Martins

Capítulo 4

Sandro y yo estuvimos hablando durante horas. Tenía un halo de misterio y una actitud diferente y más madura que cualquier chico que pareciera posible encontrar en la universidad.

Juliana pasó a mi lado, haciendo algunos gestos en tono de burla, pero la ignoré por completo. Quería que me divirtiera, caramba, ¿por qué no me dejaba tranquila?

Ya había dejado la Coca-Cola y lo acompañaba con tequila. Estaba en Brasil y, con veinte años, era mayor de sobra para beber, aunque no es que lo hiciera a menudo.

Sandro dejó el vasito de cristal sobre la barra de madera y se inclinó hacia mí, acariciándome la cara y dejando un rastro de escalofríos por donde recorrían las yemas de sus dedos hasta colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja.

Se acercó todavía más y, antes de que pudiera pensarlo, ya lo tenía frente a mí, con uno de sus fuertes brazos rodeándome la cintura y su lengua dentro de mi boca. No pareció importarme lo más mínimo; le sujeté el rostro, notando la barba incipiente bajo los dedos, y le correspondí el beso.

Su boca era lo más delicioso que había probado en mi vida y dudaba de que estuviera pensando así por los chupitos de tequila, porque cuando él se apartaba para respirar, yo lo volvía a atraer hacia mí.

—¿Qué te parece si vienes conmigo a un sitio más tranquilo?

—¿Más tranquilo en qué sentido?

Esbozó una sonrisa pícara y acercó la boca a mi oreja, provocándome un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo y me hizo estremecer entre sus fuertes brazos.

—Uno privado y con una cama...

La parte pudorosa de mí incluso pensó en apartarlo y decirle que aquello era una locura, ni siquiera lo conocía bien, pero el latido que cada uno de sus besos despertaba entre mis muslos me decía que era una locura no aprovechar esa oportunidad.

—¿Dónde?

—Tú ven conmigo.

Asentí con un movimiento de cabeza y ni siquiera me molesté en despedirme de Juliana, que también tenía la lengua metida en la boca de otro chico.

Por lo que se veía en aquella casa, Pedro parecía tener dinero, pero no me imaginaba que Sandro me llevaría al garaje y abriría la puerta de un Camaro amarillo, un coche que hasta ese momento solo había visto por la tele.

Intenté no parecer impresionada, porque no quería dar la impresión de ser una interesada, así que no pregunté de quién era el

coche. Me limité a disfrutar del momento. Juliana no se creería que me había subido a uno de esos.

Dejé de preocuparme por el coche cuando su mano firme me agarró el muslo y, con la otra, sacó el vehículo del garaje.

El avance de sus dedos pesados hacia mi entrepierna avivaba el deseo hasta hacerlo latir con más fuerza.

Fue bastante obvio adónde me llevaba cuando llegamos a un motel. Aunque nunca había entrado en uno, ya había pasado por delante de varios. Entró con el coche por la recepción y la empleada nos indicó una de las habitaciones. Seguimos por la pequeña calle interior, Sandro aparcó el coche en el garaje señalado y la puerta se cerró justo detrás de nosotros.

Tenía el corazón a punto de salirse por la boca, en una mezcla de ansiedad, miedo y deseo, cuando caí en la cuenta de que estaba sola con él. Apenas lo conocía desde hacía unas horas y había aceptado ir al motel con él.

Si tenía que arrepentirme, parecía mejor hacerlo al día siguiente, una vez que ya hubiera pasado. Me incliné sobre la palanca de cambios, buscando su rostro con la mano y atrayéndolo hacia mí, para volver a besarlo.

El coche era precioso, pero no era precisamente el vehículo más espacioso en el que había estado.

—Vamos a la habitación —me dijo contra los labios al interrumpir el beso.

Asentí y él abrió la puerta, saliendo del vehículo primero, y subimos juntos la pequeña escalera que llevaba al piso de arriba, donde estaba la habitación.

Era un motel típico con una cama redonda y una bañera de hidromasaje; sin embargo, antes de que me acercara a ella, Sandro me rodeó la cintura y me atrajo hacia él, mordisqueándome el cuello y me provocó una nueva oleada de calor.

Era difícil resistirse a la presión de su cuerpo y a esos brazos enormes, aunque tampoco estaba intentando hacerlo. Sus dientes rozaron mi cuello y me estremecí, derritiéndome por completo.

El mexicano tenía un dominio increíble.

Ni siquiera esperó a que llegáramos a la cama antes de bajar las manos en busca de la cremallera de mis vaqueros. En cuanto los pantalones cayeron hasta mis tobillos, me apañé para quitármelos y quitarme las sandalias antes de sentir el peso de sus manos firmes y grandes en mis nalgas al atraerme contra su amplio cuerpo y hacerme sentir el bulto que se había formado en sus pantalones.

Gemí en voz baja y me humedecí los labios en medio del deseo creciente mientras buscaba su boca y él me mordisqueaba el labio inferior.

—No soy de los que van con delicadezas —me advirtió, pero la excitación pareció apagarme la razón cuando me quitó la camiseta y me empujó contra el colchón.

Sandro apoyó una de sus rodillas entre mis piernas al inclinarse hacia mí. Mis ojos estaban completamente hipnotizados por los suyos cuando él avivó aún más el calor de mi cuerpo al subir con las manos por mi muslo y arrancarme las bragas.

¿Cómo? Me quedé boquiabierta, aturdida por el ligero escozor que el tejido dejó en mi piel.

Me dedicó una sonrisa aún más pícara cuando sus dedos me tocaron sin ningún reparo.

—Ya estás empapada, y ni siquiera he empezado.

Ni siquiera pude responder, atrapada entre la vergüenza y la excitación. Lo único que conseguí fue gemir al recibir una palmada entre los muslos.

—Ponte a cuatro patas.

—¿Qué? —Abrí mucho los ojos, desconcertada.

—Me has oído perfectamente, guapa. Haz lo que te digo.

¿Así? ¿De esa forma?

No es que esperara romanticismo de alguien a quien apenas conocía, pero me quedé desconcertada. Sin embargo, cualquier vergüenza fue sustituida por excitación cuando me giré, me puse a cuatro patas en la cama y él vino detrás, agarrándome del pelo y volviendo a morderme el cuello.

—Guapa...

Mi cuerpo se estremeció entero con esa voz grave y el marcado acento mexicano de aquel hombre.

Vale, tenía que compensar que había perdido la apuesta, pero era por una razón excelente.

Sus dientes rozaban mi nuca, su aliento me erizaba la piel, hasta que solté un gritito al sentir su mano estrellarse contra mi culo y dejarme la piel ardiendo. El ligero escozor me excitó todavía más. Nunca me había liado con un tío capaz de sujetarme así.

Su mano soltó mi pelo y se deslizó por mi espalda para desabrocharme el sujetador, la única prenda que aún me quedaba puesta; enseguida, sus manos cubrieron mis pechos. Las manos eran fuertes y pesadas, pero la sensación era deliciosa.

Sentía un latido loco, un deseo incontrolable de sentirlo dentro mientras Sandro se acomodaba detrás de mí. Su mano me agarró el pelo de nuevo mientras la otra me sujetaba la cintura, dejándome a merced de aquel hombretón. En medio de todo eso, no podía pensar más que en cuándo volvería a sentirlo dentro de mí.

Oí cómo se bajaba la cremallera de los pantalones y me quedé paralizada; la expectación me inmovilizó, con un latido furioso entre las piernas. Entonces aflojó apenas el agarre de mi pelo y la curiosidad me hizo girar la cabeza para mirarlo a los ojos.

El aire de depredador que oscurecía sus ojos marrones me encendió aún más hasta que lo sentí entrar en mí y la penetración

me arrancó otro gemido incluso antes de que empezara a moverse.

Con fuerza, rápido, en embestidas firmes que empujaban mi cuerpo hacia delante. Cuanto más hambrienta, casi furiosa, se volvía su manera de tomarme, más crecía en mí la excitación, y yo solo quería que siguiera.

Más...

Ah, por favor, más...

Sentí que bajaba el ritmo y empujé las caderas hacia él, frotándome contra su cuerpo para no perder la sensación. Su mano se deslizó de mi cintura a mi trasero y sus dedos se hundieron en mi piel, endureciendo aún más el agarre.

Me había advertido que no era un hombre que se anduviera con delicadezas, pero en ese momento yo solo quería más: más rápido, más fuerte, en una búsqueda desesperada y desenfrenada del orgasmo.

Sandro gruñó en mi oído y sentí cómo se le tensaban los músculos; seguía dentro de mí cuando su semen me inundó, pero yo no me di por satisfecha y me froté contra él, pidiendo más. Sin soltarme las nalgas, la mano que me agarraba el pelo bajó hasta la unión de mis muslos, buscando el punto exacto que me hacía perder la cabeza. Mientras seguía penetrándome por detrás, aprovechando lo que le quedaba de erección, su dedo comenzó a estimularme; bastaron unos segundos para que gimiera enloquecida y alcanzara un éxtasis maravilloso que me hizo caer de bruces sobre la cama, jadeando.

Necesitaba unos segundos para recuperarme, pero cuando me agarró por la cintura y me giró hacia él comprendí que pensaba llevarme al agotamiento de la mejor manera posible.



Sandro Velázquez

Capítulo 5

Yo seguía encima de ella, fijándome en sus pechos redondos del tamaño de naranjas, que subían y bajaban al ritmo de una respiración entrecortada y excitante, a punto de entrar en ella por tercera o cuarta vez, cuando mi móvil empezó a sonar entre la ropa tirada, donde habían acabado mis pantalones cortos. No tenía ninguna intención de contestar. Había venido a Brasil para divertirme, y el sexo hasta el agotamiento formaba parte del plan.

Pero al segundo tono, contesté maldiciendo.

—¡Joder!

—¿Es importante? —preguntó la universitaria con los ojos en blanco, aún bajo el calor de mi cuerpo.

—Voy a matar a quien sea.

Ella soltó una carcajada, convencida de que solo era mi forma de hablar, una broma, pero no me conocía de verdad, ni iba a conocerme, porque aquello no iba a repetirse.

Salí de la cama y busqué el móvil entre la ropa tirada hasta sacarlo del bolsillo de mis pantalones cortos. Era el pesado de Joaquim. Me dieron ganas de no contestarle, pero sabía que, a menos que bloqueara su número, las llamadas seguirían hasta que estuviera tan estresado que no pudiera volver a lo que estaba haciendo.

—Que te den, ya te he dicho que puedo valerme muy bien por mí mismo —maldije en español.

—Tenemos que volver a casa.

—Solo tú eres capaz de cortarme el rollo. Sabes de sobra que no pienso volver hasta la semana que viene.

—El Cártel de Tijuana ha secuestrado a Paola. —Fue directo al grano, y sus palabras me golpearon el pecho como un disparo de escopeta.

—¡¿Qué?!

—Miguel me llamó porque quería saber dónde estabas. Tenemos que volver a casa, Sandro.

—Haz que preparen el avión y recoge mis cosas de la habitación de invitados. Vuelvo enseguida a casa de mi tía.

—De acuerdo.

Colgué el teléfono y empecé a vestirme, llamando la atención de la mujer tumbada en la cama.

—Oye, ¿qué pasa?

—Tengo que irme.

—¿Ya?

No me detuve a explicarle lo que estaba pasando; simplemente saqué unos cuantos reales de la cartera y los dejé sobre la mesita redonda de la habitación del motel, antes de terminar de arreglarme la ropa.

—Tienes dinero para pagar la habitación y pedir un taxi de vuelta a casa.

—Pero...

No me importaba lo que ella tuviera que decir; si lo que Joaquim había dicho era cierto, tenía que estar en casa cuanto antes.



Agda Martins

Capítulo 6

Cuando llegué a casa, todavía intentaba asimilar lo que había pasado. Después del sexo más increíble de mi vida con el hombre que había conocido en la barbacoa, justo cuando pensaba que íbamos a disfrutar un rato más en el motel, quizá del jacuzzi, Sandro contestó una llamada y cambió por completo de actitud.

No sabía quién estaba al otro lado de la línea, ni qué quería, pero fue suficiente para romper mi burbuja de excitación y sexo increíble, porque el mexicano se limitó a decirme que tenía que irse.

Sin explicaciones, sin intercambiar números de teléfono, sin una promesa de segunda cita. Me quedé atónita, algo bloqueada, cuando se vistió sin más, me dejó dinero para que pagara la habitación y cogiera un taxi de vuelta a casa.

Se fue...

¿Había hecho algo mal? Parecía una pregunta para la que nunca tendría respuesta.

Después de salir de la ducha, me envolví en una toalla y me fui a mi habitación, donde me encerré. Por suerte, mis padres ya estaban durmiendo y no me hicieron preguntas.

Cuando me senté en la cama, cogí el móvil y vi algunos mensajes de Juliana.

Juliana:

Te fuiste de la barbacoa muy bien acompañada. Te dije que te iría bien.

Agda:

Tenías razón, pero solo por esta vez.

Juliana:

Eso significa que tendrás que apañártelas con tu trabajo.

Agda:

Sí...

Juliana:

¿Sigues con el guapo?

Agda:

No. He vuelto a casa hace poco más de una hora. Le llamaron por teléfono y tuvo que marcharse.

Juliana:

Vaya forma de salir corriendo.

Agda:

Ja, ja

Juliana:

Espero que al menos haya valido la pena.

Agda:

Ha merecido la pena.

Juliana:

Lo sabía, jeje.

Agda:

Me voy a dormir ya porque mañana temprano empiezo a estudiar.

Juliana:

Vale, empollona. Buenas noches.

Estaba a punto de dejar el móvil a un lado y acomodarme en la cama después de ponerme el pijama cuando me acordé de que Pedro había mencionado el nombre completo de Sandro y la curiosidad pudo más que yo.

Pensé que quizá tuviera alguna red social que pudiera seguir y, quién sabe, hablar con él y quedar para una segunda cita. A pesar de la forma extraña en que se había marchado, estaba dispuesta a repetir la experiencia.

Escribí «Sandro Alberto Velásquez de México» en el buscador y enseguida vi varias fotos de él, pero casi me caigo de espaldas cuando hice clic en la primera noticia.

Era el heredero de una familia famosa y conocida, pero no por ninguna empresa ni nada parecido. Los Velásquez eran los líderes de uno de los principales cárteles de México. Su padre había sido condenado a cadena perpetua, que cumplía en una prisión de máxima seguridad en Estados Unidos.

—¡Ay, joder!

Quería convencerme de que no era él, pero las fotos no dejaban lugar a dudas. Nunca me habría acostado con aquel hombre

si lo hubiera sabido. Aunque hubiera sido el mejor sexo de mi vida, esperaba no volver a verlo jamás.



Sandro Velázquez

Capítulo 7

Aunque los aviones privados eran más cómodos y rápidos, la distancia entre São Paulo y Ciudad de México, donde vivía mi familia, no era precisamente corta y necesitábamos varias horas para recorrer todos esos miles de kilómetros.

En cuanto llegué al aeropuerto, los hombres de la familia me estaban esperando y nos escoltaron a Joaquim y a mí hasta mi casa.

En cuanto el coche se detuvo en el garaje, abrí la puerta de mi lado y me lancé hacia fuera, saliendo lo más rápido posible y caminando hacia el interior, ignorando a todos los hombres que se interponían en mi camino y que parecían reforzar la seguridad del lugar.

—¡Paola! —grité llamando a mi hermanita—. ¡Paola!

Me detuve en medio del salón, mirando de un lado a otro y esperando a que ella bajara por las escaleras o viniera por alguno de los pasillos laterales, sobre todo desde la piscina, donde le gustaba tanto quedarse mientras leía sus libros favoritos.

—Paola...

—Se la han llevado. —Fue Miguel quien apareció en mi campo de visión.

Mi hermano mayor tenía una expresión seria que me puso aún más tenso.

—¿Cómo? ¡Debería estar aquí! —Alcé la voz, aunque eso no fuera a resolver el problema—. A salvo, protegida.

—Ella quiso ir a una fiesta en la ciudad.

—Y tú la dejaste. —Apreté los dientes, irritado.

—Pregúntaselo al hombre que se fue a Brasil a divertirse y la dejó aquí. —Cruzó los brazos al echarme en cara la verdad.

—Puedo cuidar de mí mismo... —murmuré, apartando la mirada.

—La principal lección que nos enseñó nuestro padre es que debemos cuidarnos unos a otros.

—Lo cual tú no has hecho. —Rugí, pero antes de que Miguel pudiera rebatir mis ofensas, Alma apareció en la sala.

—Mientras vosotros dos os insultáis el uno al otro, esos monstruos están con ella —dijo la benjamina, interrumpiendo inmediatamente la discusión.

Alma era la más joven de nosotros, cumpliría dieciocho años en unas semanas, pero en ese momento parecía la más sensata.

Admito que era mucho más fácil culpar a Miguel que afrontar la aterradora realidad de tener a mi hermana en manos de aquellos considerados los más crueles y peligrosos.

Tragué saliva, miré a mi hermano y enderecé la postura. Allí estábamos todos del mismo lado.

—¿Estás seguro de que se la llevó el cártel de Tijuana? —Esperaba que la respuesta fuera no, y seguí con un buen argumento: —Nuestro padre acabó con ellos hace casi diez años.

—Teodoro se unió a nosotros, pero eso no significa que todos estuvieran de acuerdo con eso.

—¿Cuánto tiempo hace que desapareció? —Aunque me viera obligado a darle la razón a Miguel, seguía deseando que fuera otra cosa, algo que no implicara que mi hermana hubiera sido maltratada y asesinada por hombres que nos odiaban.

—Unas doce horas...

—¿Ya han buscado en su última ubicación?

—¡Por supuesto! ¿Crees que soy idiota? —me gruñó.

—¡Miguel! —Alma lo detuvo antes de que yo empezara a rugir —. ¿Por qué no cuentas bien lo que pasó?

—Paola fue a la fiesta de la iglesia en la ciudad acompañada de diez guardias de seguridad que debían protegerla.

—¿Y qué les pasó? —Miguel apenas terminó la frase antes de que yo le cortara con mi pregunta.

—Los mataron. De hecho, solo dejaron vivo a uno para que nos enviara un mensaje.

—¿Y qué dijo?

—Que el Cártel de Tijuana había vuelto y que acabaría con nosotros.

—¿Y por qué se llevaron a Paola?

—¿Para darnos una advertencia? —Miguel tampoco estaba seguro.

—Entonces está viva, ¿no? —Alma tenía esperanzas y, por mucho que yo también quisiera creerlo, sabía que la probabilidad era baja.

La posibilidad de que nos enviaran los restos de mi hermana en una caja me aterrorizó.

La forma en que Miguel y yo nos miramos también asustó a Alma.

—¡¿Qué hacéis todavía aquí?! —gritó—. Tenéis que ir a buscarla ahora mismo.

—Sí, tenéis que ir. —Mi madre apareció sollozando y con los ojos enrojecidos, lo que indicaba que llevaba bastante tiempo llorando.

—No así —dijo Joaquim justo detrás de mí, recordándome su presencia—. Puede ser una trampa.

—No te metas, Joaquim —le reprendió Alma, y yo quería darle la razón, pero en aquella ocasión no se trataba solo de un acto de rebeldía por mi parte al ignorar a mi principal protector.

—Tiene razón —asintió Miguel y, a pesar de su frialdad, como cabeza de familia, era su responsabilidad actuar con sensatez.

—¿Tiene razón? —Mi madre se enfadó y yo me quedé en silencio.

—Podemos acabar todos muertos si vamos tras ellos sin un plan. Sin duda, se llevaron a Paola con el objetivo de atraernos a una trampa.

—¿Entonces vas a dejar que tu hermana muera? —Los ojos de mi madre se llenaron de lágrimas de nuevo.

—Eso, si es que no está ya muerta.

—¡Miguel! —gritó Alma de nuevo.

—Si tu padre aún estuviera aquí... —comenzó mi madre.

—Pero ya no está —la interrumpí yo.

Por muy rebelde que siguiera siendo, sería demasiado imprudente llevar la contraria a la cautela de Miguel. Si mi hermana aún no estaba muerta era porque esperaban usarla contra nosotros. De lo contrario, ya habríamos recibido su cabeza en una caja.

No es que tuviera una favorita, pero Paola y yo estábamos muy unidos y solo de imaginar todo lo que le podría estar pasando, mi pecho se hacía pedazos.

—Entonces, ¿qué vais a hacer? —insistió Alma, exigiéndonos una postura que no fuera simplemente abandonar a nuestra hermana en manos de los enemigos.

—Averiguar adónde la han llevado y recuperarla —respondió Miguel con firmeza, dando exactamente lo que mi madre y mi hermana querían, pero los dos sabíamos que, en la práctica, sería mucho más difícil.



Agda Martins

Capítulo 8

Tenía que dejar de procrastinar y centrarme en los exámenes de la semana siguiente, pero simplemente no podía dejar de pensar en el día anterior y en cómo había sido el momento con Sandro.

Cerré los ojos y sentí el tacto de sus manos en mi cintura, su aliento junto a mi oreja, mientras una oleada de pavor crecía dentro de mí. Aquel hombre estaba metido en el narcotráfico mexicano.

—¿En qué te has metido, Agda? —me pregunté en voz alta.

¿Cómo iba a saberlo?

Nadie llevaba escrito en la frente que era un criminal. Cualquier suposición habría sido una mera generalización.

—¡Ahhhhh! —Cogí mi libro y me di un golpe en la frente con él.

Fue justo en el momento en que mi madre pasaba por el pasillo y me vio. Maldita sea por haber entrado en la habitación y no haber cerrado la puerta.

—Hija, ¿estás bien?

—Sí. —Esbocé una sonrisa incómoda.

—Pareces nerviosa. ¿Son muy difíciles los exámenes?

—Sí... —le di la razón. No estaba mintiendo. Iba a ser una semana complicada, pero preferí omitir el hecho de que me había acostado con un delincuente. Si yo estaba al borde de un ataque de nervios, ni siquiera quería pensar en cómo reaccionaría mi madre si se lo imaginara.

—Si estás tan desesperada, no deberías haber salido de fiesta ayer, Agda. Tienes que ser más responsable, hija...

El discurso fue el mismo, la charla de siempre sobre la responsabilidad, pero aquella vez mi respuesta fue diferente.

—Tiene razón. No debería haber ido.

Mi madre abrió mucho los ojos y se quedó asimilando mis palabras durante unos instantes.

—Bueno... —Se tragó saliva—. Concéntrate en los estudios, que yo voy a preparar el almuerzo. —Me hizo un gesto con la mano y salió de la habitación antes de que pudiera decir nada más.

Cómo deseaba que fuera tan sencillo. Reprimí un grito inminente y simplemente dejé caer la cabeza sobre los libros.

Estaba intentando concentrarme, pero cuando mi móvil empezó a vibrar, supe que aquel iba a ser un día muy improductivo.

Juliana:

¿Cómo va el domingo de la persona que más se lo pasó bien en la barbacoa de ayer?

Miré ese mensaje y casi me eché a reír sola. Mi amiga solo podía estar tomándome el pelo.

Ella no sabía nada y, por un momento, me pareció mejor dejarlo así, pero en el fondo quería desesperadamente a alguien con quien desahogarme sobre esa locura que me estaba carcomiendo por dentro.

Agda:

¿Me lo pasé bien?

Juliana:

Vale, se largó corriendo, pero era el tío más guapo de la fiesta. Por no hablar de que no era un universitario que apenas sabe sujetar una cerveza como los otros que estaban por ahí.

Agda:

¿Te estás quejando de un sitio al que te morías de ganas de ir?

Juliana:

No me estoy quejando, solo estoy haciendo un comentario.

Agda:

Ah, vale.

Juliana:

¿Y bien, ya has encontrado al chico en Instagram? Apuesto a que debe de tener un montón de fotos sin camiseta para dejarnos boquiabiertas con esos abdominales.

Agda:

Lo he encontrado más o menos en Google.

Juliana:

¿Y en qué redes sociales está?

Agda:

Parece que ninguna.

Juliana:

¿Parece? Eres muy buena buscando.

Agda:

Escribe «Sandro Alberto Velásquez» en tu búsqueda.

Juliana:

¿Quieres decir que me estás dando vía libre para espiar al chico?

Agda:

Venga... Busca.

Juliana:

Espera un momento.

Esperé. Me parecía mejor que lo descubriera por sí misma que si se lo contaba yo, porque era tan surrealista que prefería estar equivocada o haberme confundido.

¿Quizá era el sueño el que hablaba más alto?

Cualquier excusa parecía válida para descartar aquella teoría absurda de que él fuera miembro de un cártel.

Esperaba cualquier reacción diferente, pero cuando mi amiga volvió a responderme, fue exactamente como había imaginado.

Juliana:

¡Joder!

¿Tú lo sabías?

Agda:

Claro que no. No lo había visto hasta ayer.

Juliana:

Los actores de Narcos no son tan guapos.

Agda:

¡Seguro que me estás tomando el pelo!

Juliana:

Era solo una broma.

Agda:

Ja.

Juliana:

¿Y qué vas a hacer ahora?

Agda:

Nada, claro.

Juliana:

¿Nada?

Agda:

¿Tienes alguna sugerencia mejor?

Juliana:

Apuesto a que debe tener un yate chulo en Cancún o, quién sabe, quizá un hotel entero.

Agda:

Voy a hacerte caso omiso para que sigamos siendo amigas.

Juliana:

Jajaja, vale.

Agda:

Tengo que volver a estudiar.

Juliana:

Yo también voy a ver si lo hago.

Agda:

Es una buena idea.

Juliana:

Nos vemos mañana en la uni.

Agda:

Hasta luego.

Juliana podía divertirse con la situación hasta el punto de bromear, pero, al pensar en todos los delitos en los que aquel hombre podría haberse visto involucrado, no había sexo tan bueno en el mundo que compensara eso.



Sandro Velázquez

Capítulo 9

Movilizamos a todos nuestros contactos, socios y colaboradores con el objetivo de encontrar a nuestra hermana lo antes posible.

Fue relativamente fácil descubrir su paradero, aunque en el aire flotaba la certeza de que se trataba de una trampa. Por mucho que fuéramos preparados para ello, no era una tarea fácil.

La mayoría de las veces, el tráfico se basaba en la política y el dinero; con los favores adecuados, manteníamos todo en perfecta paz, incluso con la policía. Sin embargo, a veces alguien intentaba desestabilizar la armonía de esa organización y acababan muriendo personas.

La guerra con el Cártel de Tijuana había durado muchos años hasta que mi padre consiguió atraer a nuestro bando al principal

líder que quedaba. Sin embargo, parecía que no todos estaban contentos con eso y aún deseaban vengarse.

Hubiera sido mucho mejor que nos hubieran elegido a mí o a Miguel como objetivos, pero ellos eran conocidos por su cobardía y por no respetar ningún valor moral.

Se encontraban en una finca a las afueras de la ciudad, una de las muchas que se utilizaban para el cultivo de marihuana en la región. Era difícil saber si los propietarios estaban de su lado o si habían sido coaccionados para colaborar, y quizá nunca lo descubriéramos, pero estábamos listos para entrar con todo y sacar a mi hermana de allí. Mataríamos a todos, sobre todo si no la encontrábamos con vida.

Yo iba en uno de los coches que iban delante, junto con Joaquim y otros dos soldados; detrás de mí venían Miguel y una camioneta con varios hombres en la caja. En cuanto nos acercamos al perímetro, empezaron a dispararnos, lo que me confirmó que estábamos en el lugar correcto.

Saqué mi arma y comprobé el cargador, mientras el soldado del asiento delantero preparaba una ametralladora ligera.

—Cuidado con Paola —le recordé, y él asintió con la cabeza.

—¿No es mejor que se quede aquí, señor? —sugirió Joaquim antes de que bajara del coche.

—¿Desde cuándo huyo de una buena pelea? —Le sonreí.

Bajamos por la puerta izquierda del coche, escondiéndonos detrás del vehículo mientras nos disparaban, pero las balas acababan rebotando en la superficie blindada del automóvil.

Era temprano por la mañana y la luz razonable del amanecer jugaba a nuestro favor, lo que facilitaba ver la casa, sus puertas y ventanas.

Con el arma en la mano, me moví por el lateral del coche, hasta que me levanté brevemente para intentar ver la casa.

Rápidamente, logré identificar a uno de los tiradores que nos disparaba desde una de las ventanas.

Disparé tres veces, intentando darle, pero la distancia y el ángulo eran pésimos para mí, por lo que no acerté en ninguno de ellos.

El tirador me vio y se giró directamente hacia mí. Oí a Joaquim gritarme que tuviera cuidado, pero ya me había agachado y, de nuevo, los disparos impactaron en la carrocería del coche.

Mientras yo servía de distracción, Miguel y los demás se movían siguiendo la mejor estrategia para rodear la casa.

Me levanté de nuevo, apunté con el arma una vez más y grité:

—Entregad a mi hermana y ya veremos si os dejamos vivir —dije en un tono firme y amenazante, aunque ya esperaba que me ignoraran por completo.

Lo único que conseguí con mi breve discurso fue que los hombres volvieran a dispararme.

Había algunas minas en el exterior que habían sido colocadas a la espera de nuestra llegada y explotaron al acercarse algunos de nuestros hombres.

Grité que tuvieran cuidado. Quería volver a casa con el menor número posible de bajas.

Me levanté y disparé unos cuantos tiros más en dirección a la misma ventana hasta darme cuenta de que mi cargador estaba vacío. Con el sudor resbalándome por las sienes y pareciendo cada vez más intenso a medida que avanzaba el día, solté un suspiro al sacar un cargador nuevo del bolsillo y recargar mi arma.

—¿Qué pretendes hacer? —Joaquim se detuvo a mi lado, recargando su propio arma.

—Ganar tiempo para que Miguel entre.

—¿Y si no lo consigue?

—Mi hermano siempre lo consigue. —De eso no tenía ninguna duda. Mi padre lo había entrenado bien y Miguel siempre supo hacer lo que era necesario.

Oí otro estruendo y más minas terrestres explotaron, lanzando humo y tierra hacia arriba.

Los disparos contra nosotros en el coche continuaron, hasta que cesaron de repente. Me levanté, asomándome por la carrocería para disparar unos cuantos tiros más, pero no hubo respuesta. Fue suficiente para que supiera que mi hermano había entrado.

—Vamos. —Hice un gesto a Joaquim y a los demás, que me siguieron más allá de la protección del coche y hasta la entrada de la casa.

Miré al suelo mientras avanzaba hacia la casa con el arma en la mano. Había dos de mis hombres abatidos que probablemente habían pisado las minas terrestres, pero fue suficiente para activarlas y garantizarme un camino seguro hasta la entrada.

Eché un buen vistazo a las ventanas y no vi a nadie más escondido en ellas para intentar dispararme; aun así, avancé con cautela hasta llegar a la puerta.

Al detenerme frente a la entrada, di una patada firme a la puerta que hizo que la madera se hiciera añicos. Eché un vistazo al interior de la sala, donde vi a dos hombres abatidos cerca de las ventanas, y seguí hacia el pasillo.

Oí pasos y estaba listo para disparar, cuando me topé con mi hermano y los otros hombres que lo acompañaban.

—¿Están todos muertos? —pregunté.

—Sí —asintió Miguel.

—¿Dónde está Paola?

Mi hermana era nuestro objetivo allí. No importaba a cuántos matáramos si no éramos capaces de llevarla a casa.

—No está aquí.

—¿Qué? —Apreté los dientes furioso. Mi indignación no cambiaba los hechos, pero me resultaba imposible controlar mi ira. —¿Crees que se la llevaron cuando nos vieron llegar?

—Es posible, aunque creo que es poco probable.

—Entonces, ¿dónde está?

—No lo sé.

—¿Nos han dado una pista falsa?

—Eso es lo que quiero averiguar.

—Porque si alguien nos ha mentido... —Estaba expresando mi ira, pero antes de que terminara, mi hermano levantó la mano en señal de que me callara y me hizo esperar mientras contestaba el móvil que sonaba.

—Alma, ¿qué pasa? —El volumen era demasiado bajo para que pudiera oír quién estaba al otro lado de la línea o qué decía. Solo supuse que era nuestra hermana menor por la forma de hablar de Miguel. —¿Estás seguro? —Otra pausa mientras él escuchaba. —¿Está bien?... Vale, volvamos a casa.

—¿Qué pasa? —Estaba esperando una explicación cuando colgó y me miró.

—Paola está en casa.

—¿Cómo? —Mi sorpresa fue tan grande que no pude evitar quedarme con la boca abierta.

—No sé exactamente qué ha pasado, tendremos que ir a casa para averiguarlo, pero parece que ha conseguido escapar.

Por mucho que la noticia me llenara de alegría, me costaba imaginar un escenario plausible en el que mi hermana hubiera

logrado volver a casa y escapar sin nuestra ayuda.

—Volvamos a casa. —Miguel hizo un gesto para que los demás hombres y yo lo siguiéramos de vuelta a los coches.



Agda Martins

Capítulo 10

—Buena clase, cariño.

—Gracias. —Me incliné sobre el asiento y le di un beso en la mejilla a mi padre, que mantenía las manos firmes en el volante del coche.

Trabajaba a dos manzanas de la universidad, en una sucursal bancaria, y me llevaba a clase siempre que podía. Aquel día, en el que cualquier retraso podría costarme el semestre, era mejor poder contar con su ayuda.

Bostecé, arreglándome la pila de libros que llevaba en los brazos mientras avanzaba desde la puerta principal hacia mi edificio, pasando por delante de la cafetería y de una de las bibliotecas.

Al acercarme a la entrada del edificio de Psicología, mi carrera, Juliana apareció de la nada, casi como un fantasma que me

acechaba.

—¡Agda!

—¿Quieres que me dé un infarto? —Tuve que equilibrar los libros en mis manos para que no se cayeran todos.

—Lo siento. —Esbozó una sonrisa incómoda, rascándose la cabeza.

—Ha sido horrible.

—Oye.

—Llego tarde a clase.

Juliana sacó el móvil del bolsillo y miró la hora antes de mirarme.

—Todavía quedan cinco minutos.

—Pero hay examen.

—Lo sé, yo también tengo que hacerlo, ¿te has olvidado?

No lo había olvidado, normalmente le dejaba esa parte a ella, pero no creía que fuera relevante en ese momento.

—¡Pues subamos! —Le señalé la escalera para que viniera conmigo.

—No sé cómo consigues dormir.

—Esta noche tuve que estudiar y al final no dormí nada. —No era del todo cierto, pero seguía intentando parecer la misma estudiante comprometida y dedicada de siempre.

—No me refiero a eso —comentó mientras me acompañaba al interior del aula.

—No hay nada que me preocupe más que este examen.

—¡Ah, vamos! —Me dio un codazo, apoyando su hombro contra el mío mientras yo intentaba acomodarme en una de las sillas. —Como si fuera posible.

—¡Juliana! —La miré mal, frunciendo el ceño.

—¿Qué? —Se encogió de hombros.

—¡Humm!

—Vamos a apartar las sillas y a prepararnos para el examen. —En serio, el profesor entró en el aula haciéndonos gestos.

—María mafiosa. —Juliana se rió entre dientes, provocándome.

Yo pensaba que ese era un tema sobre el que no se debían hacer bromas, pero no tenía tiempo para discutir con ella.



Sandro Velázquez

Capítulo 11

Cuando llegamos a casa, Paola estaba sentada en el sofá del salón, bebiendo a sorbos un vaso de agua con azúcar, que le había servido Guadalupe, una de nuestras empleadas. Mi hermana tenía los ojos muy abiertos y una expresión ausente, como si se estuviera recuperando del susto más grande de su vida. Lo cual era muy posible.

Alma, la benjamina, estaba sentada a su lado y le acariciaba el hombro, como si ese gesto de cariño fuera suficiente para borrar todo lo que pudiera haber vivido.

—¡Paola!

—¡Miguel, Sandro, estáis aquí! —Se giró hacia nosotros y se esforzó por sonreír cuando sus ojos nos encontraron avanzando hacia el interior de la sala—. ¿Estáis bien?

—Estamos más preocupados por ti —dije al acercarme lo suficiente para quedarme frente a ella.

La escudriñé con la mirada, evaluándola rápidamente para calibrar el alcance de los daños que pudiera haber sufrido. Tenía un corte en la ceja izquierda y el ojo del mismo lado estaba morado. Un pequeño corte en el lado de la boca y algunos moratones y arañazos más por el cuerpo. Todo eso indicaba que, como mínimo, le habían dado una paliza.

Solo de pensarlo, la furia dentro de mí creció, volviéndose intensamente fuerte e incontrolable. Quería matar a todos esos desgraciados por tener la cobardía de golpear a una mujer inocente. Quería ver cómo se las arreglarían si tuvieran que enfrentarse a mí en un mano a mano.

—Vamos a llevarla al hospital —anuncié.

—No... no... —Ella se estremeció. —Estoy bien.

—No pareces estar bien, Paola —señaló Alma.

—Estoy... estoy bien. —Era mentira, su mirada aterrorizada lo delataba; sin embargo, presentí que mi hermana tal vez tenía miedo de enfrentarse a la realidad de todo lo que le podría haber pasado.

—Primero quiero saber cómo has conseguido volver aquí —Miguel estaba serio y pensativo, tratando de comprender la situación.

—Me escapé. —Paola soltó las palabras de golpe, intentando no tartamudear, pero no fue suficiente para ocultar todo su temor.

—¿Te has escapado? —repitió Miguel, incrédulo—. ¿Te has escapado?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Cómo?

—Esperé a que no estuvieran mirando.

—Me estás diciendo que esos hombres fueron tan idiotas como para dejarte escapar delante de sus narices.

—Yo...

—¡Basta ya, los dos! —intervino Alma—. Paola está asustada y se merece descansar. La llevaré al dormitorio, la ayudaré a darse un baño y a acomodarse en la cama.

Miguel no dijo nada para impedirlo y mi madre siguió a las dos hasta el dormitorio. Cuando se marcharon, hice un gesto para que la criada también se retirara, dejando solo a Miguel y a mí en la habitación.

Los dos nos miramos antes de que él dijera algo.

—¿De verdad crees que ha conseguido escapar? —Su pregunta me pilló por sorpresa.

—Está aquí.

—Sí, está...

—Su desconfianza acabó contagiándome.

—¿Por qué? ¿Crees que puede haber pasado algo que no nos está contando?

—Espero que no.

—Pero... —le animé a continuar, pues su mirada era pensativa y mucho más enigmática de lo que me hubiera gustado.

—Nada.

—¿Miguel? —Me había sembrado una sensación de desconfianza que no podía simplemente borrar.

—Tienes razón, Paola ha vuelto a casa y eso es lo que importa.

Quería pensar así, pero estaba empezando a pensar como él: eso no era todo. Solo esperaba que la verdadera historia no nos estallara en la cara y nos dejara en alguna situación complicada.

—Vete a dormir, Sandro —me aconsejó—. Ha sido una noche larga.

—Para todos nosotros —admití.

—Nos merecemos algo de descanso. —Mi hermano señaló la escalera que llevaba a las habitaciones y yo asentí, yendo delante.



Agda Martins

Capítulo 12

Me hubiera gustado pensar que mis problemas acabarían con los exámenes finales del semestre, porque fueron las dos semanas más enloquecedoras de mi vida. No solía dejar nada para el último momento, pero aquella vez parecía que no hubiera adelantado nada y tuve que trasnochar todas las noches para entregarlo todo a tiempo.

El último día del semestre me sentía como un auténtico zombi. Mis ojeras sin duda contribuían a ese aspecto, ya que el polvo compacto que llevaba en el bolso no fue suficiente para ocultarlas.

Cuando sonó mi despertador aquella mañana, me entraron ganas de tirar el móvil por la ventana, pero no tenía dinero para comprar otro, así que era mejor contenerme.

Protesté entre dientes y arrastré los pies fuera de la cama. Al levantarme, cogí el móvil y miré la hora, con la esperanza de que se hubiera equivocado.

Las seis y media de la mañana, no hay ningún problema. ¡Maldición!

Vi las numerosas notificaciones, algunas de aplicaciones de redes sociales, otras de vídeos. En resumen, la mayoría bastante inútiles, a excepción de la app de mi ciclo. En el mensaje ponía que aún no había registrado mi menstruación.

—¿Tres días de retraso?

Era mentira, no podía ser...

Lo comprobé varias veces hasta estar segura de que la app no tenía ningún fallo, pero no era así. Por mucho que no quisiera creerlo, todo parecía correcto.

Fui al baño del pasillo del pequeño apartamento y me encerré allí, haciéndome una especie de autoexamen descabellado en busca de una gota de sangre, pero no encontré nada.

—No...

Me senté en el inodoro y empecé a buscar en mi móvil las posibles causas del retraso de mi menstruación, además de la más obvia: el embarazo. No podía estar embarazada, así que tenía que ser otra cosa.

—¡Estrés!

Parecía la solución perfecta, ya que me había estresado más que de sobra en los últimos días y pensaba que el mundo se me iba a caer encima.

—¡Agda! —Mi padre llamó a la puerta del baño—. ¿Te vas a quedar ahí para siempre, hija? Tengo que arreglarme para ir al trabajo.

—Ya salgo. —Tiré de la cadena y me lavé los dientes.

La desventaja de vivir en un piso con un solo baño era que ni siquiera tenía el lujo de poder quedarme allí para siempre.

—Date prisa o llegarás tarde a la universidad —dijo mi padre cuando me crucé con él en el pasillo.

—Ya voy.

Usaba camisetas de la carrera como uniforme, lo que me ahorraba un montón de ropa. Cogí una negra junto con unos vaqueros y me cambié para salir. Al pasar por la cocina, me sedujo el olor a queso fundido.

—He hecho un sándwich caliente, ¿quieres uno? —preguntó tendiéndome el plato.

—¡Claro!

¿Quién estaría tan loco como para rechazarlo?

Me dedicó una sonrisa mientras acercaba el plato hacia mí.

—Gracias, mamá.

—De nada. Se acaban las clases, ¿no?

—Gracias a Dios. —Ni siquiera quería pensar que ese no fuera el último semestre.

Se trata de celebrar una victoria cada vez, Agda.

—Si quieres que te llevemos, tenemos que irnos ya —comentó mi padre al pasar por la puerta de la cocina.

Me tragué el sándwich, metiéndomelo entero en la boca de un solo bocado.

—Así te vas a poner mal —me regañó mi madre.

—¡Ya voy, papá! —grité mientras me levantaba y le daba un beso en la mejilla—. ¡Gracias, mamá! Estaba delicioso.

—La próxima vez, intenta no entretenerte tanto en el baño para tener tiempo de comer.

—Déjalo en mis manos.

No era exactamente hija única, tenía un hermano mayor que se había casado el año pasado, pero desde que *aquella se lo había llevado de casa* —palabras de mi madre—, ella me trataba como si fuera su tesoro. Lo cual era una gran exageración la mayoría de las veces.

—¡Agda!

—Ya voy, papá.

Bajé del apartamento y lo seguí hasta el garaje donde mi padre dejaba el coche.



Sandro Velázquez

Capítulo 13

Durante los días que pasaron, Paola se mostró introvertida y callada. El trauma era evidente, aunque se negaba a hablar con exactitud sobre lo que había pasado en esas más de veinticuatro horas en manos del Cártel de Tijuana.

Quizá fuera egoísmo por mi parte, pero sabía que si me lo contaba, nunca podría perdonarme por no haberla protegido, por mucho que no estuviera en México para hacerlo.

Nos habíamos esforzado por identificar a todos los miembros del cártel que aún pudieran suponer una amenaza para nosotros. Por lo que nuestros hombres habían descubierto, los que habíamos matado en la finca no eran más que meros secuaces, y los responsables seguían ahí fuera.

—¡Joder! —maldijo Miguel, dando un golpe con la mano en el escritorio de madera de su oficina y haciendo saltar la caja de puros

cubanos.

—¿Crees que ya han salido de México? —Lo miré fijamente mientras le hacía la pregunta, sentado en un sillón frente a él.

Joaquim y otros miembros de nuestra confianza estaban en la habitación, incluido Juárez, el hombre que había cuidado de Miguel desde pequeño, al igual que mi sombra había hecho conmigo.

—Estoy harto de suposiciones, Sandro —me espetó—. Quiero hechos. ¿Dónde están esos malditos y quién va a ser el afortunado que me traiga la cabeza de cada uno de ellos?

—Yo también lo quiero.

—Debe actuar con cautela, señor —le aconsejó Juárez—. Si su padre aún estuviera aquí...

—¡Que le den a mi padre! Ahora soy yo quien da las órdenes aquí. A menos que prefieran ir a visitarlo a la prisión de máxima seguridad de Estados Unidos.

—Por supuesto que no, señor. Respetamos su liderazgo —Juárez retrocedió, dándose cuenta de que, en lugar de aconsejar a mi hermano, solo lo había enfurecido aún más.

En otra ocasión podríamos incluso haber escuchado la cautela de los hombres más mayores, pero nuestros enemigos se habían acercado demasiado. No se trataba solo de la disputa por el territorio del corredor de la droga hasta San Diego, sino del honor de nuestra hermana y de la protección de nuestra familia. Nadie debería acercarse tanto a los Velásquez sin sufrir las más severas consecuencias.

—No importa cómo, vivos o muertos, quiero a esos malditos capturados antes de que acabe la semana.

—Estamos trabajando en ello —aseguró Juárez.

—Pues trabajen mejor —insistió Miguel—. No es solo mi familia la que está en peligro, ¿o creen que si nos pasa algo van a

elegir ser amigos de quienes antes eran nuestros aliados?

—Sabemos que no.

—Más vale que lo sepan.

Me quedé callado, escuchando a mi hermano descargar su furia mientras estaba de acuerdo con él, aunque estar allí sentado me incomodaba. Paola podría haber vuelto a casa, pero las amenazas aún nos acechaban.



Agda Martins

Capítulo 14

¡Vacaciones! Queridas vacaciones...

Por mucho que no descansara tanto, porque mi madre me hacía ayudarla en su tienda de vinos, al menos no tenía que preocuparme por los exámenes ni por profesores excéntricos que nos mandaban trabajos que teníamos que hacer de la noche a la mañana.

Debería estar más relajada, o quizá no, porque incluso después de unos días más, mientras esperaba a que me bajara la regla, no aparecía. El nerviosismo y la expectación podrían haber influido, pero seis días de retraso que acabaron convirtiéndose en diez superaban con creces cualquier retraso atribuible al estrés. No era el primer semestre ajetreado, pero un retraso como aquel nunca me había pasado antes.

—No... —murmuré, tratando de alejar el mal pensamiento cuando la posibilidad de un embarazo pasó por mi mente.

—¿No qué? —preguntó mi madre detrás de mí y casi se me cae al suelo la caja de madera que llevaba.

—Na... nada... —tartamudeé.

—Ten cuidado con esos vinos, Agda. Esas botellas cuestan doscientos reales cada una.

—¡Vale! —Tragué saliva, apresurándome a colocar los vinos en el mostrador para no correr más el riesgo de dejarlos caer.

—¿Va todo bien, hija? —Se acercó más, examinándome con la mirada.

—Sí. —Esbocé una sonrisa que más bien parecía una mueca.

—¿Sabes lo que me apetece?

—¿Qué? —Su pregunta me pilló por sorpresa.

—Helado.

—¿Ahora? —Fruncí el ceño.

—Son las tres y media de la tarde, ¿por qué no?

—Todavía estamos en la tienda y están llegando clientes.

—Hay una tienda de la esquina, ¿por qué no vas allí y compras un bote pequeño para las dos? A menos que prefieras quedarte aquí y romper alguna botella de vino, lo cual te saldrá mucho más caro.

—¡No!

—¡Genial! —Sonrió. —Pues ve.

—Ahora vuelvo. —Comprobé que tenía el móvil en el bolsillo y salí por la puerta de la tienda, caminando por la calle en dirección al supermercado, pero a mitad de camino lo que más me llamó la atención fue una farmacia.

¡No estoy embarazada! Intenté alejar ese pensamiento lo más rápido posible. *Pero y si lo estoy...*

Hacía todo lo posible por negar esa posibilidad, aunque sabía que podía ser real. Pensar en ser madre en ese momento de mi vida era completamente desesperante. Solo tenía veinte años, todavía estaba en la universidad y ni siquiera trabajaba. El año anterior había hecho unas prácticas, pero no eran remuneradas.

Condón... lo usé con el mexicano, claro que lo usé. Entonces, ¿por qué no recordaba el momento en que se lo había puesto?

Mis pensamientos me estaban sumiendo cada vez más en el pánico. Todavía esperaba que solo fuera estrés y que me sorprendiera cuando menos me lo esperara, pero me resultaba difícil ignorar todo ese retraso. Si quería descartar la posibilidad de estar embarazada, lo mejor era hacerme una prueba cuanto antes.

Entonces, ¿por qué tengo tanto miedo?

Contuve la respiración y entré en la farmacia, recorriendo los pasillos hasta encontrar una estantería con varios tipos de pruebas de embarazo. Como tenía poco dinero y aún tenía que comprar el helado, acabé cogiendo la más barata.

Me morí de vergüenza cuando pasé por caja y la mujer se quedó mirándome fijamente. No era asunto suyo, pero me sentí juzgada. Probablemente ella ni siquiera hizo nada, era yo la que estaba desesperada.

Después de hacerme la prueba, por fin podría alejar esa terrible sombra del embarazo y centrarme en los planes para mi vida.

Si estoy embarazada, es del mafi...

—¡No te desesperes, Agda! —me dije a mí misma en voz alta.

—¿Va todo bien, señorita? —preguntó un señor amable que pasaba por la calle.

—Sí. —Abracé la bolsa de la farmacia mientras negaba con la cabeza y probablemente solo delaté mi mentira.

—¿Está segura? —Frunció el ceño.

—¡Claro!

—De acuerdo, buenas tardes.

—Buenas tardes a usted también —me despedí de él y me apresuré a ir al supermercado a comprar el helado o mi madre acabaría extrañando mi retraso.

En cuanto volví a la tienda, me encontré a mi madre preparando el pedido de un cliente y fui a la trastienda a coger dos vasos y cucharas para que pudiéramos tomarnos el helado.

Cuando volví al mostrador, el cliente ya se había marchado.

—¿Va todo bien, Agda? —Mi madre me miraba fijamente, como si intentara ver a través de mi alma.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

¡Mentirosa!

—Pareces rara.

—Quizás sea porque no he dormido bien esta noche —dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—¿Has tenido una pesadilla?

—Sí...

—¿Con qué?

Que podría estar embarazada... Solo lo pensé, pero, por suerte, entró otro cliente en la tienda y no tuve que responder.



Sandro Velázquez

Capítulo 15

Estaba de pie en un rincón del destartalado y polvoriento bar de uno de los pueblecitos de Sinaloa. Joaquim estaba al otro lado, mirándome con expresión seria, pero yo fingía ignorar su presencia.

Daba sorbos a la botella de cerveza tibia y de mala marca mientras hacía girar entre mis dedos la tapa de metal antes de golpearla contra la superficie de madera de la mesa.

Seguía mirando al horizonte cuando un pequeño grupo entró en el bar; eran cuatro hombres, vestidos con ropa de moteros, que se dirigieron a la barra y pidieron chupitos de tequila y aperitivos.

Me quedé en las sombras, limitándome a observarlos con atención. Uno de ellos pareció volverse hacia mí, pero no me reconoció. Era alto, con una gran barba canosa. Aquel sujeto rudo debía de tener al menos unos cuarenta años y pesaba varios kilos por encima de su peso ideal.

Bebieron y se rieron hasta que decidieron jugar al billar y se acercaron a la vieja mesa del centro del bar, bajo una lámpara.

Tres de ellos cogieron sus tacos, pero cuando el cuarto fue a estirar la mano para sacar el objeto de la pared marrón con varias grietas, se topó conmigo sosteniendo el último.

—¿Estabas buscando esto? —Levanté el palo de madera y los ojos del hombre se encendieron cuando me miró bien a la cara y me reconoció.

—¡Maldito Velásquez! —El hombre se abalanzó hacia mí y, antes de que pudiera tocarme, giré rápidamente el taco y le golpeé en el estómago, empujándolo hacia atrás hasta hacerlo tambalear varios pasos y chocar contra la mesa de billar.

Los otros tres se percataron del movimiento y me identificaron, acercándose a mí mientras el otro se recuperaba del golpe.

Uno de ellos, calvo y con un pañuelo en la cabeza, sacó el arma, pero le golpeé la mano con el taco, y el disparo alcanzara el techo, que tembló y una nube de polvo invadió el local.

La gente del bar se levantó y empezó a huir, corriendo y gritando, asustada por lo que estaba pasando.

Le hice una zancadilla con el palo a otro que llevaba el pelo largo, tirándolo al suelo y hasta hacerlo caer sentado.

El último tenía un arma apuntándome y tuve que soltar el palo y moverme rápidamente para arrancársela de la mano y apartarme, y el disparo impactara en la pared del fondo del bar. Le di un codazo en el estómago y le torcí la muñeca hasta que soltó el arma y la cogí. Girando, me puse de nuevo frente a él y, antes de que se recuperara, le disparé en el pecho y se derrumbó sobre el calvo que venía justo detrás.

Disparé a la cabeza del barbudo antes de que me alcanzara y cayó sobre una de las frágiles sillas de madera, y el mueble se

hiciera añicos. Le di otro tiro en el pecho justo cuando el calvo se levantaba. Aparté el cuerpo que estaba encima de él y le apunté con el arma a la cabeza.

—¿Quién lidera ahora el Cártel de Tijuana y dónde está?

—No lo sé.

Me incliné hacia él pisándole el pie y el hombre chilló de dolor mientras apretaba la suela con aún más fuerza contra sus dedos.

—Te lo voy a preguntar otra vez. ¿Dónde está?

El hombre apretó los dientes, dejando que una expresión de desprecio se apoderara de su rostro y, a pesar de estar sometido, se atrevió a escupirme.

Le quité el pie de la mano y le di una patada en la cara, dejándolo aturdido por unos instantes.

—Podemos hacer esto más fácil.

—Me vas a matar de todas formas. —Me miró fijamente, seguro de su destino.

—Tienes razón, pero eres tú quien va a definir el nivel de tu sufrimiento.

Permaneció con expresión seria, negándose a hablar.

—¿Joaquim? —Levanté la cabeza buscando al hombre.

—Estoy aquí, señor. —Apareció a mi lado.

—¿No es tu trabajo protegerme?

—Te estaba yendo muy bien sin mi ayuda.

—¡Qué le vamos a hacer! —Me encogí de hombros. —Pásame un cuchillo.

—¿Qué piensa hacer, señor?

—Cortarle los dedos.

—Pero... —Hizo una pausa y suspiró mientras parecía mirar a su alrededor—. Todos están mirando.

Su comentario me hizo darme cuenta de que había un público considerable mirándonos.

—Más vale que todos sepan que no deben meterse con los Velásquez o sufrirán las consecuencias. —Miré a la gente y mi mirada hizo que algunos retrocedieran. No era nada nuevo que los principales líderes supieran que la mejor forma de mantener su gobierno era a través del miedo. —¡El cuchillo, Joaquim!

—Aquí tiene, señor. —Me tendió una vieja navaja que seguramente masticaría mucho la carne antes de cortarla, pero no me importó. Cuanto más dolor sintiera ese hombre, mejor.

—A ver hasta cuándo puede hacerse el duro.

Vi pavor en los ojos del hombre antes de empezar.



Agda Martins

Capítulo 16

Esa noche, esperé a que mis padres se fueran a dormir para encerrarme en el baño con la prueba de embarazo.

En el envase ponía que daba resultados fiables desde el primer día de retraso, sin necesidad de esperar a la primera orina del día. Como ya habían pasado más de diez días, era muy probable que obtuviera un resultado más preciso.

Recogí la muestra, con los dedos cruzados y deseando un resultado negativo. Debía de haber otra explicación para todo ese retraso, pero ni siquiera pasaron los tres minutos que indicaba el envase para que apareciera la raya de positivo en la tira reactiva.

Me quedé paralizada, tensa, demasiado paralizada para entrar en pánico en un primer momento. Pensé en varias cosas: era una prueba barata, existían los falsos positivos, tenía que haber alguna explicación.

Después de unos diez o quince minutos mirando fijamente ese resultado positivo, sentí como si mi racionalidad me estuviera dando una bofetada.

Estás embarazada.

Al principio me eché a reír, como si fuera una broma, pero luego bajé la tapa de plástico del inodoro y me senté en ella, llorando como una niña pequeña. Las lágrimas eran tan intensas que empecé a sollozar.

—¿Qué voy a hacer?

No tenía trabajo, todavía estaba en la universidad y dependía exclusivamente de mis padres.

¡Me van a matar! Fue lo primero que se me pasó por la cabeza cuando pensé en ellos. Desde luego, no habían criado a su hijita para que se quedara embarazada antes de los treinta sin tener la vida bien resuelta.

Bajé la cabeza, casi tocando las rodillas, y seguí llorando mientras el pánico en mi interior se hacía aún mayor.

No podía dejar de pensar en las consecuencias de todo aquello y la situación no mejoró cuando la imagen del posible padre apareció en mi mente.

Sandro Alberto Velásquez...

Hubiera preferido que fuera solo un joven estudiante sin un duro, igual que yo, pero era aún peor. El hombre era un príncipe de un cártel mexicano. Parecía tan absurdo que me pregunté varias veces si no estaría en medio de una pesadilla muy loca.

Envolví el envase de la prueba en papel higiénico para tirarlo a la basura sin que mis padres lo vieran y volví con él a mi habitación.

Cerré la puerta con llave y me senté en la cama, todavía sumida en un pánico profundo, sintiendo el miedo multiplicado por

un millón. Desde luego, no estaba preparada para pasar por todo eso.

Cogí mi móvil y abrí la app de mensajes; por mucho que Juliana no fuera la persona más adecuada para darme consejos, ella sabía lo del chico y parecía la única persona con la que podía hablar en ese momento, y solo quería poder desahogarme.

Era casi la una de la madrugada, pero teniendo en cuenta que estábamos de vacaciones, era muy probable que ella estuviera despierta.

Al menos aparecía conectada en su perfil.

Agda:

¿Estás ahí?

Juliana:

Viendo una serie.

Agda:

¿Podemos hablar?

Juliana:

Depende.

Agda:

¿De qué?

Juliana:

De si el tema es interesante.

Agda:

No estoy de humor para bromas.

Juliana:

Vaya. ¿Qué ha pasado? ¿Te has peleado con tus padres?

Agda:

Todavía no, pero estoy segura de que querrán matarme.

Juliana:

¿Por qué? ¿Has decidido que quieres irte de casa?

Agda:

¡No! ¿Nada de eso? ¿Puedo hablar?

Juliana:

Claro, ¡habla!

Me quedé mirando el móvil, dándole mil vueltas a si realmente debía contárselo o si eso solo empeoraría las cosas.

Juliana:

¿Sabías que ese «escribiendo» que aparece nos mata de un susto? ¡Dilo ya!

Agda:

Es complicado...

Juliana: ¡Complicado, y un cuerno! Apuesto a que conoces bien eso de «lo que empieza, tiene que acabar».

Agda:

¿Prometes que no se lo dirás a nadie?

Juliana:

¿Cómo voy a contar algo que ni siquiera sé?

Agda:

Pero si te lo cuento yo.

Juliana:

¡Pues cuéntamelo ya!

Vas a ser psicóloga, deberías saber que no se juega con la ansiedad de la gente.

Agda:

Creo que estoy embarazada.

Juliana:

¿Estás bromeando?

Agda:

Ojalá fuera así.

Juliana:

¿Ya te has hecho la prueba?

Agda:

Sí. Ha dado positivo.

Juliana:

¡Ay, Dios mío!

Agda:

Sí...

Juliana:

¿Qué vas a hacer?

Agda:

Todavía no lo sé.

Cuando mis padres se enteren, sé que se van a enfadar.

Juliana:

¿Aún no se lo has dicho?

Agda:

¡No!

Ni siquiera sé por dónde empezaría.

Juliana:

¿Qué tal: «Papá y mamá, estoy embarazada»?

Agda:

No es una broma.

Juliana:

Lo digo en serio. Ir directa al grano puede ser la mejor opción.

Agda:

Quizás...

Juliana:

De todas formas, tendrán que lidiar con esto.

Agda:

Lo dices como si fuera sencillo.

Juliana:

El embarazo en sí es sencillo. Las consecuencias son otra historia.

Si ella estuviera a mi lado, me moriría de ganas de estrangularla; sin embargo, mi amiga tenía razón. Cuando una pareja tenía relaciones sexuales, podía producirse un embarazo. Aceptar eso me hacía sentir aún más estúpida con respecto a todo.

Como no le envié más mensajes, se impacientó y acabó cambiando de tema.

Juliana:

Hace unos días que no te veo y ni siquiera hemos hablado. ¿Estás saliendo con algún chico nuevo que no me has presentado?

Agda:

No.

Juliana:

Entonces, ¿quién es el padre?

Agda:

No me acuesto con nadie desde lo del chico de la barbacoa.

Juliana:

¿El mexicano?

Agda:

Sí.

Juliana:

¿Me estás diciendo que él es el padre?

Agda:

Es una posibilidad.

Juliana:

¿¡Es posible!?

Agda:

¿Qué quieres que diga?

Juliana:

¡La verdad, claro!

Agda:

Si estoy embarazada, sí que es suyo.

Juliana:

¡Joder!

¿Qué vas a hacer?

Agda:

Volverme loca.

Juliana:

Lo digo en serio.

Agda:

Yo también. No basta con que me haya quedado embarazada, sino que además el padre es un traficante.

Juliana:

Por lo que he leído, su padre fue detenido, pero eso no significa que él también esté involucrado.

Agda:

Cuando el río suena, agua lleva.

Juliana:

Estás generalizando.

Agda:

Solo pienso en los hechos.

Juliana:

¿Por qué? Estás pensando en no decírselo.

Agda:

¿Crees que tengo que decírselo?

Juliana:

Así reduces las posibilidades de tener que criar al bebé sola.

Agda:

Pensándolo así...

Pero hay un problema: no tengo ningún contacto suyo.

Juliana:

Es primo de Pedro, ¿no?

Agda:

Eso es lo que dijeron.

Juliana:

Entonces lo conseguiremos.

Agda:

¿Lo conseguiremos?

Juliana:

Déjalo en mis manos.

Agda:

Gracias.

Juliana:

Ahora tengo que irme, acaba de llegar mi pizza.

Hablamos luego.

Agda:

Hasta luego.

Cuando dejó de enviar mensajes, eché la cabeza hacia atrás y la hundí en la almohada.

Me había metido en la peor situación posible y no tenía ni idea de cómo salir de ella.

Sentía como si el mundo entero se me cayera encima y no hubiera ningún lugar al que huir.

De todos los chicos del mundo, aquel era sin duda el peor con el que podía haberme quedado embarazada por un simple descuido.



Sandro Velázquez

Capítulo 17

Estaba sentado fuera de la casa, con una botella de cerveza en la mano y observando distraídamente el reflejo de la luna en la superficie de la piscina. Mi mente vagaba lejos, completamente distraída, hasta que empecé a oír pasos. Ni siquiera me moví, hasta que mi campo de visión captó la sombra de Miguel sentándose en la silla de hierro a mi lado.

—He oído que has estado armando jaleo por ahí —dijo, llamando por fin mi atención y obligándome a girarme hacia él.

—¿Solo quería respuestas? —Dije, dando un sorbo a mi cerveza.

—¿Y las conseguiste?

—No —resoplé—. El hombre era un cobarde. Se desmayó en el tercer dedo.

—¿Le cortaste los dedos?

—Empecé. —Me encogí de hombros.

Miguel soltó una carcajada.

—Debió de ser divertido.

—Un poco —admití—. Pero habría sido mucho mejor si hubieran sido los cabrones que capturaron a nuestra hermana.

—Aún los vamos a atrapar.

—Sí —asentí. Estaba seguro de que lo haría aunque fuera lo último que hiciera. —Nadie se nos acerca y sale impune.

—No —asintió con firmeza.

Nos quedamos en silencio y mi hermano también se quedó mirando la piscina. Pasaron largos minutos antes de que me señalara mi cerveza.

—¿Hay más?

Asentí con la cabeza, cogí la caja que estaba en el suelo y se la tendí. Miguel eligió una, la abrió con los dientes y se bebió la mitad de un solo trago. No había sido fácil para ninguno de nosotros desde el arresto de mi padre, pero para él, el mayor, la carga era mucho mayor.

Miguel sabía que yo estaba allí por él, pero al final, era su responsabilidad mantener toda esa organización en marcha.



Agda Martins

Capítulo 18

No pegué ojo; dudaba que alguien en mi situación pudiera hacerlo.

¡Embarazada!

Esa realidad habría hecho entrar en pánico a cualquiera. Ya no sería nada fácil si estuviera saliendo en serio con alguien y supiera que el chico me iba a apoyar, pero era aún peor estar esperando un bebé de un hombre con el que solo había estado un día. Para colmo, él estaba vinculado al crimen organizado de otro país.

Aunque yo era una mujer decidida, era una locura, pero aquella situación era aún peor.

—¡Agda! —Oí a mi madre llamar a la puerta aquella mañana.

—Hola... —murmuré como si me estuviera despertando, lo cual, desde luego, no era el caso, porque ni siquiera había logrado dormir.

—¡Vamos! ¡Levántate! Llegas tarde.

—¿Llego tarde? —murmuré, frotándome los ojos.

Estaba tan distraída que acabaría olvidándome de cualquier compromiso.

—Para ayudarme en la tienda.

—¡Ah, claro! Ya voy.

Mis padres me dejaban dedicarme a la universidad durante el curso, pero en las vacaciones trabajaba con mi madre en la tienda, sustituyendo a su empleada, que aprovechaba para descansar y viajar con sus hijos.

Todavía dependía completamente de mis padres y ni siquiera podía pensar en cuidar de otra persona, porque ni siquiera era capaz de cuidar de mí misma.

¿Cómo será mi vida ahora?

¿Y la universidad?

Lo que me apetecía era abrir un agujero en el suelo de mi habitación y esconderme allí el resto de mi vida, pero sabía que esa no era la forma de resolver mis problemas.

En el fondo, tenía que admitir que Juliana tenía razón: no había mejor manera de hablar con mis padres que contándoles la verdad. Se enfadarían mucho, pero eran las únicas personas que podrían comprenderme y ayudarme en esa situación.

—No podemos abrir la tienda cuando te apetezca —protestó mi madre cuando pasé junto a ella y me dirigí al baño.

—Lo siento, ya me voy a arreglar.

—Date prisa.

Me lavé los dientes y me cambié de ropa lo más rápido que pude antes de llegar al salón, donde ella me estaba esperando y me entregó un bocadillo medio marchito y un trozo de servilleta de papel.

—Cómelo por el camino.

—Vale, mamá.

Bajamos juntas hasta el garaje, donde estaba su coche.

Por el camino sentí que las palabras se me atascaban en la garganta varias veces, pero no conseguí pronunciarlas en ninguna de ellas.

Estaba jodida...



Sandro Velázquez

Capítulo 19

Intenté acercarme despacio; sin embargo, antes de que llegara lo suficientemente cerca, Paola se giró de golpe, dejando claro lo alerta que estaba. No podía esperar menos de ella después de lo que había pasado.

—Hace un día precioso ahí fuera, ¿sabes? —comenté con una sonrisa mientras ella me observaba con atención.

De hecho, era un día precioso, pero mi hermana estaba sentada en el escalón de la cocina, observando la habitación sin decir nada, mientras Guadalupe preparaba nuestro almuerzo.

—Estoy bien aquí. —Se movió, tirando del dobladillo del vestido para acercarlo a las pantorrillas, incómoda con el saludo.

—Supongo que sí. —Intenté mantener un aire relajado porque no quería que se sintiera incómoda.

—¿Qué estás escondiendo? —Estiró el cuello, tratando de ver lo que llevaba a la espalda.

—¿Que yo estoy ocultando algo? —Fingí no entender.

—¡Sandro!

Me eché a reír y ella me devolvió la sonrisa.

—¡Enséñamelo!

—¿Seguro que quieres saberlo? —La miré con firmeza y mi hermana se encogió, demostrando que se había asustado.

No era mi intención asustarla, así que cogí la caja y se la puse en el regazo.

Levantó la solapa de papel y miró bien dentro, esbozando una amplia sonrisa al instante.

—¡Churros!

—Sí. De esa cafetería que tanto te gusta.

—No me lo puedo creer. —Se quedó boquiabierta.

—Puedes creerlo.

Paola volvió a sonreír, lo que iluminó la habitación y me alivió el pecho.

—Papá siempre decía que no podemos comer el postre antes de la comida.

—Él no está aquí. —Me encogí de hombros—. Si tú no se lo cuentas, te juro que yo tampoco.

—¿Lo juras?

—Me llevé los dedos a la boca, como si hiciéramos un pacto, y ella sonrió aún más, casi recordándome la época en que éramos niños y los problemas parecían mucho menores.

Paola cogió uno de los minichurros y se lo metió en la boca, masticando con la expresión de quien come lo más sabroso del

mundo.

—¿Está bueno?

—¡Divino!

—Me alegro.

—¿No quieres uno? —Levantó la caja y me la ofreció.

—Ahora no.

—¿Quieres que te lo guarde?

—¿Por qué no vamos a por más luego?

—¿A la cafetería? —De repente, la sonrisa que se dibujaba en su rostro desapareció como si la hubieran borrado.

—Sí.

—Mejor no.

—Paola...

—No quiero salir de casa.

—Todo va a salir bien, Paola. —Me incliné hacia ella para tocarle el hombro, pero se apartó de un tirón, alejándose de mí.

—¡No! —El grito fue agudo y estridente.

—¡Paola!

—Déjame en paz, Sandro. —Se levantó, dejando la caja de churros en el suelo, y salió corriendo hacia las habitaciones.

Me giré con la intención de seguirla, pero Miguel apareció de repente en mi campo de visión.

—¿Está bien? —Frunció el ceño mientras intentaba comprender qué acababa de pasar.

—Desde luego que no.

—¿Hay algo que podamos hacer?

—¿Aparte de matar a esos desgraciados? No lo sé...

—Ya lo veremos, pero tendrá que esperar, te necesito ahora.

—¿Qué pasa?

—Unos héroes de la DEA que necesitan aprender una lección.

—¿Qué quieres que haga?

—Puedes divertirte.

Esbocé una sonrisa sombría y Miguel se limitó a asentir con la cabeza.

La DEA era un departamento estadounidense encargado de combatir el tráfico de narcóticos hacia Estados Unidos. Aunque no estaban oficialmente vinculados a la policía ni a las autoridades mexicanas, eran una constante piedra en el zapato, ya que su país albergaba a nuestros principales consumidores.

La droga que producíamos allí llegaba a toda América, pero principalmente a Estados Unidos. Teníamos muchos aliados poderosos por todo el país que no querían que se interrumpiera el suministro. Sinceramente, sabíamos que eso nunca ocurriría.

Donde hay demanda, el mercado siempre llega.



Agda Martins

Capítulo 20

Estaba colocando unas botellas de vino en una caja de madera con serrín para enviárselas a un cliente que había hecho la compra por internet cuando mi móvil vibró en el bolsillo, llamando mi atención.

Lo saqué y miré el nombre en la app de mensajes antes de abrir la notificación.

Juliana:

¿Has hablado con tus padres?

Agda:

No me atreví. Estoy esperando el momento adecuado.

Juliana:

Sabes que el momento adecuado nunca llegará, ¿verdad?

Agda:

Lo sé, pero aun así no tengo ni idea de cómo empezar la conversación.

Juliana:

Solo tienes que decir que estás embarazada.

Agda:

Ya me gustaría ver si fueras tú en mi lugar.

Juliana:

Menos mal que no lo estoy. Eso me recuerda que tengo que ponerme al día con la píldora.

Agda:

No es una broma.

Juliana:

No, en absoluto, pero no le envié un mensaje por eso. Se lo pedí a un compañero, que se lo pidió a otro y consiguió el teléfono de Pedro, el chico que organizó la fiesta. Le envié algunos mensajes y conseguí el número de tu chico.

Agda:

¿De Sandro?

Juliana:

¡Sí!

Me envió un contacto y me quedé mirándolo fijamente durante unos largos instantes antes de pensar en cómo iba a reaccionar. Al final, mi respuesta fue sencilla.

Agda:

Gracias.

Juliana:

De nada. Después cuéntame cómo fue la conversación con él.

Agda:

Vale.

Juliana:

Pero tienes que contármelo de verdad.

Agda:

¡Vale!

—¡Agda! —gritó mi madre con tanta intensidad que el susto casi me hace soltar el móvil.

—Hola, mamá.

—¿Dónde está la caja de mi cliente?

—Está casi lista.

—¿Casi?

—Ahora mismo te la llevo.

Intenté dejar a un lado todos mis pensamientos para centrarme en terminar mi tarea antes de que mi madre me estrangulara sin saber siquiera que estaba embarazada.



Sandro Velázquez

Capítulo 21

El sonido de la puerta del coche al cerrarse resonó en todo el interior del vehículo; me incliné hacia delante y acerqué el arma a la nuca del hombre que se había acomodado en el asiento del copiloto.

Le oí tragar saliva y tratar de girarse, pero presioné el cañón del arma aún más.

—Yo no haría eso si fuera tú —le advertí.

—¿Quién eres?

—Eso no importa. —Mantuve mi voz firme y amenazante—. Lo único que necesitas saber es que te has cruzado en el camino de las personas equivocadas y un hombre bueno como tú no querrá eso.

—¿Qué gente? —se atrevió a preguntar, pero no le respondí.

—Tienes una mujer y un hijo, ¿verdad? ¿Cómo se llama, John? No querrás que ellos tengan que lidiar con las consecuencias de tus actos, ¿verdad?

—¿Estás amenazando a mi familia?

—Solo te estoy recordando que en este mundo siempre hay consecuencias y es mejor que vuelvas a casa sin tener que lidiar con ninguna de ellas.

Yo lo sabía mejor que nadie; todos habíamos sufrido, pero mi hermana Paola era quien peor lo estaba pasando en ese momento.

—Vuelve a Estados Unidos, americano.

—¿O qué?

—No querrás saber lo que viene después de la primera advertencia. —Desbloqueé el arma y el sonido del metal le hizo tragar saliva una vez más. —¿Lo has entendido?

Asintió con la cabeza y bajé el arma. Antes de que se girara hacia mí, ya había caminado de vuelta a mi coche, a unos metros de donde estaba el suyo.

Llevaba puesta una máscara de esquí que solo me quité cuando arranqué el vehículo y empecé a alejarme de allí.

Ya estaba a punto de volver a casa cuando empezó a sonar mi móvil; pensé que podría ser Joaquim, regañándome por haber salido una vez más sin él, pero me llevé una sorpresa al darme cuenta de que era de Brasil. A menos que mi tía o mi primo hubieran cambiado de número, no tenía ni idea de quién podría ser.

Pensé en rechazar la llamada, pero tenía la vana esperanza de que fuera alguno de ellos y contesté.

—¿Quién es?

La línea se quedó completamente en silencio durante unos instantes y estaba a punto de colgar cuando oí una voz femenina.

—¿Sandro?

—¿Quién es? —insistí, irritado.

—A... A... Agda.

—¿Quién? —El nombre no me había despertado ningún recuerdo.

—Yo... Nosotros...

Hablaba en portugués, pero no parecía nadie a quien debiera conocer y, por la forma en que tartamudeaba, ni siquiera sabía por qué seguía prestándole atención.

—Nos conocimos en una barbacoa de tu primo, soy Agda.

—¡Ah! —Me acordé de ella. La chica con la que me había acostado.

Solo quería saber cómo había conseguido mi número, ya que yo no se lo había dado y, si Pedro lo estaba difundiendo por ahí, sin duda se habría metido conmigo.

—¿Qué quieres? —fui brusco.

—Necesito hablar contigo.

—Creo que no tenemos nada de qué hablar.

—Yo... bueno...

No era un día en el que me apeteciera perder el tiempo. Iba a colgar, pero entonces sus palabras me dejaron helado.

—Estoy embarazada.

Me tocó a mí quedarme paralizado y en silencio. Esa era una noticia que no esperaba recibir ni siquiera en una broma.

—¿Sigues ahí? —se atrevió a preguntar.

—¿Qué coño es esto?!

—Nosotros... Después de la barbacoa.

No podía ser verdad, ella no debería estar...

—¿Sandro?

—Sinceramente, ese tipo de timo ya no cuaja.

—No es un truco.

—No sé cómo has conseguido mi número, pero más te vale no molestarme.

—Pero...

Colgué sin dejar que terminara de hablar. Dudaba de que la chica estuviera realmente embarazada; si era ella de verdad, solo habíamos tenido sexo una vez.

Y si lo estaba...

En cualquier caso, era mejor que se mantuviera bien lejos de mí.

Mi mundo no era lugar para niños.



Agda Martins

Capítulo 22

Me quedé con el móvil en la mano, paralizada.

Sabía que llamarle no iba a ser buena idea, pero admito que no esperaba esa reacción. Sandro me había tratado como si nada hubiera pasado, o peor aún, como si yo no fuera...

Ni siquiera podía pensar en esa palabra y mis ganas de llorar se hicieron aún más intensas.

Me sentí completamente sola. No es que pensara en ningún momento que pudiera contar con aquel hombre, sobre todo después de lo que sabía de él, pero, por un breve instante, tuve la esperanza de oír que me iba a ayudar y que todo saldría bien.

En medio de un llanto desconsolado, tuve la certeza de una cosa: nada iba a salir bien...

Aquella noche ni siquiera sé cuándo me dormí, solo que mis lágrimas empaparon mi almohada.



Sandro Velázquez

Capítulo 23

—¡Eh! —Alma me dio un codazo, obligándome a girarme hacia ella y a salir de mis pensamientos.

—¿Has oído algo de lo que he dicho?

Negué con la cabeza. Ni siquiera sé cómo había llegado a la mesa del desayuno, porque tenía la mente muy dispersa. Estaba pensando en la llamada que había recibido y en esa posibilidad.

¿Embarazada?

Solo podía ser una broma de pésimo gusto. Podría apostar a que mi primo le había dicho algo a la chica para gastarle esa broma. Si había algo en lo que no me veía de ninguna manera era siendo padre. Además, teniendo en cuenta el mundo en el que estaba metida mi familia, sería una tontería por mi parte arrastrar a un niño a todo eso.

Ni siquiera mi hermano Miguel, ocho años mayor que yo, se había planteado en ningún momento casarse y tener hijos. Después de que mi padre fuera detenido, la situación se había vuelto aún peor y el mundo parecía haberse derrumbado sobre nuestras cabezas.

—¡Sandro! —gritó Alma, reclamando mi atención.

—¿Qué pasa? —gruñí irritado, apretando los dientes e inclinándome hacia ella.

Normalmente me gustaba prestar atención a mis hermanas. Ellas eran como la parte buena de aquel mundo en el que vivíamos; sin embargo, aquel día no tenía paciencia para nada, ni siquiera para ellas.

—Quiero ir a la Ciudad de México, necesito hacer compras, pero Miguel dijo que solo puedo ir si tú me acompañas. Después de lo que pasó con Paola, no quiere que nos quedemos solas. Entonces irás, ¿no?

—No. —Mi respuesta fue directa y sin rodeos.

—¿Qué? —Alma retrocedió, boquiabierta. —¿Por qué no?

—No tengo tiempo para tus tonterías ni creo que debamos arriesgarnos por una tontería.

—Pero...

Mi mirada hizo que desistiera de rebatir mis palabras. Quizá en otro momento habría accedido a llevarla, pero en aquel no.

El ambiente se volvió tenso y Alma simplemente se alejó, sentándose en el otro extremo de la mesa. Con el ceño fruncido hacia mí, actuando como solía hacer en la infancia, pero esta vez no me importó, tenía otros problemas en la cabeza.

—Si... señor... —Guadalupe se arriesgó al acercarse.

—¿Qué pasa? —Levanté la cabeza y la miré.

—¿Quiere más café? —Señaló la taza que tenía delante.

—No, puedes llevártela.

—De acuerdo —asintió con un movimiento de cabeza y comenzó a recoger la mesa del desayuno.

Me levanté y caminé en silencio hasta la zona de la piscina, sentándome en una de las sillas de hierro del pequeño jardín. Ese era el lugar al que solía ir cuando quería estar solo y pensar.

Cogí mi móvil y le envié un mensaje a Pedro. Si él estaba detrás de todo aquello, se las vería conmigo y seguramente se arrepentiría hasta el punto de no volver a plantearse nunca más hacer ninguna travesura.

Sandro:

¡Espero que estés preparado para afrontar las consecuencias, mocoso!

Pedro:

¡¿Consecuencias?!

¿Te has vuelto loco, tío?

Sandro:

Fuera lo que fuera lo que se te hubiera pasado por la cabeza, no ha tenido ninguna gracia hacer que esa chica me llamara para decirme que está embarazada.

Pedro:

Así que para eso quería tu número.

Sandro:

Fuiste tú quien se lo dijo.

Pedro:

Espera un momento, tío, yo no envié nada.

Sandro:

Acabas de decir que fuiste tú quien pasó mi número.

Pedro:

Se lo di, pero no sabía nada de eso.

Su amiga solo se puso en contacto y dijo que necesitaban hablar contigo urgentemente. Como te acostaste con la chica, no me pareció tan grave que ella tuviera tu número.

Por no hablar de que ya se ha inventado el bloqueo.

Solo tienes que bloquearla, tío.

Sandro:

Te juro que si descubro que me estás haciendo una trampa, te arrepentirás.

Pedro:

¿Crees que estoy loco?

Mi madre no deja de decirme que no me meta con vosotros.

Sandro:

Es una buena idea.

Pedro:

¿Quieres que haga algo? Hablaré con ella para que te deje en paz.

Sandro:

Ya has hecho suficiente.

Pedro:

Lo siento, no pensé que te enfadarías tanto solo por haberle dado tu número.

Sandro:

Vale. Hablamos.

Pedro:

Vale.

Sería mejor para mi primo que no estuviera detrás de esa trampa, o me enfadaría mucho. Sin embargo, sacar a Pedro de la historia me ha molestado aún más. ¿Por qué me diría la chica que estaba embarazada si Pedro no quería gastarme una broma?

¿Está diciendo la verdad?

—¡Sandro!

Tuve que dejar de pensar en eso cuando Miguel apareció en mi campo de visión, buscándome y haciéndome señas para que me acercara y lo siguiera.

—¡Ven conmigo! Tenemos trabajo que hacer.

Solo asentí con la cabeza sin preguntar nada; fuera cual fuera la motivación de la chica para decirme eso, tendría que esperar a más tarde.



Agda Martins

Capítulo 24

Todavía estaba sollozando, abrazada a mis rodillas, cuando mi madre entró en la habitación por la mañana. No quería que me viera así, pero ya era demasiado tarde.

Me levanté de un salto, pero ella se acercó lo suficiente como para verme frotándome los ojos con el dorso de las manos.

—¿Qué pasa, Agda?

—N... nada... —me apresuré a decir, pero lo único que conseguí fue delatarme.

—Estás mintiendo.

—Mamá...

Cruzó los brazos y me miró con una expresión seria, exigiendo que le revelara la verdad.

Se me secó la boca, el corazón me latía a mil y, por mucho miedo que tuviera, sabía que tarde o temprano tendría que contárselo a mi madre. Cuanto más lo pospusiera, mayor sería mi sufrimiento.

—¡Agda! —exigió una respuesta.

Mi mente daba vueltas, pensé en contar alguna historia o inventarme cualquier cosa que justificara mi comportamiento, pero al final, nada me pareció mejor que la verdad.

—Yo... —Inspiré profundamente y me abracé, fingiendo tener sueño—. Estoy embarazada... —mi voz se fue apagando poco a poco.

—¿Tú qué? —Abrió mucho los ojos, incrédula.

Me quedé callada, tensa y con la respiración paralizada. Debería decir algo, pero abrí la boca varias veces y no salió ningún sonido.

Mi madre esperó un momento, pero continuó al darse cuenta de que no iba a decir nada más.

—¿Estás embarazada? —repitió, intentando asimilar la información—. ¿Es eso cierto?

Solo asentí con la cabeza.

—¿Estás segura?

—Creo que sí.

—¡¿Cómo has dejado que pasara esto?! —Levantó la voz. Sabía que se enfadaría y no podía culparla por ello.

—Yo... yo... —No tenía respuesta para esa pregunta.

—¡Con tantas formas de evitarlo, hija mía! ¿Cómo has podido dejar que esto pasara?

Tragué saliva.

—¿Tu padre ya lo sabe?

Negué con la cabeza.

—¿Y tu universidad? ¿Tu vida?

Una vez más, no le respondí. Ya había pensado en todo eso y me había desesperado lo suficiente sin encontrar una respuesta satisfactoria.

Tras un largo momento de silencio, con la respiración entrecortada y el cuerpo entumecido, gritó.

—¡Agda!

—Yo... no lo sé.

—Deberías haberlo pensado antes de quedarte embarazada.

No es como si me hubiera metido en esa situación a propósito. Mis planes para los próximos cinco años no incluían ser madre soltera sin terminar mis estudios.

Seguí en silencio, pero mi madre no parecía dispuesta a callarse tan pronto. Estaba furiosa conmigo y ni siquiera podía culparla por ello. Me había metido en un buen lío.

Si te hubieras quedado en casa estudiando, esto no habría pasado. Hasta mi mente me estaba dando una lección de moral.

—¿Quién es el padre? —Mi madre se puso las manos en la cintura, inclinándose hacia mí como si sus ojos tuvieran lupas de la verdad, capaces de sacarme cualquier información.

Esa era la peor pregunta de todas...

—¡Agda! ¿Quién es? —exigió.

—Es... es... —Empecé a tartamudear y tragué saliva.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Yo... No lo sé.

Quizá fuera una tontería, pero me pareció mejor actuar así que dejar que mi madre se arriesgara a ir tras un hombre que, por lo que parecía, no era buena persona.

—¡¿No lo sabes, Agda?!

—No...

Su furia no hizo más que crecer hasta el punto de que se le enrojeció el rostro.

—¿Cómo es que no lo sabes?

—No lo sé...

—¿Cuántos tíos fueron?

—Algunos.

—¡¿Algunos?! No crié a mi hija para eso. —Se alejó, masajeándose las sienes. Mi madre estaba tan enfadada que no podía mirarme a los ojos.

La imagen que tenía de mí en ese momento no era de las mejores y pagaría muy caro ese desliz mío. Sin embargo, no creía que ella se alegrara más si supiera de dónde venía el chico, por mucho que, en mi defensa, no tuviera ni idea de quién era antes de acostarme con él.

La próxima vez será mejor que compruebe los antecedentes del chico.

Después de eso, lo más inteligente por mi parte sería no permitir que hubiera una segunda vez.

—Es mejor que te quedes aquí hoy.

—Pero, mamá...

Me lanzó una mirada tan feroz que no tuve más remedio que dar marcha atrás.

—Está bien, me quedaré.

Resoplando, se dirigió al salón hasta desaparecer de mi vista y oí cómo la puerta de nuestro piso se cerraba de un portazo.

No podía dejar de pensar que mi vida se había acabado.



Sandro Velázquez

Capítulo 25

Entré en el despacho de mi hermano y me lo encontré de pie, mirando más allá de la ventana y con las manos cruzadas a la espalda.

Parecía no haberse dado cuenta de mi presencia hasta que hablé, lo que le hizo volverse.

—Me has llamado.

—Sí. —Con la mirada firme, Miguel se dirigió a su silla y se acomodó detrás del escritorio que solía pertenecer a nuestro padre.

Condenado a cadena perpetua en una prisión de máxima seguridad en Estados Unidos, era casi como si estuviera muerto, porque sabíamos que nunca volvería a casa. Además, era difícil y evitábamos visitarlo, porque no queríamos llamar la atención sobre

el resto de la familia, y mucho menos que la policía nos pisara los talones.

—Me han dicho que andas perdido.

—¿Yo? —Crucé los brazos y entrecerré los ojos.

—Sí.

—He estado haciendo mi trabajo, Miguel —afirmé con convicción.

Yo era un soldado fiel de aquella familia, lo hacía todo por ellos y eso Miguel no podía negarlo.

—Lo sé.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —Descruce los brazos e incliné el cuerpo hacia la mesa.

—Sé que estás enfadado por lo que le pasó a nuestra hermana y quieres venganza. ¡Yo también la quiero! Sin embargo, si no actuamos con cautela, ellos conseguirán exactamente lo que quieren: atraparnos.

—No voy a permitir que eso suceda.

—Espero que no.

Miguel podría estar preocupado por mis acciones contra el Cártel de Tijuana, pero no eran ellos quienes me habían estado perturbando los pensamientos en los últimos días. Broma o no, esa historia del embarazo me estaba perturbando y era un pésimo momento para eso, pues mi hermano tenía razón. Si no me mantenía frío y concentrado, acabaría muerto a manos de nuestros enemigos.

—No me va a pasar nada, Miguel.

—Genial, porque no necesitamos otro rehén.

—Yo los mataré.

—Los buscaremos para eso.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Mientras tanto, necesito que prestes atención a este envío. —Me pasó una carpeta de papel—. Necesito que te asegures de que nuestra producción de fentanilo llegue a los compradores en Estados Unidos.

—¿Crees que el cártel de Tijuana intentará impedirlo?

—Eran nuestro principal problema.

—Me encargaré de que se realice la entrega.

—Lo sé. —Asintió con la cabeza.

Di un golpe con la mano en el maletín y lo tiré hacia mí sin esperar a que Miguel dijera nada más.

Mi atención estaba puesta en eso, en el trabajo; una niña que no paraba de hablar en Brasil no podía distraerme.

Caminé por el pasillo abriendo el maletín y revisando la información escrita a mano. Por mucho que tuviéramos excelentes ordenadores y empleados especializados en mantenerlos en funcionamiento, la forma arcaica de hacer las cosas seguía siendo la más eficiente, ya que no podíamos correr el riesgo de que nos hackearan la policía o nuestros enemigos.

Tras el arresto de mi padre, tuvimos que redoblar nuestra atención y precaución para que ninguno de nosotros corriera el mismo riesgo. Aunque contábamos con miembros de la policía y del ejército en nuestra nómina para eliminar todas las pruebas en nuestra contra, aún quedaban los que se creían héroes y podían echarlo todo por tierra.

La detención de mi padre fue una lección que ninguno de nosotros podía ignorar.

Me senté en un sillón en una pequeña salita que había en el segundo piso, con una mesa de centro redonda y un televisor. Puse los pies sobre la mesita y abrí la carpeta, revisando la información.

Los hermanos Alende enviarían la droga desde los laboratorios a la mañana siguiente y esta seguiría la ruta de exportación hasta Estados Unidos. Mi trabajo era garantizar que todos los caminos estuvieran despejados hasta llegar a Nueva York, donde la recibiría la mafia local. Por eso, los Lansky nos pagarían diez millones de dólares.

Esperaba que, con unas cuantas llamadas y las piezas adecuadas en ese juego, no tuviera problemas.



Agda Martins

Capítulo 26

Pasé toda la mañana en mi habitación, acurrucada en la cama y entregada a un llanto que parecía no tener fin. Estaba completamente presa del pánico y no se me ocurría ninguna solución milagrosa para mi situación.

Sabía que tenía que cuidar de ese bebé, pero reorganizar toda mi vida para ello sería un gran reto.

Oí vibrar mi móvil en la mesita junto a mi cama y no tenía ni la más mínima intención de responder a nadie, aunque, por un instante, pensé que podría ser Sandro. Por mucho miedo que le tuviera, aún tenía la esperanza de que pudiera aparecer con una solución milagrosa.

Mis esperanzas no duraron mucho, pues cuando cogí el móvil, vi que los mensajes eran de Juliana y no de él.

Juliana:

¡Hola, amiga!

¡Danos noticias!

¿Cómo estás?

Me quedé mirando el móvil un rato, pensando si debía responder o no a sus mensajes. Sin embargo, aunque estaba enfadada porque me había arrastrado a esa fiesta, Juliana no tenía la culpa de mi situación, y mucho menos de las consecuencias. Estaba muy consciente y sobria cuando besé y me acosté con Sandro.

Agda:

No muy bien.

Juliana:

¿Por qué?

Agda:

Se lo he contado a mi madre y está furiosa.

Juliana:

Me lo imaginaba.

Agda:

Sí, pero eso no lo ha hecho más fácil.

Juliana:

¿Y qué te dijo?

Agda:

Quería saber qué voy a hacer ahora.

Juliana:

¿Y qué le respondiste?

Agda:

Nada, porque no lo sé.

Entonces, ella quiso saber quién era el padre.

Juliana:

¿Se lo dijiste?

Agda:

¡No! Le dije que no lo sabía.

Juliana:

¿Por qué?

Agda:

¿Crees que sería más fácil si ella lo supiera?

Juliana:

¿Por qué no?

Agda:

¡Es un delincuente!

Juliana:

Son suposiciones. No es porque su padre haya sido detenido que él también esté involucrado.

Agda:

¡No me digas!

Juliana:

Estoy intentando ser optimista.

Agda:

Vale.

Juliana:

¿Has hablado con él?

¿Ya le has dicho que estás embarazada o también tienes miedo?

Agda:

Se lo he dicho...

Juliana:

¿Y cuándo viene?

Agda:

¿Viene a dónde?

Juliana:

¡Aquí!

Agda:

Él no viene.

Juliana:

¿Vas tú?

Agda:

Yo tampoco. La verdad es que la conversación no fue de las mejores.

Juliana:

¡Explícamelo bien!

Agda:

Ni siquiera me habló como es debido. Creo que ni siquiera se lo creyó; de todos modos, ni le importa.

Juliana:

¿Estás bromeando?

Agda:

¿Crees que estaría bromeando?

Juliana:

Era solo una forma de hablar, amiga.

Una broma.

Agda:

No estoy de humor para bromas.

Juliana:

Lo siento.

Agda:

Lo único que me apetece es desaparecer.

Juliana:

Tranquila, amiga, todo va a salir bien.

Agda:

No puedes decir eso.

Juliana:

No, pero no vas a ser la primera mujer que se ha quedado embarazada sin querer, ni la última.

Ojalá fuera tan sencillo como ella decía. El mundo parecía seguir derrumbándose sobre mi cabeza, pero cada vez era más obvio que no tenía más remedio que superar esa situación.



Sandro Velázquez

Capítulo 27

Me revolví de un lado a otro en la cama. Desde el ataque a Paola, mis noches eran malas, pero aquella en particular fue aún peor, como si tuviera una sensación incómoda que no desapareciera nunca.

Cuando mi móvil empezó a sonar, comprendí que podía tratarse de un mal presentimiento. Nadie llamaba a las cuatro de la mañana para dar buenas noticias. Esas siempre esperaban hasta el día siguiente.

—¡Hola! —Contesté con tono brusco mientras me sentaba en la cama y cogía los pantalones que había dejado apoyados en la cabecera.

Estaba seguro de que los necesitaría incluso antes de oír:

—Señor, hemos tenido un gran problema. —La voz del hombre al otro lado de la línea sonaba temerosa y llena de pavor.

—¿Cuál?

—Han derribado el pajarito.

Podría parecer ridículo, pero era una forma de decir que habían alcanzado el camión con mi envío de droga para los estadounidenses. Por lo general, usábamos formas de hablar no tan explícitas por si nos estaban vigilando.

—¿Cómo?

—Ellos...

—¡Mierda!

Esos cabrones del Cártel de Tijuana deberían haberse quedado muertos, pero yo iba a reabrir las fosas, tirarlos dentro otra vez y asegurarme de que nunca más se atrevieran a volver.

—¿Qué quiere que haga, señor?

—Espere.

—De acuerdo —asintió él, y colgué sin decir nada más.

Cogí la primera camiseta limpia que encontré por el camino y salí con ella puesta por el pasillo, dando pasos rápidos antes de llegar al garaje.

Cogí mi móvil y llamé a Joaquim; tardó unos instantes en contestar con voz somnolienta.

—Sandro...

—Tienes treinta segundos para llegar al garaje o te dejaré atrás.

—¿Adónde vas?

—Veintinueve, veintiocho...

Colgué el teléfono y esperé.

Estaba realmente dispuesto a irme si Joaquim no aparecía, pero enseguida se cruzó en mi campo de visión, corriendo a tal velocidad que casi tropezaba con sus propias piernas mientras se subía la cremallera de los pantalones.

El hombre abrió la puerta del copiloto de mi coche y se acomodó, abrochándose el cinturón.

—Tienes la camisa abierta —murmuré.

—Lo siento, no he tenido mucho tiempo.

—Arreglate.

Mientras Joaquim terminaba de vestirse, arranqué el coche y salí de nuestro garaje, acelerando hacia la autopista lo más rápido posible.

—¡¿Qué está pasando?! —Por reflejo, Joaquim se agarró al cinturón mientras yo alcanzaba más de ciento cincuenta por hora.

—Han matado a los transportistas y nos han robado la carga.

—¿Carga?

—El fentanilo para los estadounidenses.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Matarlos!

—¿Solo?

—Primero voy a averiguar qué ha pasado antes de movilizar a nuestros hombres.

—Ten cuidado. —Joaquim parecía ser ese angelito de la conciencia sobre mi hombro que siempre perturbaba mis pensamientos.

—Lo haré.

—Sandro...

—Si no es para ayudar, mejor cállate —gruñí y él se encogió.

—Siempre estoy aquí para ayudar.

—Mejor que sí. —Pisé aún más a fondo el acelerador cuando llegué a la autopista en dirección norte.

Cuanto más rápido avanzara, menor parecería la distancia hasta el punto al que pretendía llegar.

El sol ya estaba asomando por el horizonte cuando reduje la velocidad al ver una señal en la pista de huellas de neumáticos, muy cerca de las coordenadas que el hombre me había enviado. Giré el volante y me adentré en el campo hasta ver el camión volcado y los cuerpos de los hombres que debían transportar mi carga.

Detuve el coche, me incliné hacia Joaquim, abrí la guantera, cogí mi arma y la metí en el bolsillo del pantalón antes de salir del vehículo.

En cuanto me acerqué, apareció un hombre, casi como si estuviera escondido, esperando no ser visto a menos que estuviera seguro de estar a salvo.

—Si... señor Velásquez...

—¿Qué ha pasado aquí? —Tenía los ojos entrecerrados y los dientes amenazadoramente al descubierto, demostrando que no estaba allí para jugar.

—Ellos... ellos...

—¿Quiénes, joder?

—Los hombres, no se identificaron, pero sabían exactamente lo que se transportaba en el camión. Primero mataron al conductor, que perdió el control y el vehículo se salió de la carretera, acabando aquí. Iban en una camioneta.

—¿Cuántos eran? —preguntó Joaquim.

—Cinco... Seis... No estoy seguro.

—Si los otros que están ahí están muertos, diría que el conductor y otros dos tipos. ¿Qué haces tú aquí?

—¿Yo?

—Más te vale que no seas sordo. —Saqué mi arma y apunté a la cabeza del tipo.

—No lo soy, señor.

—Entonces responde a mi pregunta. ¿Por qué tú estás vivo y los demás no?

—Cuando el camión se cayó, corrí y me escondí.

—¿Huyó? —Le miré fijamente a los ojos mientras le preguntaba.

—Sí... sí... —No se atrevía a mirarme a los ojos.

Tragó saliva al oírme desenfundar el arma y no lo pensé dos veces antes de dispararle a la cabeza y verlo caer delante de mí.

—¿Qué has hecho? —gritó Joaquim.

—Lo he matado.

—Dios, ¿por qué?

—Porque, en el mejor de los casos, no era más que un cobarde y, en el peor, un traidor. Sea como sea, no queremos a ningún hombre así trabajando para nosotros. Si tienes algo en contra de esto, más te vale tener cuidado de no correr la misma suerte que él.

—Por supuesto que no, señor. Su decisión ha sido la más prudente.

—Más te vale estar de acuerdo.

Me acerqué al camión, mirando dentro y fuera del vehículo en busca de pistas sobre lo que realmente había pasado. Dudaba de que el hombre al que acababa de matar fuera lo suficientemente imparcial como para decirme la verdad.

Mi móvil empezó a vibrar en el bolsillo y esperé que fueran muchas personas, pero no era un número de Brasil que no reconocí. Lo único que me faltaba era tener que lidiar con esa chica otra vez.

Había un asunto mucho más importante que exigía mi atención en ese momento.

Desconocido:

¡No puedes hacer eso!

En el mejor momento, te acostaste con mi amiga, ¿verdad?

Pero tienes que ser un hombre y asumir la responsabilidad del bebé.

Sandro:

¿Quién eres?

Desconocido:

Soy Juliana, amiga de Agda.

Sandro:

No deberías meterte.

Juliana:

Eres tú quien debería comportarse como un hombre de verdad y reconocer a tu hijo.

Sandro:

¿Sabes con quién estás hablando, chica?

Juliana:

He estado leyendo sobre ti en Internet.

Sandro:

Lo que hay en Internet no es ni la mitad de la verdad.

Juliana:

¿Entonces eso significa que realmente eres un delincuente?

Sandro:

No querrás averiguarlo.

Oí un disparo pasar cerca de mí antes de oír a Joaquim gritar y tirarme del brazo para que nos escondiéramos detrás de la carrocería de mi coche.

—¡Cuidado!

La forma en que me tiró hizo que se me cayera el móvil y lo vi en medio del camino mientras se disparaban varios tiros en mi dirección. No tuve tiempo de recogerlo, porque un vehículo se dirigía hacia nosotros y dentro había dos hombres disparando con una ametralladora.

Esa ráfaga de disparos pondría a prueba el blindaje de mi deportivo.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Joaquim.

Aunque estaba de acuerdo con él, no estábamos en una posición muy favorable. No había ningún hueco por el que pudiéramos salir corriendo.

Yo estaba concentrado en intentar devolver los disparos, aunque mi pistolet de nueve milímetros no parecía muy eficaz contra las armas de los enemigos. Mientras tanto, Joaquim abrió la puerta del copiloto y se coló en el interior del coche.

—¡Entra! —gritó al ponerse al volante.

No lo pensé dos veces antes de colarme en el asiento del copiloto y cerrar la puerta. No teníamos ninguna posibilidad de ganar ese enfrentamiento de forma justa.

—No deberías estar conduciendo mi coche —mascullé mientras Joaquim aceleraba para alejarse de allí.

—De nada, señor.

—¿Por qué? —Arqueé las cejas, molesto, y crucé los brazos.

—Por salvarte la vida.

—Ya me lo imaginaba...

—Solo estoy haciendo mi trabajo.

—Claro. —Desvié la mirada hacia fuera—. Todavía no hemos conseguido nada y les debemos diez millones en carga a los estadounidenses. Miguel se va a volver loco, y con razón.

Metí la mano en el bolsillo, buscando mi móvil para llamar a mi hermano, cuando recordé que se me había caído.

¡Mierda!

Lo último que querría es que mi móvil cayera en manos del enemigo.



Agda Martins

Capítulo 28

Unos días después...

El cielo aún parecía a punto de derrumbarse sobre mi cabeza y no fue nada fácil cuando mi madre me obligó a decirle a mi padre que estaba embarazada. Los dos estaban furiosos conmigo, y con razón.

Después de casi comerme el hígado, me abrazaron y me acogieron. Al fin y al cabo, furiosos o no, eran los únicos con quienes podía contar de verdad. Mi madre ya había ideado un plan. Iba a estudiar el próximo semestre y me daría de baja cuando naciera el bebé. Me quedaría un año con él y luego lo llevaría a una guardería para poder volver a estudiar. A pesar de todo, mis padres aún tenían la esperanza de que consiguiera un buen trabajo y me apoyarían hasta que eso sucediera.

Al fin y al cabo, lo único que tenía que hacer era darles las gracias por estar ahí y apoyarme, incluso ante una situación tan difícil.

Iba a ser un golpe de realidad y de responsabilidad del que nunca me recuperaría.

Mi madre decidió abrir la tienda algo más tarde ese día para acompañarme a la primera cita prenatal. No fue nada aterrador: la obstetra me tomó algunas medidas, me recetó vitaminas y solicitó una ecografía que nos harían allí mismo, en la clínica.

Estaba sentada en la sala, esperando a que me llamaran por mi nombre, y mi madre se había alejado para atender la llamada de un cliente, cuando mi móvil vibró.

Juliana:

¿Cómo estás, amiga?

Agda:

Bien. Mi madre y yo estamos aquí esperando para hacernos la ecografía.

Juliana:

¿Estás emocionada?

Agda:

Creo que ahora que ha pasado el susto, me estoy sintiendo mejor.

Juliana:

Todo va a salir bien.

Agda:

¿Sabes que todo ese optimismo ya no me lo creo?

Juliana:

¿En qué clínica estás?

Agda:

¿Por qué?

Juliana:

Dime, tengo buenas noticias.

Agda:

Vale.

Busqué en Internet la página de la clínica en los mapas y le envié la dirección.

Juliana:

Gracias.

Agda:

¿Qué estás tramando?

Juliana:

¿Yo? ¡Nada!

—Agda Martins. —Una mujer apareció en mi campo de visión llamándome por mi nombre y me levanté, asintiendo con la cabeza.

Saludé a mi madre, que me acompañaba, y me dirigía a la sala de ecografías cuando envié el último mensaje a mi amiga.

Agda:

Tengo que irme ya, hablamos luego.

—¡Buenos días! —La asistente de la doctora nos dedicó una sonrisa amistosa mientras me entregaba una bata y señalaba un pequeño baño. —Puedes cambiarte, quítate la ropa de abajo y ponte la bata con la abertura hacia delante.

Asentí con la cabeza y entré sola en el baño. Cuando salí, mi madre estaba sentada en una silla junto a la camilla y una médica estaba preparando el aparato de ecografía.

—¡Buenos días! —Le dediqué una sonrisa forzada mientras la doctora me ayudaba a acomodarme en la camilla y me colocaba una sábana sobre las piernas.

—¿Es tu primer bebé?

—¡Dios mío!

La doctora se rió de la reacción de mi madre y yo solo asentí con la cabeza. Tenía veinte años, un embarazo en ese momento ya era aterrador, ni siquiera quería pensar en cómo habría sido antes.

Me revolví en la camilla, incómoda por el ecógrafo mientras la doctora lo colocaba, y esperé a que la imagen apareciera en la pantalla de la pared.

Intenté reconocer las formas y las manchas, pero no identifiqué nada concreto hasta que oí una exclamación de la doctora:

—¡Mira!

—¿Qué? —Moví la cabeza tratando de identificar lo que veía.

—Tenemos dos sacos gestacionales aquí. —Señaló las manchas negras con manchas grises en su interior.

—¿Estás bromeando? —Mi madre se mareó en la silla.

—No, abuela.

—Eso significa que... —Ni siquiera pude terminar la frase.

—Que vas a tener gemelos, ¡enhorabuena!

—¡¿Qué?! —Me quedé boquiabierta y completamente paralizada. —¿Es una broma?

—Claro que no. Tú misma lo puedes ver. —Señaló las imágenes en la pantalla.

—Dios mío... —murmuró mi madre, y su desesperación se convirtió en la mía.

Si tener un bebé ya no iba a ser nada fácil, ni siquiera quería pensar en cómo sería cuidar de dos a la vez.

Mientras yo permanecía paralizada en la camilla, tratando de asimilar la noticia, la doctora concluyó la ecografía y dijo que todo estaba bien, con los dos.

¡Dos!

Si tuviera el corazón débil, sin duda habría sufrido un infarto.

Cogimos las imágenes de la ecografía y salimos de la clínica. Mi madre no dijo nada de camino al coche y yo también opté por guardar silencio.

Volvía a estar en pánico, sin saber cómo iba a afrontar aquella situación tan desafiante.

Antes de llegar al coche, vi que tres hombres grandes y de aspecto amenazador se acercaban a nosotras. Mi madre apretó el bolso contra el cuerpo por miedo a que fuera un atraco.

—Agda, ¿eres tú? —preguntó el hombre que iba delante y supuse que era el líder de la pandilla. Su acento era fuerte y característico, me recordaba a la forma de hablar de Sandro y no sabía si eso era buena señal.

—Sí... soy yo.

—¿Qué queréis de mi hija? —Mi madre me tiró del brazo y me empujó detrás de ella.

—La chica viene con nosotros.

—¡Espera un momento! No sé quiénes sois y no voy a ir a ningún sitio.

—¡No va a ir! —confirmó mi madre.

Las dos tragamos saliva cuando uno de los hombres sacó una pistola y apuntó en nuestra dirección. Hasta ese momento, solo había visto armas en películas y programas de televisión.

—Será mejor que no intentéis haceros las listillas.

Las dos nos quedamos paralizadas. El miedo era tal que ni siquiera podía mover los deditos de las manos.

—¡Tú vienes! —Me agarró del brazo y me empujó.

Mi madre intentó moverse para impedirlo, pero recibió un culatazo en la cabeza que la dejó inconsciente junto al coche. Intenté apartarme para ver si estaba bien, pero el hombre me arrastró con tanta fuerza que pensé que me iba a arrancar el brazo.

—¡Socorro...! —Mi grito quedó ahogado por la fría sensación del cañón del arma apoyada en la nuca.

—Si armas jaleo, te vuelvo los sesos.

Estaba cada vez más aterrorizada y el pánico me hizo callar.

No lograba entender por qué esos hombres querían algo de mí ni por qué estaban allí.

A plena luz del día, cruzaron el aparcamiento de la clínica arrastrándome y me metieron en el asiento trasero de una furgoneta negra. Nadie hizo absolutamente nada para impedirlo, excepto mi madre, de quien ni siquiera sabía cómo estaba.



Sandro Velázquez

Capítulo 29

—¡¿Dónde está mi mercancía, maldito mexicano?! —gritó el estadounidense impaciente al otro lado de la línea.

—Hemos tenido imprevistos.

—¡¿Contratiempos?!

El robo había ocurrido hacía cinco días y yo estaba intentando resolver la situación antes de informar a nuestros compradores de que habíamos tenido problemas. Me alimentaba la esperanza de recuperar el cargamento, ya que no había tiempo suficiente para producir y enviar todo de nuevo.

—Quiero lo que pedí.

—Sé que la situación no es como me gustaría —intenté esquivar el tema, pero no se me daba tan bien la diplomacia como a mi hermano Miguel.

Era casi como si él hubiera adivinado que la cosa se iba a torcer y hubiera decidido pasarme la patata caliente antes de salir corriendo.

—¡Deja de decir tonterías! —gritó Steven Lansky—. Teníamos un acuerdo por el que pagué muy bien.

—Como si no hubiéramos cumplido nuestro acuerdo antes.

—Lo de antes no importa, quiero saber qué pasa ahora. Hay mucha gente impaciente aquí esperando tu carga.

—Te pido una semana más.

—¡¿Una semana?! —El grito dejó muy claro que, si fuera posible asesinar por teléfono, me habría matado. —¿Tienes idea de los problemas que eso me va a causar?

—Me lo imagino.

—¿Supones?

—Precisamente por eso tendrás un descuento especial del treinta por ciento en el próximo envío.

—¿Crees que eso es suficiente?

—Espero que sí.

—Si mi pedido no llega en una semana, descubrirá que es mucho mejor tenerme como aliado.

—No lo necesitaré.

—Eso espero. —Furioso, el líder de la mafia de Nueva York colgó el teléfono resoplando.

Los había decepcionado, pero no tenía más remedio que lidiar con la situación. Nos habían robado el cargamento y, mientras intentaba identificar y vengarme de los responsables, esperaba a que estuviera listo uno nuevo.

Era una pérdida que no esperábamos, pero así eran los negocios: en un momento u otro acabábamos resbalando y

teníamos que lidiar con las consecuencias.

Mi móvil volvió a sonar y ni siquiera miré quién era antes de contestar, suponiendo que podría ser el hombre con el que había hablado hacía un rato.

—Steven, lo sé...

—¿Supongo que alguien ha molestado a un viejo amigo? —La voz al otro lado de la línea no me resultaba familiar, pero el tono provocador me hizo pensar que no presagiaba nada bueno.

—¿Quién es?

—Alguien a quien vas a tener que escuchar con atención.

—No tengo tiempo para idiotas —mascullé.

—Lo tendrás cuando sepas que hemos capturado a tu chica.

—¿Mi qué? —pregunté algo incrédulo, porque me parecía una broma de mal gusto en un momento en el que tenía una bomba que resolver.

—¡Gemelos, enhorabuena!

—¿De qué están hablando?

—Fuimos a Brasil a hacerle una visitita, la trajimos a México y, por ahora, solo tienes que saber que tenemos todo bajo control. Si quieres que ella y los bebés sigan vivos, tendrás que hacer lo que te digamos.

La llamada se cortó y yo seguí sujetando el móvil nuevo como si me hubieran dado un puñetazo en los huevos.

¿Qué coño era eso?

—Parece que has visto un fantasma —comentó Joaquim nada más entrar en la habitación donde yo estaba—. ¿Tiene algo que ver con los estadounidenses?

—Parece que han secuestrado a una chica con la que me he acostado.

—¿Ah, sí? —Joaquim se echó a reír a carcajadas. —Te has acostado con tantas mujeres que ya debes de haber perdido la cuenta.

—¿Y si está embarazada?

—¿Qué historia es esa?

—Parece que voy a tener que averiguarlo... —murmuré pensativo.



Agda Martins

Capítulo 30

Me sacaron a rastras de la clínica, me metieron en un coche, luego en un avión y me llevaron a rastras a otro coche. Al final, me dejaron en una habitación pequeña y oscura, con un olor a moho que ya me había hecho vomitar dos veces.

Presa del pánico, ya había llorado y sollozado tanto como me permitían los pulmones, pero ninguno de esos matones parecía compadecerse de toda mi desesperación. Solo quería volver a casa, pero no tenía ni idea de dónde estaba.

—Deja de llorar o haremos que te calles —dijo el hombre impaciente al entrar en la habitación y lanzarme una mirada amenazante.

Mi español era pésimo, pero logré entender la amenaza. Si no dejaba de llorar, tendría que afrontar las consecuencias, pero no sabía qué más hacer.

Desesperada, me acurruqué en un rincón, abrazándome las rodillas, intentando contener los sollozos, pero parecía imposible.

—Sé algo más amable con nuestra invitada, Diego.

—¿Huésped? —Me atreví a preguntar, levantando la cabeza y cruzando la mirada con la de aquel hombre de barba rala y el pelo por los hombros—. ¿Agredisteis a mi madre, me secuestrasteis y ahora me llamáis «huésped»?

—¿Qué prefieres que digamos, puta?

Tragué saliva, sin saber qué decir.

—¿Qué queréis de mí? No os conozco. No he hecho nada, lo juro. Debe de ser un error. Por favor, dejadme volver a casa.

—¿Malentendido? —Se rió—. No hay ningún malentendido.

—Estoy segura.

—¿Segura? —Se acercó, deteniéndose frente a mí hasta el punto de agarrarme la barbilla con sus dedos largos y gruesos—. Estás muy cerca de un enemigo nuestro. Tan cerca que acabaste embarazada de él.

—Soy brasileña y solo una chica de la universidad. Por favor, déjenme volver a casa. —No pude evitar que las lágrimas volvieran a rodar por mi rostro.

—No vas a ir a ninguna parte.

—Por... por favor.

—Tengo otros planes para ti.

—No sé en qué estás pensando, pero es un error, a Sandro no le importo. No hay nada entre nosotros. Por favor, déjame ir...

—Más te vale estar equivocada, o morirás.



Sandro Velázquez

Capítulo 31

—¿Ya has resuelto el problema con la carga que perdiste? —Miguel se dirigió directamente hacia mí cuando aparecí en su campo de visión al entrar en el salón de nuestra casa. Parecía irritado y enfadado. En otro momento le habría dado toda la razón del mundo, pero en ese momento no era tan sencillo.

—¿Que yo la perdí? —Apreté los dientes.

—Sí, era tu responsabilidad. ¿Tienes idea de las pérdidas que esto nos va a suponer, por no hablar de la furia de los estadounidenses contra nosotros?

—Yo lo arreglaré, ¿vale?

—Hazlo.

—Sí. Les he pedido una semana.

—¿Así de fácil?

—Claro que no. Pero un cargamento así no es algo que se pueda encontrar en cualquier esquina. Están furiosos, sí, pero esperarán.

—Yo no jugaría con nuestros aliados. —Él seguía con los brazos cruzados y una expresión poco amistosa.

—No estoy jugando, pero ¿tienes una solución mejor?

—Eso era responsabilidad tuya.

—Lo sé... —Aparté la mirada murmurando—. Ojalá ese fuera el único problema.

—¿Cómo es eso? —Miguel dio un paso hacia mí, poniéndose en estado de alerta.

—Déjalo estar. —Me encogí de hombros.

Miguel se abalanzó hacia mí y me agarró por el cuello de la camiseta polo, pillándome desprevenido.

—No me ocultes nada, chico.

—No es nada de lo que debas preocuparte. —Empujé sus manos, obligándole a alejarse.

—Deja que yo decida eso.

—Miguel, mira...

—¡Habla de una vez!

Él resopló y yo bufé. Por mucho que no quisiera darle a mi hermano un motivo para irritarme, parecía necesario contarle lo que estaba pasando. Aunque estaba segura de que diría que había sido imprudente e irresponsable.

—Quizá hayan capturado a una chica con la que me lié en Brasil —solté, dejando que mi hermano asimilara la información.

—¿Quizás?

—Me han llamado para amenazarme.

—¿Cuándo?

—Hace unas horas.

—¿No pensabas contármelo? —Apretó los dientes con expresión de reproche.

Miguel podía no ser mi padre, pero el hecho de que fuera el cabeza de familia hacía que actuara con autoridad sobre todos, sobre todo sobre mí.

—No me pareció importante.

—Pero pareces preocupado.

—Quizás... —murmuré, aún pensándolo.

—¿Por qué iban a secuestrar a una chica con la que te acostaste en Brasil? A menos que te importe...

—No me importa —respondí demasiado rápido.

—Entonces, ¿qué tendría ella de valioso como para que recibamos amenazas?

—Creo que podría haberse quedado embarazada...

—¿Crees? —Miguel soltó un grito que resonó por toda la sala.

—Me llamó hace poco más de una semana.

—¿No pensabas decírmelo?

—Pensé que podría estar mintiendo.

—¿Sigues pensando así?

—No... —Tuve que dar marcha atrás.

—Quiero entender cómo han podido llegar hasta ella. ¿Qué pistas dejaste?

—Perdí mi móvil.

—¿Cuándo?

—En el ataque al camión.

—Qué estupidez, Sandro.

—Desactivé las principales aplicaciones y no pensé que fueran a poder hackearlo.

—No pensé que mi hermano fuera a ser tan estúpido. —Se alejó, negando con la cabeza.

—¡Oye!

—¿No es obvio lo que está pasando?

Arqueé una ceja, sin encontrarlo tan obvio.

—Paola se ha escapado y lo están intentando de nuevo, quieren atraernos a una trampa. Saben que es la única forma de intentar capturarnos, ya que normalmente siempre vamos un paso por delante y estamos protegidos.

—¿Y si no hacemos nada?

—¿Vas a dejar que tu hijo muera?

Hasta ese momento no me había importado. Solo era una chica con la que me había acostado, como tantas otras; sin embargo, las palabras de mi hermano tuvieron un peso diferente, hasta el punto de hacerme tambalear.

—Mi hijo... —balbuceé. —¿No está embarazada? —Pensé que podría ser una mentira. —¿Entonces no te importa si mueren?

Tragué saliva. No me resultó tan fácil decir que sí como debería haberlo sido.

Me quedé en silencio, asimilándolo todo hasta que Miguel volvió a hablar.

—Si decides que podemos dejarlo pasar, salvaremos a nuestros hombres.

Yo seguía pensativo, pero su voz resonó en mi mente, depositando un peso sobre mis espaldas.

¿Vas a dejar que tu hijo muera?

—¿Y si hacemos algo?

—Necesitaremos un plan.



Agda Martins

Capítulo 32

Lo único que deseaba era despertar de esa pesadilla en la comodidad de mi cama, en casa de mis padres. Era tan irreal que deseaba que terminara lo antes posible.

¿Por qué me metí en líos con aquel hombre?

Estaba segura de que, si sobrevivía a aquel horror, nunca volvería a salir con nadie sin antes comprobar sus antecedentes.

¡Mejor aún! No volver a involucrarme con nadie.

¡Nunca!

Cuando descubrí que estaba embarazada, pensé que mi vida se había acabado, pero ante esa situación, más que nunca, deseé poder seguir viva. Quería dar lo mejor de mí por mí y por mi bebé, mis bebés...

¡Gemelos!

Acurrucada en un rincón de aquella habitación inhóspita, pasé la mano por mi vientre, que aún no daba señales de los bebés.

Cómo deseaba estar en mi casa, con mis padres, en la comodidad y la seguridad que ellos podían ofrecerme.

Me moví al oír el sonido de la puerta al abrirse e intenté levantarme, pero me sentía aturdida, prácticamente sin fuerzas.

Uno de los hombres rudos que me había secuestrado, uno que no parecía hablar portugués, entró y se dirigió hacia mí. Quería huir y esconderme, pero no había más espacio adonde ir y, por lo que yo sabía, no tenía la habilidad de atravesar paredes.

—*Eres hermosa...* —murmuró al acercarse.

¿Había dicho que era guapa? No estaba segura, mi español era pésimo, pero lo que logré entender me aterrorizó todavía más, sobre todo cuando el hombre extendió la mano y me tocó la cara.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y pareció desgarrar mi alma, haciéndome estremecer.

El grito de terror se me atascó en la garganta, pero antes de que pudiera soltarlo, otro hombre entró en la celda. Discutió con el primero y consiguió que se apartara. Por lo que entendí a grandes rasgos, me necesitaban viva para atraer a los Velásquez, pero una vez que estuvieran muertos, podrían hacer lo que quisieran conmigo.

Me pellizqué un par de veces más, intentando despertarme, pero lo único que sentí fue que me rugía el estómago. Ni siquiera conseguía recordar cuándo había comido por última vez.

A ellos no parecía importarles, porque, a pesar de decir que querían usarme para atraer a la familia de Sandro, ni siquiera me preguntaron si quería algo de comer o beber.

Cuando volvieron a cerrar la puerta, volví a llorar, pero estaba tan deshidratada que ya ni siquiera me quedaban lágrimas que

derramar.



Sandro Velázquez

Capítulo 33

Una vez más nos estaban llevando a una trampa, solo que estaba segura de que esta vez serían mucho más cautelosos.

Admito que mi ansiedad iba en aumento y el hecho de que Miguel estuviera dando vueltas por su despacho no ayudaba.

—¿Por qué no nos vamos ya? —pregunté mientras me revolvía en el asiento. Yo también ardía de impaciencia.

—Van a llamar... —murmuró mi hermano señalando mi móvil nuevo sobre la mesa.

—¡¿Llamar?! —exclamé enfurecido—. ¿Acaso crees que son simples secuestradores que buscan un rescate?

—Eso es lo que quieren.

—¿Quieren? —Fruncí el ceño.

—¿Por qué otra razón nos habrían avisado?

Sentarme y esperar estaba muy lejos de ser lo que más me gustaba, pero tal y como mi hermano había supuesto, unos minutos después mi móvil empezó a sonar y contesté a ese número desconocido.

—¿Dónde está? —No debía mostrar ansiedad, pero al final fue más fuerte que yo.

—Por ahora, a salvo.

—¿Dónde?

—Eso lo sabrás pronto —dijo en un tono burlón que no hizo más que avivar mi ira.

—Dímelo ya o...

—¿O qué? ¿Te has olvidado de que no eres tú quien da las órdenes? Más te vale ser muy servicial o ella morirá.

—¡Dime ya dónde está, maldito!

—Paciencia... —se burlaba de mí—. Paciencia...

—Cuando te atrape...

Miguel se detuvo frente a mí y negó con la cabeza, obligándome a interrumpir mi amenaza. Mi hermano extendió la mano y yo gruñí antes de entregarle mi móvil.

—Vamos al grano, ¿qué quieres? —le exigió mi hermano al hombre que nos amenazaba al otro lado de la línea.

—Pon el teléfono en manos libres —pedí en voz baja, señalando la mesa.

Miguel asintió.

—Tú y Sandro vendréis a recogerla. —La voz resonó llenando la habitación y poniéndome aún más irritable.

—¿Dónde? —preguntó Miguel.

—Les enviaremos la dirección en breve, pero vendrán solos.

—¿Te has vuelto loco?

—O así, o nunca más la volverán a ver.

La trampa estaba implícita, pero sus palabras la dejaron clara.

—Quiero hablar con ella —exigí, sabiendo que era lo mínimo que podía hacer.

—No estás en posición de pedir nada.

—No nos iremos a ningún sitio sin saber que ella está bien —dijo Miguel, recalcando lo que debería ser obvio.

—De acuerdo —reflexionó el hombre—. Dejaré que hablen con ella.

Me sentí inquieto, notando cómo se me revolvía el estómago. No debería importarme, pero me sentía cada vez más incómodo a medida que pasaban los segundos.

Oí ruidos, algunos silbidos y pasos, mientras mi corazón latía cada vez más rápido. Hasta que oí sollozos, llantos y luego un grito.

—¡Socorro! —gritó en portugués.

—¡Quieta, chica!

—¡Oye, ten cuidado con ella! —gruñí, antes de que Miguel me mirara mal para que me contuviera.

—¿Satisfecho?

—No, déjame hablar con ella.



Agda Martins

Capítulo 34

Yo seguía en estado de pánico total cuando el hombre me agarró del pelo y me puso el móvil en la oreja.

—Saluda a tu novio.

—¿Agda? —Oí la voz de Sandro al otro lado de la línea y no sabía si alegrarme o sentirme aún más desesperada.

—San... Sandro...

—¿Estás bien?

—No... no... Por favor, sácame de aquí.

—Yo...

Antes de que pudiera terminar la frase, el hombre me quitó el móvil de la oreja y me empujó al suelo, hasta hacerlo caer sobre las manos abiertas para amortiguar el impacto. Parecía haber pasado

una eternidad desde que había llegado allí y aquellos hombres no estaban en absoluto preocupados por mi bienestar.

—Habló con ella... —el hombre volvió a hablar por teléfono mientras se alejaba y yo me quedé preguntándome qué estaba haciendo.

¿Era realmente Sandro?

¿Había alguna esperanza para mí?

¡Dios mío! Solo quiero volver a casa.

Tenía la garganta seca, el cuerpo frágil y tembloroso. No sabía cuánto tiempo más podría seguir con vida.

Ya ni siquiera me dolía el estómago, como si el hambre y la sed formaran parte de mi ser.

¿Por qué no terminaba ya ese sufrimiento?



Sandro Velázquez

Capítulo 35

—¿Cuándo van a enviar la maldita ubicación? —grité, inclinando el cuerpo hacia delante y golpeando con las manos la superficie de la mesa.

—Para alguien a quien no le importaba un comino, parece bastante desesperado —observó Miguel, mucho más tranquilo y concentrado que yo.

—Tienes razón, no quiero que mi hijo muera. —Me costó darme cuenta de eso y admitirlo ante mí mismo.

—Para que no acabemos los dos en la misma tumba, tenemos que ser cautelosos —Miguel dijo lo obvio, pero yo tenía la cabeza demasiado llena como para poder pensar con claridad.

—No podéis ir solos —Joaquim dio unos pasos para acercarse.

—Eso es lo que nos pidieron —señalé.

—No haremos exactamente lo que nos pidieron —reflexionó Miguel.

—La van a matar.

—La van a matar de todas formas —destacó, y la racionalidad encendió una luz de alerta en mi mente que me hizo tragar saliva.

Necesitaba respirar hondo y calmarme; por suerte, en ese momento contaba con la ayuda de mi hermano para que me guiara sobre cómo actuar.

—Entonces, ¿qué haremos?

—Asegurarnos de que ella esté a salvo antes de que nuestros hombres puedan entrar.

—Se darán cuenta si llegamos acompañados.

—Por eso vamos a usar un helicóptero. El tiempo de respuesta es más rápido y nos garantiza que contaremos con refuerzos.

—Aun así, no llegarían inmediatamente.

—Estaríamos unos segundos solos.

En cuanto mi hermano terminó de hablar, mi móvil vibró con la notificación que contenía la dirección del encuentro. Justo después, enviaron un mensaje diciendo que no la entregarían gratis. Además de Miguel y yo solos, querían veinte millones.

Era una jodida fortuna para conseguirla en solo dos horas, pero teníamos algunos ahorros escondidos en lugares estratégicos para momentos desesperados. Solo que no esperábamos que fuera para esa situación en concreto.

***

Puse una maleta negra con el dinero sobre la mesa mientras Joaquim y los demás me analizaban. El sudor me resbalaba por las sienes y quería culpar solo al sol abrasador, sin decir que no tenía nada que ver con mi nerviosismo.

Cuanto más tiempo pasaba pensando en la situación, más me daba cuenta de que estaba preocupado. No tenía ninguna garantía de que ella estuviera bien cuando llegáramos allí. Al igual que lo que le había pasado a Paola, solo querían atraernos hacia la muerte.

Por segunda vez, lo conseguirían. Solo esperaba tener la misma suerte.

—Pon esto debajo del chaleco. —Miguel me entregó una placa de acero para reforzar el chaleco antibalas.

—Gracias.

—Es para que los dos volvamos sanos y salvos.

—Lo sé.

Debería darle las gracias por arriesgarse así por mí, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta mientras revisaba mi arma y guardaba cinco cargadores de balas repartidos en mis bolsillos.

Estaba listo para un tiroteo de los de verdad, pero tenía la esperanza no solo de traer a Agda, sino también de matar a esos desgraciados.

—¿Listo?

Asentí con la cabeza.

—Vamos en coche, Javier, Joaquim y los demás estarán en un helicóptero a dos kilómetros del lugar acordado.

—De acuerdo —asentí con un movimiento de cabeza.

—Yo conduzco. —Miguel pasó la mano por la bolsa de dinero y se puso al frente.

El lugar acordado era un punto en medio de la nada, en una zona agrícola a varios kilómetros de mi casa. La falta de acceso y de lugares donde nuestros hombres pudieran esconderse parecía bastante intencionada; sin embargo, confiaba en que la idea de

Miguel y nuestro apoyo aéreo serían suficientes para salir airosos de aquella.

Mi hermano se subió a su Lamborghini negro y yo me acomodé en el asiento del copiloto. Me habría preocupado el destino del coche si no supiera que era blindado, igual que los míos. La precaución siempre era necesaria para quienes, como nosotros, acumulaban enemigos.

—La traeremos de vuelta —prometió mi hermano mientras aceleraba hacia la autopista.

No dije nada, pensaba que mi hermano no necesitaba consolarme, pero aun así acepté sus palabras y creí en ellas.

Me quedé mirando la carretera durante todo el trayecto, observando la vegetación y manteniendo la vista fija.

Quedarme en silencio quizá no fuera la mejor solución en ese momento, pero me pareció la más agradable.

No sé cuánto tiempo tardó Miguel en girar por un camino de tierra y adentrarse en medio de la nada.

Durante todo el trayecto había oído el ruido del helicóptero, pero el ruido desapareció instantes después de llegar al lugar acordado. Había una pequeña cabaña e, algunos árboles y mucha tierra. Probablemente una plantación de marihuana al norte, pero no vi ningún lugar donde pudiera estar acechando un francotirador.

—Tú sal y yo me quedo aquí dentro —dijo mi hermano mientras abría el coche.

—Vale. —Ni siquiera me atreví a preguntar, fui yo quien lo había metido en ese lío y tenía que asumir toda la responsabilidad.

Me incliné hacia el asiento trasero y cogí la bolsa con el dinero, saliendo por la puerta del copiloto y dando unos pasos hacia la parte delantera del coche. Por mucho que llevara un chaleco antibalas, tenía que recordar que aún quedaban muchas otras partes de mi cuerpo que podían recibir un impacto y causarme la muerte.

Miré a un lado y a otro y esperé a que apareciera alguien, pero parecía casi una escena de una película de zombis.

—¡Estoy aquí! —grité, dejando la maleta en el suelo delante de mí—. ¿Dónde está mi chica?

Tardó tanto en aparecer alguien que me pregunté si no estaríamos en el lugar equivocado.

—¡Sandro! —El grito desesperado me hizo girarme hacia la entrada de la casa, donde vi a Agda aparecer mientras un hombre que era al menos unos diez centímetros más alto que yo la arrastraba hacia fuera. Sin embargo, por más que lo intentara, no conseguí reconocerlo. Su rostro no me resultaba familiar en absoluto. Eso me planteaba dos hipótesis: o el hombre no era más que un pelele, o el cártel tenía una nueva dirección.

—¡Agda!

Ella se movió, intentando venir hacia mí, pero antes de que lo consiguiera, el hombre la agarró por el pelo y la tiró hacia atrás.

—Estoy aquí y he traído el dinero que me pidieron. Ahora déjenla ir.

—¿Crees que va a ser tan fácil? —Otro hombre salió de la casa. Me llevó unos instantes, pero logré reconocerlo, o al menos supuse quién era, ya que, la última vez que lo había visto, los dos éramos unos críos.

Ramón Hernandes era el hijo de uno de los antiguos líderes del cártel que había sido asesinado por mi familia hacía más de una década. Tenía sentido que estuviera tan desesperado por capturarnos. Quería venganza.

—Ella no tiene nada que ver con esto.

—Te equivocas. —Soltó una carcajada, sin duda intentando provocarme—. Ella tiene mucho que ver con esto. Está involucrada desde el momento en que se cruzó en su camino.

—Estoy aquí. A mí es a quien quieres, déjala ir.

—No... No solo tú. ¿Dónde está nuestro invitado de honor? ¿Dónde está Miguel?

—No necesitas a mi hermano. Es mi chica. Toma, aquí tienes el dinero, y déjala marchar.

—¿De verdad crees que está aquí por el dinero?

—No. Tú me quieres a mí.

—No solo a ti. —Sacó un arma y apuntó a Agda, que se quedó paralizada, rígida, mientras más lágrimas resbalaban por sus ojos.

—Deja que la chica se vaya. —Miguel abrió la puerta del coche y salió, mirando fijamente al hombre que nos amenazaba.

—Vaya, Miguel Velásquez.

—Parece que tenías muchas ganas de verme.

—No tienes ni idea de cuánto.

—Ya estamos aquí —insistí—. Ahora déjala ir.

—Parece que se preocupan mucho por ti. —Se volvió hacia Agda, que aún temblaba—. Es una pena que te hayan dejado tan desprotegida.

Apreté los dientes y di un paso, intentando avanzar hacia él, pero Miguel me agarró del brazo para detenerme.

—Quédate aquí —susurró.

—Pero él...

—Solo quiere humillarnos. Mantén la calma.

—Vale. —Respiré hondo—. Vamos, coge el dinero y deja que Agda venga conmigo.

Ramón me miró a mí, luego a ella, antes de empujarla hacia delante y hacerla tambalearse en mi dirección.

—Sandro... —Vi cómo se movían sus labios mientras murmuraba mi nombre.

—Ven. —Hice un gesto para que se acercara.

En cuanto Agda empezó a correr hacia mí, vi a Ramón apuntarle con el arma y corrí lo más rápido que pude hasta alcanzarla. La envolví en mis brazos antes de sentir un impacto en la espalda que me derribó y nos hizo rodar por el suelo.



Agda Martins

Capítulo 36

Todo sucedió demasiado rápido...

Estaba desesperada, ya había llorado todo lo que podía, pero seguía sollozando. El miedo había consumido hasta la última gota de energía de mi cuerpo, pero aún así encontré fuerzas para salir corriendo.

No es que creyera que Sandro fuera un modelo de seguridad, pero era la única esperanza que tenía en ese momento. Lo único que deseaba era salir de allí. Quería sobrevivir, por mí y por mis bebés.

Era como si nos moviéramos a cámara lenta, como en una escena de película, por mucho que estuviera segura de que todo había sucedido en unos pocos segundos.

Corrí hacia Sandro y él me rodeó con sus brazos, gruesos como dos troncos, y me giró en el aire, interponiéndose entre mis secuestradores y yo justo antes de que oyera un chasquido. Me llevó un rato darme cuenta de que era el sonido de un disparo y, en ese momento, ya estábamos rodando por el suelo.

Antes de que tuviéramos tiempo de levantarnos, oí el sonido de hélices y un helicóptero apareció en el horizonte, con una ráfaga de disparos que obligó a mis secuestradores a retroceder.

Otro hombre pareció surgir de la nada y acercarse a nosotros, ayudando a Sandro a levantarse de encima de mí.

—Te han disparado, tío —comentó el otro.

—Estoy bien.

—¡Sandro!

—Te ha dado en el chaleco. Salgamos de aquí.

—Vale.

Yo seguía inmóvil, paralizada y aterrorizada cuando Sandro me levantó del suelo y me cogió en brazos, colocándome detrás del coche antes de que el otro hombre se sentara al volante y nos sacara de allí.

Todo aquello pareció durar menos de un minuto y, al mismo tiempo, una eternidad.

Una parte de mí se preguntaba si realmente estaba viva después de lo que había pasado y la otra aún imaginaba que era el sueño más loco que había tenido en toda mi vida.

... O mejor dicho, una pesadilla.

Una pesadilla que estaba lejos de terminar.



Sandro Velázquez

Capítulo 37

Miguel se alejó conduciendo mientras nuestros hombres en el helicóptero nos cubrían la retirada.

Aún sentía el impacto de la bala en la espalda, por mucho que el chaleco me hubiera salvado la vida. No era ninguna sorpresa que me hubieran disparado. Sabía muy bien que querían matarme y que por eso habían secuestrado a Agda; sin embargo, por suerte, había logrado escapar de aquello relativamente ileso.

En el asiento delantero del minúsculo deportivo de mi hermano, la sostenía en mi regazo, pero estaba tan encogida que parecía aún más frágil y pequeña. Su pánico era evidente y ni siquiera me molesté en preguntarle.

Si había sido duro para Paola, que sabía cómo funcionaba ese mundo, para Agda seguramente era aún peor.

—¿Seguro que estás bien? —Miguel estaba preocupado por mí y, en su lugar, yo habría reaccionado igual.

—Ya hemos pasado por cosas peores.

Me miró durante una fracción de segundo y asintió con la cabeza antes de pisar aún más a fondo y acelerar hacia nuestra casa.

El sonido del helicóptero sobre nosotros me aseguraba que nuestros hombres nos seguían para garantizar nuestra seguridad. Al fin y al cabo, nuestros enemigos deberían haber sido más listos y haber supuesto que tendríamos un plan para no acabar muertos.

No estábamos en el poder por ser imprudentes. Había muchas lecciones que mi padre nos había enseñado y esa era una de las más importantes.

En cuanto aparcamos en el garaje de casa, lo que me pareció una eternidad después, por fin pude volver a respirar.

Abrí la puerta del coche e intenté que Agda se pusiera de pie fuera, pero se tambaleó y acabó cayendo sobre mí, como si no tuviera fuerzas ni para sostener el peso de su propio cuerpo. No podía estar seguro de lo que le habría pasado, pero estaba desnutrida y deshidratada.

—Vamos a entrar. —La mantuve envuelta en mis brazos y la llevé al interior de la casa, sentándola en el sofá del salón antes de abrirme la camisa y quitarme el pesado chaleco antibalas que me molestaba.

Ella tenía los ojos muy abiertos, pero permanecía en silencio, emitiendo solo sonidos de sollozos y suspiros. Los ojos rojos e hinchados indicaban que había llorado mucho.

—¿Cómo estás? —En cuanto la pregunta salió de mi boca, me arrepentí de haberla hecho. Era obvio que no estaba bien.

—¡Miguel! ¡Sandro! —Alma entró corriendo en la sala seguida de Paola y se detuvo frente a Agda. Mi hermana menor miró

fijamente a la brasileña antes de hablar: —¿Esta es la chica?

Asentí con la cabeza.

—No tiene buen aspecto.

—Porque no lo está.

—Señor... —Guadalupe apareció detrás de mí y la interrumpí antes de que terminara la frase.

—Trae agua y algo para que coma.

—Sí, señor.

Agda se limitó a quedarse mirándome, inmóvil en el sofá. Sus ojos muy abiertos no parecían suficientes para tranquilizarme.



Agda Martins

Capítulo 38

Una señora de cabello canoso, con un delantal blanco sobre un uniforme azul y una sonrisa amable, me trajo una bandeja con agua, zumo, fruta y varias cositas más para comer.

Yo seguía desconfiando de todo y de todos, pero parecía mejor morir envenenada que de inanición. Ya había pasado suficiente tiempo sin comer como para estar segura de ello.

Cogí el vaso de agua con la mano temblorosa, derramé unas gotas y luego me lo llevé a la boca de un trago.

Inmediatamente después, mi estómago se retorció y sentí un malestar tan grande que me hizo inclinarme hacia el suelo, vomitando todo lo que había bebido. Las personas a mi alrededor, incluido Sandro, reaccionaron dando un paso atrás, tratando de no salpicarse.

—Lo siento —murmuré avergonzada.

Quizá fuera por el embarazo, pero sospechaba que mi estómago había pasado tanto tiempo vacío que podría haberlo olvidado.

Sandro le dijo algo en español a la empleada, quien asintió con la cabeza y se alejó de nosotros. Supuse que le había pedido que limpiara el desorden que yo había dejado en el suelo del salón.

Menudo salón...

Había perdido la noción del tiempo que llevaba en aquel cautiverio mohoso e incómodo. Comparado con él, aquel salón grande y bien decorado parecía un auténtico palacete.

—Tienes que comer —dijo Sandro mientras empujaba la bandeja que estaba sobre la mesa del salón.

—No me apetece.

—¿Te dieron algo de comer allí?

Negué con la cabeza y el gesto me mareó.

—Entonces es por eso. Estás débil y tu estómago está delicado. Come y bebe despacio; si te mueves así, probablemente volverás a vomitar.

—Está bien. —Me incliné hacia delante, todavía mareada, y mi mano resbaló por el borde de un cuenco pequeño de loza con galletitas.

Sandro cogió el cuenco y me lo tendió.

—Gracias.

Cogí una de las galletitas y la mastiqué con toda la lentitud del mundo, como si estuviera volviendo a aprender a comer. Mi estómago se resintió, pero fue mucho mejor que la primera vez. Me comí otra y luego me tomé el zumo de naranja. Unos instantes después, mi sensación de mareo había mejorado considerablemente.

—¿Te encuentras mejor?

—Creo que sí. —Inspiré profundamente, dándome cuenta de que todavía estaba sollozando. El llanto había sido tan intenso que parecía haber cambiado el ritmo de mi respiración.

—Voy a llamar a un médico para que te examine. —Se dio la vuelta, pero antes de que se alejara, me incliné hacia delante y le agarré la muñeca, hasta que volvió a mirarme. —¿Qué pasa?

—¿Cuándo me vas a llevar de vuelta a casa? —No había nada que deseara más en ese momento que abrazar a mis padres y sentirme a salvo.

—¿De vuelta? —Levantó sus cejas gruesas, como si le sorprendiera mi pregunta.

—Sí... —Suspiré.

—No vas a volver —respondió serio y firme, como si no fuera algo discutible.

—¿Qué? —reaccioné con asombro.

—No vas a volver —repitió alejándose y dejándome con las dos mujeres que no parecían hablar mi idioma en el momento en que la empleada llegó para limpiar mi vómito, que era solo líquido, ya que hacía mucho tiempo que no comía nada.

Quería gritar, pero aunque tuviera fuerzas, dudaba de que alguna de aquellas personas fuera a ayudarme.



Sandro Velázquez

Capítulo 39

Subí las escaleras hasta el despacho de mi hermano y lo encontré de espaldas, mirando a la nada, y se giró sobre sus talones para mirarme al oírme entrar.

—¿Cómo está ella?

—No muy bien... —dije mientras metía las manos en los bolsillos y sacaba pecho.

—¿Pero se va a poner bien?

—¿Sinceramente?

Miguel asintió con la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Lo siento.

—No es que eso vaya a arreglar las cosas.

—Tienes razón. —Se encogió de hombros—. ¿Qué crees que deberíamos hacer ahora?

—Encontrar a esos malditos bastardos y acabar con ellos.

—Entonces pensamos igual. No van a dejar de perseguir y amenazar a nuestra familia hasta que los destruyamos. Esta vez, sin dejar a nadie con vida para que no puedan volver.

—Estoy de acuerdo.

—Pon a nuestros hombres a ello.

Asentí con la cabeza.

—Ahora tengo que encontrar un médico para que la examine.

—¿Crees que le habrá pasado algo al bebé?

—No lo sé. —Tenía que ser honesto conmigo mismo y aceptar que esa era la realidad, por mucho que me hiciera sentir culpable.

—Espero que no.

—Yo también. —Hice una breve pausa, sacando las manos de los bolsillos y cruzando los brazos mientras seguía mirando a mi hermano—. Si la hubiera protegido antes...

—No sirve de nada lamentar lo que no hiciste.

—Pero...

—Ocúpate de lo que puedas resolver, Sandro. Ya tenemos suficientes problemas como para estar dándole vueltas a los errores del pasado.

No me quedó más remedio que asentir.

—Lo importante es que está viva. Un poco traumatizada, supongo, pero viva.

—Sí.

—Ve a buscar al médico, del resto nos ocuparemos después.

—Gracias. —Asentí brevemente con la cabeza a mi hermano antes de salir de su despacho.

Miguel tenía razón, había demasiados problemas en el presente como para que me quedara dándole vueltas al pasado.

Había rechazado la idea de ser padre, había abandonado a Agda a su suerte y eso había culminado en su secuestro y su casi muerte, pero lo único que podía hacer era protegerla en ese momento en que estaba bajo mi cuidado.



Agda Martins

Capítulo 40

Mientras comía despacio y aún con una sensación horrible en el estómago, aquellas tres mujeres me observaban casi como si fuera una especie de extraterrestre, lo que me incomodó aún más.

Imaginé que se estarían preguntando qué hacía yo allí, o cualquier otra cosa, pero ninguna se atrevió a hablarme, aunque el portugués y el español tuvieran muchas palabras similares. Probablemente, con algo de esfuerzo me habrían entendido, pero no parecía el momento en el que ninguno de nosotros quisiera hacer ningún esfuerzo.

Yo todavía estaba tan débil y asustada que no podía pensar más que en cuándo terminaría toda esa terrible pesadilla y podría volver a casa y abrazar a mi familia. Podría jurar que a partir de ese día seguiría ciegamente todos los consejos de mis padres y me

convertiría en una beata, sin volver a involucrarme nunca más con ningún chico desconocido.

No involucrarme con ninguno en absoluto.

Solo yo podría ser la persona con peor suerte del mundo por acostarme con el maldito príncipe de un cártel mexicano, quedarme embarazada de él y además verme arrastrada por todo ese lío. ¡Sus enemigos casi me matan, casi lo matan a él!

¡Dios del cielo, solo quiero irme a casa!

Di un salto en el sofá, cayendo sentada y sintiendo que mi corazón se disparaba de nuevo cuando una de las mujeres, la que parecía más joven, me tocó el brazo y me llamó la atención hacia la pantalla de un móvil, donde estaba escrito en portugués:

¿Quieres darte un baño? Puedo prestarte algo de ropa.

Me quedé mirando esa frase durante una eternidad hasta que asentí con la cabeza. Todavía no me sentía segura en aquel lugar, pero un baño podría ayudarme a sentirme menos incómoda conmigo misma. Estaba sudada, empapada y pegajosa. Seguía llevando la misma ropa que cuando me secuestraron en el aparcamiento de la clínica y no tenía ni idea de cuántos días habían pasado. Menos de los suficientes para matarme de deshidratación, pero casi los suficientes.

Ven conmigo.

El mensaje en la pantalla del móvil me hizo levantarme del sofá y, con las piernas débiles, seguir a la chica.

Comprendí que casi había perdido el control de mis movimientos cuando las piernas me fallaron y me agarré a la barandilla de la escalera. Sin duda me costaría subir esos escalones.

—*¿Quieres ayuda?* —La mujer me sujetó del brazo y yo asentí con la cabeza. No era un momento para sentirme orgullosa.

Con su delgado brazo sirviéndome de apoyo, di pasos muy lentos hasta llegar al piso de arriba y que me llevaran a una habitación.

Era rosa y gris claro, alegre, con cojines de colores sobre la cama y una pared llena de fotos y guirnaldas de luces de colores. Era precioso, casi como una habitación de revista y algo con lo que sin duda habría soñado si tuviera unos cinco años menos.

Me sentó en el borde de la cama mientras se alejaba en lo que pareció un primer plano y, unos instantes después, volvió con algunas prendas de ropa y me las entregó.

—Gracias.

Ella asintió con la cabeza y sonrió, antes de señalarme otra puerta que supuse que era el baño.

Mis padres me habían dado una buena vida, se esforzaban por pagarme la universidad y satisfacer mis necesidades, pero nuestro pequeño apartamento estaba muy lejos de poder albergar una habitación de ese tamaño, además de un vestidor y un baño solo para mí.

Aún no tenía plena confianza en mis piernas, pero me arrastré hasta el baño, agarrándome a algunos puntos por el camino. Creo que ella dijo que si necesitaba ayuda solo tenía que gritar, pero quizá fuera solo cosa mía.

Me quité la ropa sucia al cerrar la puerta y me metí bajo la ducha. Fue glorioso sentir cómo el agua caliente envolvía mi cuerpo. Fue como si el peso de dos planetas se hubiera desvanecido de mis hombros y me dejara mucho más cómoda. Todavía estaba débil y mareada, pero la ducha me devolvió buena parte de mi vigor. Me sentí inmensamente agradecida por poder disfrutar de ese momento y comprendí que debería valorar más los pequeños momentos.

Me hubiera gustado quedarme bajo esa cascada el resto de mi vida, pero sabía que no podía, así que aproveché unos minutos más antes de cerrar el grifo y salir, pisando la alfombra mullida mientras me secaba con una de las toallas blancas y limpias que estaban enrolladas en un soporte como en los hoteles.

Me puse la ropa prestada, unos pantalones de chándal y una camiseta de manga corta con un dibujo de Cenicienta. Era una prenda más holgada, casi como las que yo usaba de pijama, pero era extremadamente cómoda. Probablemente esa había sido la intención de la chica al elegir esas prendas.

Cuando salí del baño, ella me estaba esperando.

—Gracias —le di las gracias por enésima vez.

Ella solo asintió con la cabeza y luego señaló con un gesto la puerta donde estaba su hermano. Podrían ser primos u otro grado de parentesco, pero por el parecido y la cercanía, además del hecho de que esa era su habitación, supuse que había un vínculo fraternal.

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó él mirándome fijamente; probablemente mi aspecto debía de estar menos destrozado.

Asentí con la cabeza.

—¡Genial! La doctora te está esperando en mi habitación. Ven. —Me tendió la mano, pero retrocedí unos segundos. Tenía miedo y todo mi instinto de supervivencia me gritaba que no confiara en él, pero en ese momento no tenía otra opción. Además, estaba de acuerdo en que necesitaba atención médica.

Sandro insistió, moviendo la mano para que la tomara. Aunque mis instintos me decían que saliera corriendo, la lógica me indicaba que esa opción no existía.

Al final, acabé agarrando su mano grande y cálida, dejando que Sandro me guiara hasta otra habitación.

La habitación era aún más grande que la de la chica que me había ayudado con el baño. Tenía una cómoda cama de matrimonio y, en el centro, un diván, donde la doctora había dejado un gran maletín negro, que debía contener su equipo.

—¿Agda? —Se volvió hacia mí y me miró con una sonrisa.

—¿Hablas mi idioma?

—Sí, hice mi residencia en Brasil y viví allí durante ocho años.

—¡Ah!

—Dejen la charla para más tarde —nos interrumpió Sandro con brusquedad—. Quiero saber cómo está ella, doctora.

—Sí, señor Velásquez. —La doctora dio un paso atrás, adoptando una postura más profesional. —¿Puede sentarse? —Me indicó la cama.

Asentí y caminé lentamente hasta el lugar indicado.

—Podría encontrarme mejor, pero estaba muy lejos de haberme recuperado al cien por cien.

Primero sacó de su maletín un estetoscopio y un tensiómetro. Me colocó este último en el brazo mientras, con el estetoscopio, auscultaba mi corazón y mis pulmones.

Cuando el tensiómetro terminó de medir, comprobó los números. Antes de decir nada, me metió un palito en la lengua para examinarme la garganta y luego me miró los oídos.

—¿Cómo te encuentras? —Se detuvo frente a mí para examinarme.

—Agotada, con todo el cuerpo dolorido, la cabeza a punto de estallar y el estómago revuelto.

—¿Algo más que quiera destacar?

Negué con la cabeza.

Me miró fijamente unos instantes más antes de volverse hacia Sandro.

—El cansancio y la deshidratación son evidentes, pero lo único que necesita es un buen descanso y mucho líquido. Creo que en unos días estará bien.

—¿Y el bebé?

—...Los bebés.

Sandro y yo hablamos casi al mismo tiempo, pero yo lo corregí. Admito que ver cualquier atisbo de preocupación en su mirada me pilló por sorpresa.

Por muy horrible que pareciera, antes de ese momento y de que él recibiera un disparo por mi culpa, pensaba que Sandro prefería que estuviéramos muertos. Al menos esa fue la sensación que tuve después de aquella horrible llamada que me derrumbó.

—He traído un ecógrafo portátil, lo usaré para verlos —dijo la doctora—. Túmbate en la cama, por favor.

Asentí con la cabeza y me acomodé en el cómodo colchón con sábanas increíblemente limpias. Muy diferente del antro donde me habían tenido recluida.

—Disculpa. —Se subió la camiseta hasta la altura del sujetador nuevo que me había dado la hermana de Sandro.

La doctora puso algo de gel en la punta del aparato y lo extendió por mi barriga antes de encender la pequeña pantalla.

Tardó un rato, pero en la pantalla se formó una imagen de algo menos de calidad que la de mi última ecografía. Dos sacos gestacionales, con semillitas dentro.

Mis bebés...

Me emocioné y el corazón me dio un vuelco al oír el sonido de sus latidos.

—Todo está bien —confirmó la doctora la sensación que ya me invadía.

—Gracias. —Se me llenaron los ojos de lágrimas y volví a sollozar, pero esta vez no era de pánico, sino de alivio.

—¿Está segura? —Sandro parecía más incrédulo que yo.

—Sí, señor Velásquez. Tenemos que hacer el seguimiento prenatal como con cualquier embarazada; sin embargo, los indicadores son buenos y, por el momento, no hay nada de qué preocuparse.

—De acuerdo. ¿Cuáles son los pasos a seguir ahora?

—Yo recomendaría algunas vitaminas y análisis de sangre para ver realmente cómo están los niveles de Agda.

—¿Cuándo podemos hacerlo?

—Bueno, puedo extraerle sangre y llevarla al laboratorio cuando vuelva a la clínica. Después le enviaré los resultados por correo electrónico.

—Entonces hazlo.

Siguiendo las órdenes de Sandro, la doctora me extrajo dos tubos de sangre. No fue fácil, ya que estaba desnutrida y sedienta.

Mientras ella hacía su trabajo, él nos dejó solas unos instantes y volvió después con una botella de agua y más comida.

Durante ese tiempo, pensé en decirle algo a ella, o pedirle ayuda para volver a casa, cualquier cosa que me sacara de aquella terrible pesadilla; sin embargo, antes de que las palabras salieran, Sandro ya me estaba mirando fijamente de nuevo.

Cuando la doctora finalmente se marchó, me quedé sola con él.

Todavía estaba sentada en el borde de la cama, recuperándome de la pérdida de sangre, cuando nuestras miradas volvieron a cruzarse.

Sentía miedo y un gran pavor, pero, en el fondo, algo de gratitud, aunque todo lo que había pasado fuera culpa suya.

Se instaló entre nosotros un silencio enloquecedor hasta que él decidió romperlo.

—¿Estás bien?

—¿Bien? —Fruncí el ceño y me dolió la cabeza en medio de un arrebato de irritación—. ¿Cómo crees que puedo estar bien? Me secuestraron, pasé hambre, sed y casi muero varias veces. ¿Cómo puedes pensar que estoy bien?

—Vale. —Retrocedió—. No ha sido una pregunta adecuada.

—Lo único que quiero es irme a casa.

—No vas a ir a ninguna parte —dijo en un tono firme que me enfureció mucho.

—¿Cómo puedes decir eso? —Me levanté de un salto, sintiendo que mi mundo daba vueltas. Caí con las manos extendidas sobre su pecho. —¡No quiero seguir encerrada! Tengo derecho a volver a casa.

—Acepta este lugar como tu hogar. Al menos por ahora.

—¡¿Qué?! ¿Te has vuelto loco? —Le di un puñetazo en el pecho con rabia. Por mucho que utilizara la fuerza que me quedaba, era como si una hormiga luchara contra un elefante. —Mi casa está con mis padres. No me voy a quedar aquí.

—Sí que te vas a quedar.

—¡No puedes hacer eso! —Intenté golpearle con más fuerza, pero esta vez me agarró las muñecas.

—Puedo. —Me miró con una mirada tan amenazante que me hizo retroceder.

—Ma... pero... —tartamudeé.

—Escucha bien, chica. Si vuelves a Brasil sin protección, te volverán a atrapar y esta vez nada garantiza que no acabes muerta.

Tragué saliva y mis manos resbalaron, colgando a los lados de mi cuerpo cuando me soltó las muñecas.

Abrí la boca varias veces, pero no pude emitir ningún sonido, consumida por el pánico.

—Estarás bien. Si te quedas aquí, donde mis hombres y yo podemos protegerte de esos hombres y de otros.

—¿Otros? —Me asusté aún más.

—No son los únicos enemigos que tengo.

—¿Hasta cuándo tendré que quedarme aquí? —retrocedí.

—Hasta el momento en que puedas ser utilizada en mi contra.

Supuse que podría ser durante el embarazo, pero parecía mucho más complejo que eso.

—Mis padres...

—Si quieres que estén a salvo, es mejor que te mantengas alejada de ellos, por ahora.

Volví a tragar saliva.

—¡Todo esto es culpa tuya! —grité de nuevo, como si descargar mi ira sobre él fuera a resolver el gran lío en el que me había metido.

—No es como si te hubiera arrastrado a ese motel contra tu voluntad.

—No sabía quién eras —intenté defenderme.

—Ni siquiera esperaba que tuvieras que saberlo. —Se alejó unos pasos y se encogió de hombros—. Sea como sea, ninguno de los dos quería esto. Así que cállate y da gracias por estar viva. Hoy me han disparado por tu culpa.

Sus palabras me hicieron tragar saliva de nuevo.

—Tengo asuntos que resolver. —Dio un paso hacia la puerta, pero le impedí salir de la habitación.

—¡Sandro!

—¿Qué pasa? —Se volvió para mirarme de nuevo.

Abrí la boca, respiré, pensé y solo conseguí hablar al advertir, por su expresión, que estaba a punto de perder la paciencia.

—¿Puedo al menos hablar con mis padres? Quiero saber cómo están y deben de estar desesperados buscándome.

Se quedó mirándome durante unos segundos hasta que asintió, sacó el móvil del bolsillo, lo desbloqueó y me lo entregó.

—Toma. El prefijo de Brasil es 55.

—Gracias.

—No tardes, voy a necesitar mi móvil antes de salir.

—¿Salir? ¿Salir adónde?

—Lección número uno. —Me miró con una intensidad que me hizo volver a temblar—. No hagas preguntas cuya respuesta no quieras saber.

—Vale... vale.

Salió de la habitación y me dejó a solas.

Me quedé mirando el móvil en mis manos durante unos instantes, antes de armarme de valor para marcar el número de mi madre.

A pesar de estar en un lugar mucho más cómodo y aparentemente seguro, seguía temblando y sentía un pánico profundo. Tal vez escuchar su voz y saber que estaba bien me ayudara a sentirme mejor.

Me arrepentía mucho de haberme acostado con Sandro, pero como decía mi abuela, no servía de nada llorar por lo que ya estaba hecho.

Estuve un rato llamando y, cuando por fin pensé que iba a contestar, se cortó la llamada, o mejor dicho, la colgaron. Era obvio que a mi madre le resultaría extraño ese número de otro país. Pero insistí, volví a llamar una y otra vez...

Hasta que por fin oí su voz:

—¿Quién es?! —Estaba irritada.

—Mamá...

—¿Agda? ¿Agda, hija mía?

—Hola, mamá... —Las lágrimas volvieron a acumularse en mis ojos.

—Por el amor de Dios, ¿dónde estás?

—Lejos, muy lejos...

—La policía te ha estado buscando desde que desapareciste y no han conseguido nada, esos inútiles. Solo me creyeron cuando dije que te habían secuestrado al ver las imágenes de la cámara que hay frente a la clínica —habló durante un buen rato, pero no me quejé. Lo único que más deseaba era poder escuchar su voz. —¿Agda? ¿Sigues ahí?

—Sí.

—¡Qué alivio! —Soltó un gran suspiro al otro lado. —¿Vas a volver a casa?

—No.

—¿Necesitas que vaya a recogerte? Dime dónde estás.

—Creo que estoy en México.

—¿Crees?

—Es complicado, mamá.

—¿Complicado? ¡¿COMPLICADO?! Me estoy muriendo de pena aquí desde que te llevaron.

—Estoy bien, mamá.

Al menos eso creo. Era una situación momentánea, pero no podía entrar en detalles porque solo podría empeorar su reacción.

—Dime dónde estás y voy a buscarte.

—No puedo...

—¿Por qué no? —Me la imaginaba dando un salto al otro lado de la línea y colgando el teléfono.

—No es seguro.

—¡Por el amor de Dios! ¿En qué te has metido? ¿Quiénes eran esos hombres?

—El padre de los bebés es un hombre importante aquí en México y esos hombres querían hacerle daño, pero él ya lo ha solucionado y yo estoy bien, aquí en tu casa.

—¿El padre de los bebés? Dijiste que no sabías quién era.

—Solo quería alejarme de todo.

—¿Alejar? ¿Con quién te has metido? Voy a llamar a la policía.

—Mamá, dudo que la policía pueda hacer algo en México, pero Sandro ya lo ha solucionado.

—¡¿Sandro?! ¿Así se llama el delincuente?

—¡Mamá!

—Mamá, nada de nada. Me estoy muriendo de miedo aquí. Han sido los días más terribles de mi vida y no quieres que me desespere.

—Ya te he dicho que estoy bien.

—¿Crees que eso es suficiente, Agda? ¿Te han dicho que digas eso? Voy a acudir a la Policía Federal, alguien tiene que hacer algo...

—Mamá, por favor, estoy bien.

—Solo podré creerlo cuando te vea.

—Por ahora no va a ser posible.

—¡Agda!

—Aquí Sandro puede protegerme *—y no os convertiré en un blanco,* añadí en mis pensamientos.

—¿Protegerte de qué?

—De sus enemigos.

—¿Qué enemigos? ¿En qué se ha metido este hombre? ¿Por qué te has acostado con un hombre así, Agda?

Yo todavía estaba cansada y el aluvión de preguntas de mi madre no ayudaba en nada, aunque comprendía el motivo de su desesperación.

—No lo sé... No lo sabía...

—¡Agda!

—¡Mamá! —le grité. —Eso no ayuda.

—Estoy desesperada.

—Lo sé, pero estoy bien. Puedes estar más tranquila.

—¿Cómo quieres que esté tranquila si mi hijita está en otro país después de haber sido secuestrada por unos delincuentes?

Era desesperante, y aún más difícil intentar tranquilizar a mi madre cuando yo misma no estaba nada tranquila; sin embargo, tenía que esforzarme por conseguirlo o, de lo contrario, solo la pondría en peligro. Dudaba de que cualquier protección que Sandro me estuviera ofreciendo se extendiera a mi familia.

—Mamá, estoy bien, y te prometo que me pondré en contacto contigo siempre. —No tenía ni idea de cómo iba a cumplir eso, pero sabía que en ese momento era muy necesario para que ella se tranquilizara.

—¿De verdad estás bien? —Su tono aún estaba cargado de temor.

—Sí.

—¿Y los bebés?

—También están bien.

—Pero...

—Acabo de ver a una doctora.

—¿Ahí?

—Aquí también hay médicos, mamá.

—Tienes que hacerte una revisión prenatal.

—Iré.

—Es importante.

—Lo sé, mamá.

Oí un ruido que venía del pasillo y me giré hacia la puerta cuando entró Sandro, acercándose a mí.

—¿Todavía estás al teléfono? —preguntó mirándome con expresión seria.

—Hablando con mi madre.

—Cuelga.

—Pero... pero...

Mantuvo la expresión seria, indicando que no estaba dispuesto a discutir.

Respiré hondo y me acerqué el auricular a la oreja.

—¿Mamá?

—Pensé que lo habías colgado.

—Tengo que hacerlo ahora.

—Pero, Agda...

—Te prometo que te llamaré después.

—¿De verdad?

—Sí.

—Está bien —ella retrocedió.

—Hasta luego, mamá.

—Cuídate.

Colgué la llamada y contuve un suspiro al devolverle el móvil a Sandro. No había nada que deseara más que volver a casa y poder abrazar a mis padres, pero entendí que la realidad era mucho más complicada y no quería arrastrarlos a ese lío.

—¿Estabas hablando con tu madre? —preguntó mientras cogía el móvil y lo guardaba de nuevo en el bolsillo.

Asentí con la cabeza.

—Estaba preocupada.

—Espero que la llamada la haya tranquilizado.

—No estoy tan segura...

—Pero es lo único que puedes hacer por ahora —reforzó lo que yo ya sabía y solo me quedó asentir.

—Sí...

Un breve instante de silencio se apoderó de la habitación antes de que él volviera a hablar.

—¿Te levantas?

—¿Por qué? ¿No puedo quedarme aquí? —Algún pensamiento descabellado en mi cabeza consideró que su habitación era el lugar más seguro de la casa, pero enseguida me pareció una estupidez.

—Vamos a salir.

—¿Salir? —Tragué saliva—. ¿Salir adónde?

—A comprar algunas cosas para ti.

—¿Cosas? —Arqueé una ceja, sorprendida; no era algo que estuviera esperando.

—No tienes nada. Supongo que necesitarás ropa, un móvil nuevo...

—¿Vas a hacer eso por mí? —Me quedé aún más boquiabierta.

—Levántate, antes de que cambie de opinión.

—Está bien.

Sandro hizo un gesto con la cabeza y lo seguí hasta el pasillo.



Agda Martins

Capítulo 41

Solo comprendí lo peligroso que podía ser salir de aquella casa cuando llegamos al garaje y vi a unos hombres con armas enormes subir a una furgoneta, mientras otro, con una pistola en el cinturón, se ponía al volante del todoterreno negro cuya puerta trasera Sandro abrió para que me sentara.

Extendí la mano, agarrándole la muñeca, y Sandro se volvió hacia mí de nuevo.

—¿Qué pasa?

—¿Y si lo compramos por Internet? Debe de haber algún sistema de entrega, ¿no?

—Puede tardar días en llegar, o incluso semanas. Apuesto a que en algún momento Alma se quejará de que estés usando su ropa.

—¿Días?

Asintió con la cabeza.

—¿No vendrán a por nosotros? —Tenía miedo y no vi ningún problema en expresárselo.

—Estaremos preparados. —Giró la cabeza, mirando de reojo hacia la furgoneta llena de hombres muy bien armados, casi como si fueran soldados del ejército.

Tragué saliva.

—Pásate ahí. —Me hizo un gesto para que me apartara, se acomodó a mi lado en el asiento trasero y cerró la puerta.

Me quedé completamente en silencio durante el trayecto hasta un centro comercial. Observaba la ciudad y a la gente en la calle. Por mucho que el tráfico fuera horrible y estuviera lleno de gente, el ambiente parecía completamente diferente al de São Paulo, al que yo estaba acostumbrada.

Sin tener en cuenta que nunca me habían seguido hombres armados porque corriera el riesgo de ser atacada. Sin embargo, al final, no me parecía horrible que estuvieran allí, porque solo de pensar en el horror de aquel cautiverio, me entraban ganas de volver a llorar.

Llegamos al aparcamiento del centro comercial, que se parecía mucho a cualquier otro al que hubiera ido en Brasil.

Sandro fue el primero en bajar. Cuando se le movió la camiseta, vi que él también iba armado.

¿En qué lío me había metido?

Nunca, en toda mi vida, llegué a imaginar que me involucraría con ese tipo de persona hasta el punto de arruinarme toda mi vida.

Ya había llorado mucho, pero nada había servido de nada. Lo único que podía hacer era cruzar los dedos para que mis bebés y yo saliéramos vivos de aquella.

Estaba segura de que mi madre seguiría desesperada en casa por todo aquello, pero avisarle de que estaba bien era, por desgracia, lo único que podía hacer por el momento.

Cuando estuviera a salvo, podría volver a casa. Lo único es que no tenía ni idea de cuándo llegaría ese día.

Sandro me tendió la mano y esbocé una sonrisa que más bien parecía un ceño fruncido antes de agarrar su mano y dejar que me sacara del coche.

Los hombres mantenían una distancia razonable, pero estaban justo detrás de nosotros. Al salir del ascensor, advertí que se dispersaban para cubrir los puntos a nuestro alrededor e impedir que la gente se acercara sin que ellos lo notaran.

No sabía si la gente de la ciudad estaba acostumbrada a Sandro o a la situación en general, pero evité preguntármelo. No podía hacer nada para cambiar la situación y eso solo serviría para aterrorizarme aún más.

Había muchas tiendas, de productos variados: electrónica, ropa, artículos para el hogar e incluso juguetes. Justo lo que esperaría de un centro comercial. Simplemente seguí a Sandro, sin pensar en nada, hasta que se detuvo frente a una tienda de ropa de mujer. Me pareció que era de marca, no es que yo conociera o comprara ropa así, pero esa fue la sensación que tuve.

Una dependienta alta, con pantalones acampanados y mucho maquillaje, se acercó a nosotros con una sonrisa. Para ser sincera, no parecía estar sonriéndome a mí, sino a Sandro.

—Bienvenidos.

—Gracias. —Esbocé una sonrisa incómoda y Sandro mantuvo su postura seria y feroz de siempre.

Yo, que cuando nos conocimos pensaba que ese chico era un bombón, en ese momento solo sentía miedo.

—¿En qué puedo ayudarles? —La mujer parecía devorarlo con la mirada y yo seguí haciéndome la indiferente, aunque en el fondo aquello me molestaba.

—Hemos venido a comprarle ropa. —Me señaló como si nadie se hubiera fijado en mí hasta ese momento.

—¿Para alguna ocasión especial? —Me miró de arriba abajo, irritándome todavía más.

—No —respondió Sandro con su tono habitual.

—Ah...

—Sandro —lo llamé, llamando su atención hacia mí.

—¿Hola?

—¿Por qué no vamos a otra tienda? A unos grandes almacenes, quizá.

—¿No te gusta esta? —Levantó sus cejas gruesas.

—Me gusta... No sé... Es que me parece demasiado cara.

—Quizá para ti lo sea —comentó la dependienta, pero Sandro le lanzó una mirada firme que la hizo retroceder.

—Eso no es un problema —me aseguró él, como si estuviéramos hablando de caramelos y no de prendas que podrían costar mucho dinero.

Yo desconocía el valor real de la moneda de su país, así que no podía hacer una estimación, pero el ambiente era bastante opresivo y la dependienta solo contribuía a empeorarlo.

—Se va a probar algunas prendas —le dijo Sandro a la dependienta.

—De acuerdo. —La mujer esbozó una sonrisa forzada, pero tenía que cumplir con su papel, que era atenderme.

Hizo un gesto para que la siguiéramos y Sandro y yo la seguimos de cerca.

Miré a mi alrededor con mucha atención. Para alguien acostumbrada a llevar vaqueros y camisetas, aquellas prendas parecían sofisticadas, pero sin duda me darían un aire de señora y al menos cinco años más.

Pronto nacerían mis bebés y yo sería madre, tal vez era el momento de aceptar que ya no podía comportarme como una adolescente.

—¿Sois novios? —se atrevió a preguntar la dependienta.

—¡No! —respondimos Sandro y yo al unísono, casi como un ladrido, pero enseguida pensé que podría haber sido un error.

Y si...

¡Agda!

La sonrisa de la dependienta se hizo aún más amplia y se mesó el pelo, colocándose el mechón rubio postizo detrás de la oreja.

—Veamos qué te puede quedar bien —me dijo, pero sus ojos devoraban aún más a Sandro. La ausencia de anillo en su mano probablemente alimentó aún más sus esperanzas.

No debería estar celosa, ni siquiera molesta, no teníamos absolutamente nada. Para él solo fui un rollo. Solo una noche que acabó jodiendo toda mi vida.

La dependienta me entregó algunas prendas y me dirigí al probador para cambiarme. Mientras me quitaba la ropa y me ponía la nueva, oía risitas y suspiros desde fuera.

Tú no tienes nada que ver con esto, me repetí a mí misma varias veces hasta que se convirtió en un mantra que daba vueltas en mi mente.

Me sentía rara con todas las prendas que ella había elegido, tenía la sensación de que era a propósito. Si ella estaba coqueteando con Sandro, ¿por qué iba a querer que yo estuviera

guapa? Sin embargo, decidí no decir nada. No quería que él imaginara que me había dado cuenta de las insinuaciones.

Salí con la misma ropa con la que había llegado y llevando las otras prendas en la mano. Sandro se volvió hacia mí, analizándome.

—¿Te ha gustado alguna?

—¡No!

—Puedo echar un vistazo más... —empezó a decir la dependienta, pero extendí la mano para interrumpirla.

—No hace falta.

—Pero...

—No son mi estilo.

—Entonces, ¿qué es? —Se inclinó hacia mí.

—Sandro, ¿podemos buscar en otro sitio?

—Tú decides. —Se encogió de hombros como si no le importara y eso me tranquilizó.

—Gracias.

La dependienta sacó una tarjeta del bolsillo y se la entregó, humedeciéndose los labios y insinuándose aún más hacia él. Admito que quizá estuviera algo celoso, pero aquello rozaba lo ridículo.

Me adelanté para salir de la tienda y él aceleró el paso, colocándose justo a mi lado.

No dije nada mientras caminábamos por el pasillo hasta que se detuvo en la primera papelera y tiró la tarjeta.

—Oye, ¿por qué has hecho eso? —No pude evitar preguntarle, por mucho que quisiera parecer indiferente.

—¿Pensabas que no me había gustado esa tienda? —me preguntó con aire sorprendido.

—Sí, no me gustó.

—Entonces no necesito esa tarjeta.

No era posible que no se hubiera dado cuenta de que la dependienta se la había entregado con segundas, terceras e incluso cuartas intenciones. ¡No era tan estúpido! Aun así, mantuve mi postura y seguí fingiendo que no me había dado cuenta de nada.



Sandro Velázquez

Capítulo 42

Estaba acostumbrado a llamar la atención allá donde fuera. Ya fuera por mi aspecto, por los hombres que me seguían o por el dinero. Sin embargo, aquella vez fue algo diferente, porque no estaba solo.

Mientras la dependienta se insinuaba ante mí como si yo fuera el último hombre del mundo, advertí que Agda se sentía incómoda. No podía juzgarla por ello, porque la situación había sido embarazosa incluso para mí; sin embargo, ¿su incomodidad se debía únicamente a la falta de tacto de la dependienta? Eso ya era más difícil de saber.

No teníamos ningún tipo de compromiso y yo no esperaba cambiar eso. Ser un hombre soltero me facilitaba las cosas en todos los sentidos. Además de poder estar con la mujer que quisiera, alejaba cualquiera de mis problemas. El único punto que no podía

ignorar era que Agda ya se había visto arrastrada en el momento en que se quedó embarazada.

Pensar que tendría hijos me inquietaba y me desesperaba ligeramente.

Además de mis hermanas, habría alguien más que se convertiría en blanco de mis enemigos, como ya lo fueron ellas cuando aún estaban en el vientre de su madre.

Estar en una posición como la mía no era nada fácil, aunque yo no la hubiera elegido. Mi padre trajo todo eso a nuestra familia hace muchos años cuando se convirtió en líder del cártel, condenando a sus hijos a una vida mucho más complicada que la de los demás. Sin duda sería así con mis gemelos.

¡Gemelos!

No solo había tenido mala suerte, sino doble mala suerte.

—Entremos aquí. —Agda me tiró de la mano y me arrastró hacia una tienda que parecía vender de todo. Desde ropa de cama hasta aparatos electrónicos.

—¿Crees que aquí hay ropa para ti? —Fruncí el ceño, analizando el espacio.

—Debe de haber una sección. —Asintió con la cabeza, mirando de un lado a otro hasta que exclamó—. ¡Justo ahí!

La seguí antes de perderla de vista y Agda empezó a pasar los dedos por los distintos percheros de ropa de mujer, eligiendo algunas prendas y colgándolas en el brazo. Yo me quedé de pie, mirándola y esperando a ver qué iba a hacer.

Después de seleccionar varias prendas, entró en el probador y yo me senté en un puf fuera, esperando.

—No tardaré mucho —dijo desde dentro.

—De acuerdo.

Miré la hora en mi reloj de pulsera y comprobé que habían pasado poco más de veinte minutos desde que llegamos y que las mujeres tardaban en hacer las compras. Tenía tres en casa para saber exactamente cómo era.

Los minutos pasaban y yo estaba distraído, mirando el techo de la tienda y a la gente que se movía por los pasillos. Nada me parecía sospechoso ni amenazante hasta que oí un ruido que me hizo levantarme y correr la cortina del probador, asomando la cabeza.

—¡Eh! —Ella apretó los dientes y me gritó mientras cruzaba los brazos delante de los pechos; entonces reparé en que solo llevaba bragas.

Se me hizo la boca agua, de forma totalmente involuntaria, pero en medio de todo aquel lío se me había olvidado lo buena que estaba.

—He oído un ruido.

—Se me cayó una percha. —Me miró con seriedad.

—¿Entonces todo está bien?

—Sí.

Una gran parte de mí quería seguir mirándola, preferiblemente quitarle las manos de los pechos y tocármelos yo mismo...

—Ya puedes irte. —Me mostró los dientes una vez más, despidiéndome.

—Vale. Estoy aquí fuera. —Tuve que recomponerme.

Ella corrió la cortina, cubriéndose de nuevo en el interior, y yo volví al puf sintiendo una extraña incomodidad. Le eché la culpa al miedo a que nos atacaran, pero en el fondo era la molestia por haber sido expulsado.

Unos diez minutos más tarde, ella salió, sosteniendo algunas prendas en una mano y el resto en la otra.

—¿Te han gustado algunas?

—Sí. —Levantó la mano derecha—. Estas no han quedado bien. —Dejó las demás fuera del cambiador.

—¿Quieres ver algunas más?

—Creo que ya es suficiente.

—De acuerdo. —Me encogí de hombros. No iba a insistir con eso.

—Voy a coger unos conjuntos de braguitas y sujetadores. —Señaló una estantería que no estaba muy lejos y yo solo asentí con la cabeza.

Me quedé esperando en el mismo sitio mientras ella elegía algunos.

—Sandro... —Volvió con la cabeza gacha y aire avergonzado.

—¿Qué pasa?

—Me dijiste que me darías un móvil nuevo. Necesito mucho poder hablar con mi madre.

—Sabes que cuanto más expongas a tu familia, más riesgos correrán.

—Sí... sí —tartamudeó.

—¿Quieres decir que me lo vas a dar?

Hice una breve pausa antes de asentir con la cabeza.

—Vamos por ahí, que he visto algunos.

—Muchas gracias.

No esperaba que esa niña se convirtiera en mi responsabilidad, pero ya era tarde para dar marcha atrás.

Quizá cuando nacieran los bebés podría deshacerme de ella.



Agda Martins

Capítulo 43

En cuanto llegamos a casa, Sandro me acompañó de vuelta al pasillo de la segunda planta mientras dos de sus hombres nos seguían, cargando bolsas con todo lo que había comprado.

A primera vista parecía algo exagerado. Ropa, zapatos, hasta cremas para el pelo y la piel, pero teniendo en cuenta que no tenía absolutamente nada allí y no sabía cuánto tiempo tendría que quedarme, todo parecía muy necesario.

Pasamos por la puerta de su habitación, pero Sandro siguió caminando hasta que me abrió otra. Seguía siendo una habitación bonita y espaciosa como las que había visto, pero completamente impersonal, sin ningún objeto que indicara que pertenecía a alguien en concreto.

—Esta es una habitación de invitados —Sandro señaló lo que yo ya había notado—. Puedes acomodarte aquí.

—Gracias.

Los hombres dejaron las bolsas en el suelo y desaparecieron de la vista, quedándonos solo nosotros dos. Levanté la cabeza, buscando los ojos marrones de Sandro, y él me devolvió la mirada.

—Te agradezco lo que has hecho hoy.

—No quiero que andes por ahí desnuda.

Aunque no era una broma, esbocé una sonrisa.

—Quédate aquí y no te metas en líos. —Me miró fijamente durante unos instantes y, quizá fuera una tontería por mi parte, pero imaginé que se inclinaría y me daría un beso, pero, en lugar de eso, Sandro simplemente me dio la espalda y se alejó.

Abrí la bolsa y rebusqué entre las compras hasta encontrar la caja de mi nuevo móvil. Era mucho más bonito y moderno que el que tenía antes, pero en ese momento mi preocupación era poder comunicarme con mi familia y amigos.

Una vez encendido, tardó un rato en conectarse a la red y volví a llamar a mi madre para decirle que había salido a comprar un móvil y que podía ponerse en contacto conmigo por ese número. Esperaba que fuera suficiente para tranquilizarla, aunque parecía que estaba a punto de sufrir un infarto al otro lado de la línea.

Después de tranquilizarla, le envié un mensaje a mi amiga Juliana. Esperaba que ella fuera una persona que no se asustara y, además, así tendría a alguien con quien hablar. Ya que aquel lugar era extrañamente solitario.

Agda:

¡Hola, Ju!

Juliana:

¿Quién es?

Agda:

Soy yo, Agda. Estoy en México, por eso el número es diferente.

Juliana:

¿México? ¿De verdad eres tú?

Agda:

Claro que sí.

Juliana:

Si es así, ¿cuál es mi peor asignatura en la universidad?

Agda:

Todas, porque nunca estudias lo suficiente, pero te cuesta mucho el psicoanálisis.

Juliana:

¡De verdad que eres tú!

¡NO ME LO PUEDO CREER!

Tu secuestro salió incluso en el periódico. La policía ya pensaba que podrías estar muerta y ¿ahora me envías un mensaje? Me va a dar un infarto.

Agda:

Yo también pensé que iba a morir, pero creo que ahora estoy bien.

Juliana:

¿Dónde estás?

Agda:

En casa de Sandro.

Juliana:

¿Fue él quien ordenó que te secuestraran?

Esos tipos del cártel deben de ser muy peligrosos.

Agda:

No. En realidad, fue él quien me sacó de allí.

Juliana:

Qué romántico.

Agda:

Romántico ni nada, solo me quedé en esa situación por su culpa.

Juliana:

¿Y cuándo vuelve aquí?

Agda:

Por ahora cree que es mejor que me quede por aquí.

Juliana:

Esos tipos podrían intentar volver a secuestrarte.

Agda:

Es posible.

Juliana:

¡Vaya! Esto parece sacado de una película. Si no hubiera visto las imágenes de la cámara que salieron en el periódico, nunca me lo habría creído.

Agda:

No quería estar pasando por nada de esto.

Juliana:

Me lo imagino. De verdad, me gustaría poder imaginarlo, porque parece demasiado descabellado como para que pueda asimilarlo.

Agda:

No te lo imagines, créeme, es mejor para ti.

Juliana:

¿Ahora está de acuerdo con lo del bebé?

Agda:

Creo que ya no le quedaba otra opción.

Y son los bebés.

Juliana:

¿Cómo es eso?

Agda:

Estoy embarazada de gemelos.

Juliana:

¡¿En serio?!

Agda:

Sí, es verdad.

Juliana:

¡Vaya, caramba! Enhorabuena.

Agda:

Gracias.

Juliana:

Mis padres quieren que resuelva un asunto, pero me ha encantado hablar contigo y saber que estás bien. No te pierdas.

Agda:

No te preocupes. Hasta luego.

Juliana:

Hasta

En cuanto mi amiga dejó de responder a mis mensajes, dejé que el móvil se me resbalara de la mano, cayendo sobre la colcha, y me eché hacia atrás.

Me sentí enormemente aliviada al ver algunos puntos de luz en ese túnel y darme cuenta de que aquella pesadilla se estaba volviendo algo menos aterradora.



Sandro Velázquez

Capítulo 44

—Me he enterado de que te has llevado a la chica a dar una vuelta —comentó mi hermano, girando el cuerpo en la silla de cuero en cuanto entré en su despacho.

—Necesitaba ropa. De lo contrario, Alma ya no habría sido tan amable.

—¿Por qué no la dejaste desnuda? Apuesto a que los hombres no se habrían quejado. —Miguel solo estaba bromeando, pero fue suficiente para que yo rugiera como un león y lo hiciera retroceder.

Enderezó la postura y sacó pecho, apoyando las manos sobre la superficie de su mesa.

—Pensé que no te importaba.

—Aun así, es la madre de mis hijos.

—¿Hijos? ¿Ya estás planeando formar una familia?

—Está esperando gemelos.

—¡Vaya! —Miguel abrió mucho los ojos, completamente sorprendido por la noticia—. ¿Dos a la vez?

Asentí con la cabeza.

—Parece que no bromeas en el trabajo.

—Supongo que no es por eso por lo que me has llamado aquí. —Crucé los brazos y obligué a mi hermano a cambiar de tema. No quería bromas sobre mi vida, que ya estaba bastante complicada.

—No...

Asentí con la cabeza para que continuara.

—¿Alguna señal de Ramón y los demás?

Negué con la cabeza.

—No han sido tan tontos como para seguirnos al centro comercial.

—Pero dudo que se hayan rendido.

—Es muy posible que no, pero saben que esta vez estamos más atentos. Agda era lo único fuera de nuestra vigilancia que aún podría usarse en nuestra contra, pero eso ya no va a pasar.

—¿La vas a retener aquí? ¿Ella está de acuerdo con eso?

—Por ahora no le he dado otra opción.

Miguel soltó una risita, pero negó con la cabeza.

—No es tonta, sabe que si se queda ahí fuera la volverán a atrapar.

—Tienes razón. Ahora que la distracción ha sido retirada de la lista de objetivos y puesta a salvo aquí, puedes centrar tu atención en encontrarlos.

—Déjalo en mis manos.

Que se hubieran llevado a Paola ya era motivo suficiente, pero amenazar a mis hijos haría que probasen toda mi ira. Estaba decidido a hacerles pagar.



Agda Martins

Capítulo 45

Me cambié de ropa, quitándome la prestada y poniéndome la nueva que Sandro me había comprado. Luego cogí el resto y la colgué en el armario vacío. Si iba a vivir allí por un tiempo, era mejor que me sintiera más a gusto con el entorno.

Ni siquiera quería pensar en los exámenes perdidos y en mi universidad; desde luego, no iba a poder volver a tiempo para el inicio del semestre.

Antes de pensar en convertirme en psicóloga, tendría que sobrevivir. Seguramente la universidad seguiría en el mismo sitio cuando volviera.

Doblé la ropa y me atreví a salir de la habitación; no me pareció arriesgado hacerlo; además, no quería sentirme prisionera allí, por mucho que no fuera exactamente cierto.

Caminé hasta la puerta de la habitación de la chica que me había prestado la ropa y llamé dos veces, esperando a ver si estaba allí.

Estaba a punto de marcharme cuando se abrió la puerta y apareció ella, quitándose los auriculares.

—*Hola.*

—¡Hola! —Esbocé una sonrisa forzada—. He venido a devolverte la ropa que me prestaste. Muchas gracias.

—De nada.

Nos quedamos mirándonos unos instantes, hasta que asentí y ella se dio la vuelta, entrando de nuevo en la habitación.

Me quedé parado en el pasillo, mirando al vacío y a las varias puertas cerradas. Estaba a punto de volver cuando oí una voz que me hizo girarme de nuevo hacia la escalera.

—¿Así que tú eres la chica que está embarazada de mi hijo?

No respondí de inmediato. Solo miré a la mujer, que debía de tener unos cincuenta años, tal vez más o menos; era difícil saberlo con exactitud, porque parecía obvio que se había sometido a varios procedimientos estéticos. Pero teniendo en cuenta la edad de Sandro y de su hermano, tendría al menos unos cuarenta y tantos.

La edad de la mujer me pareció completamente irrelevante al advertir que seguía mirándome fijamente.

—Yo... yo... —tartamudeé.

—Hmmm.

—¿Hablas portugués?

—Entre otros idiomas.

—Entendido.

—No sé en qué pensabas al venir aquí, pero más te vale recordar que soy yo quien manda en este lugar.

—Solo quería poder volver a casa —solté con total torpeza. No es que esperara que todos allí me recibieran con los brazos abiertos, pero confieso que no esperaba esa reacción.

—Entonces, ¿por qué no te vas? —Cruzó los brazos, sin dejar de mirarme con actitud amenazante.

—Porque Sandro dijo que no es seguro ni para mí ni para mi familia.

—Entonces...

—¡Mamá!

El otro hombre, el que estaba en el coche cuando Sandro me sacó del secuestro, y que supuse que era su hermano, apareció detrás de la mujer.

—Solo estoy tratando de saber quién está en mi casa. —Ella se volvió hacia su hijo.

—Deja a la chica, ya ha pasado por mucho.

—Pero...

—¿Por qué no vas a descansar? —me dijo, y lo tomé como una señal para irme.

—Está bien.

Les di la espalda y volví a la habitación donde Sandro me había instalado.

Era mejor que me mantuviera al margen y no me metiera en líos. Mientras tanto, podría usar mi móvil nuevo para aprender español.



Sandro Velázquez

Capítulo 46

—Es muy guapa.

—¿De quién estás hablando? —Aparté la vista de la carretera y miré brevemente a Joaquim, sentado a mi lado en el coche.

—De tu chica.

—No tengo novia, tío.

—¿A quién intentas engañar?

—¿Engañar? —Arqueé las cejas—. Ah, francamente.

—La dejaste embarazada, ahora la chica es responsabilidad tuya.

—Cuidaré de los niños y eso no significa nada más.

—Nada...

—¡Sí!

—Eres tú quien está intentando engañarse a sí mismo. —Se encogió de hombros, pero preferí no ceder en el tema.

El motivo por el que Agda estaba allí, por el que mi familia había sido amenazada y por el que Paola estaba traumatizada seguía siendo el mismo: los malditos del cártel de Tijuana que querían amenazarnos. Mientras no me ocupara de ellos, seguiríamos teniendo motivos para temer.

Solo esperaba poder resolver la situación antes de que nacieran mis hijos.

Joaquim y yo nos dirigíamos hacia el lugar donde habían retenido a Agda; por mucho que estuviera seguro de que no serían tan tontos como para quedarse allí, esperaba encontrar alguna pista que me llevara hasta ellos.

Quería ver cómo reaccionarían cuando no tuvieran nada con qué amenazarme y hacerme retroceder.

Conduje unos kilómetros más hasta entrar en el camino de tierra que llevaba a la cabaña en medio de la nada.

Aparqué delante y esperé a que mis hombres se colocaran en posición antes de salir del coche. Saqué mi arma y bajé con ella en la mano. El chaleco que llevaba debajo de la ropa indicaba que estaba preparado para todo.

Hice un gesto para que Joaquim fuera delante y él subió las escaleras de madera, dio una patada a la puerta principal y entramos en la choza. Yo fui por un lado y él por el otro; los hombres que estaban fuera esperaban para unirse a nosotros si fuera necesario, pero el lugar estaba vacío.

—Está despejado —dijo Joaquim cuando volvimos a mirarnos.

—Yo tampoco he encontrado a nadie.

—Creo que la han tenido allí. —Me hizo un gesto para que lo siguiera y entramos en una pequeña habitación con las paredes cubiertas de moho y un colchón horrible en el suelo.

Di unos pasos atrás al sentir que se me revolvía el estómago. Era fácil entender por qué se sentía tan mal. La habían tratado como si fuera una indigente y eso me enfureció aún más.

—Esos desgraciados tienen que morir.

—Vamos a por ellos, señor.

—Espero que sea pronto.

—Lo haremos.

El peloteo de Joaquim no bastaba para calmar mis ánimos, pero enfadarme no resolvería nada.



Agda Martins

Capítulo 47

—¡AAAHHHHH! —Mi grito agudo de terror resonó por la habitación cuando me desperté sudando y jadeando en plena madrugada.

Miré de un lado a otro, mientras mis dedos se hundían y se enredaban en la suave sábana sobre la que estaba sentada.

Me llevó un rato darme cuenta de que el entorno que me rodeaba no era el terrible cautiverio en el que me habían retenido durante casi dos días.

El sudor frío me resbalaba por las sienes cuando levanté la mano para masajearlas.

Todavía estaba tan asustada que, cuando la puerta se abrió de golpe, volví a dar un respingo.

Di un paso atrás, acurrucándome junto a la cabecera de la cama hasta que oí la voz grave de Sandro.

—¿Qué está pasando?

—Yo... —respiré con dificultad—. Yo...

Se acercó y, con la ayuda de la escasa luz que entraba por la rendija de la cortina, empecé a distinguir los rasgos de su rostro.

La punta de sus dedos tocó mi rostro y me invadió una mezcla de calor y frío que me paralizó. Abrí la boca varias veces, pero no conseguí emitir ningún sonido.

—Acércate. —Levantó la manta y empezó a acomodarse en la cama junto a mí. No dije absolutamente nada, solo me aparté antes de sentir sus gruesos brazos envolviéndome, tirando de mí para que me tumbara de nuevo.

No dije ni una palabra, solo me acomodé, esperando que el sueño me guiara de nuevo. Quizás no debería, pero me sentí extrañamente cómoda y segura en sus brazos, hasta que la desesperación desapareció y mi corazón se calmara.

No sé cuándo, pero volví a quedarme dormida. Esta vez no tuve pesadillas.

***

Me desperté con su aliento en mi nuca.

A pesar de ser un hombre tan grande, el sonido era suave y tranquilo. No pude girarme para ver su rostro, pero supuse que estaría durmiendo.

Por la luz de la habitación, supuse que ya había amanecido, pero era difícil saber qué hora era exactamente; sin embargo, la casa en sí parecía silenciosa e imaginé que era lo suficientemente temprano como para que aún no hubieran comenzado la rutina.

No quería despertarlo, pero cuando me moví para intentar coger el móvil de la mesita de noche, él también se movió y me

atrajo hacia él con su brazo. Mi espalda quedó presionada contra su pecho firme y mi culo contra su pelvis.

Se suponía que iba a ser solo un gesto cariñoso, hasta que sentí su volumen presionado contra mí. Era habitual que los hombres tuvieran erecciones por las mañanas, al menos eso había oído, ya que no solía compartir la cama con ninguno. Sin embargo, sentirlo así me descolocó.

Después de todo lo que había pasado, sentirme excitada por él me parecía la cosa más estúpida del mundo.

Intenté alejarme de nuevo, pero su brazo me sujetaba con fuerza y no había forma de quitármelo de encima sin despertar a Sandro. Cuando mi cuerpo se inclinó aún más hacia delante, sentí su aliento en mi oreja y se me erizó la piel.

—Buenos días —La voz era intensa y grave, casi melodiosa.

—Buenos días.

Todavía estaba avergonzada y esperaba que mi tono no me hubiera delatado.

—¿Has dormido bien?

¿Cómo no dormir después de eso?

—Sí.

—¡Genial!

Pensé que me iba a soltar, pero me atrajo hacia él de nuevo y volví a sentir su erección.

—Se me había olvidado lo bien que huele —comentó mordisqueándome la oreja y yo me retorcí ante la oleada de escalofríos.

Quizá fuera por los hidratantes que había comprado con su dinero, pero me pareció mejor no decir nada. Era agradable estar así, sintiendo su boca en mi oreja, su brazo rodeándome y su erección contra mi trasero.

Dejé escapar un gemido cuando su boca se deslizó de mi oreja a mi cuello y sus dientes rozaron mi piel con una provocación tan sensual que me encendió por completo.

—Shhh... —murmuró deteniéndome—. No querrás que nadie nos oiga.

¿Escucharnos? ¡Ay, Dios!

Comprendí que no estaba pensando con claridad cuando su mano se deslizó por el costado de mi cuerpo y sus dedos tiraron de la cintura elástica de los pantalones cortos del pijama.

No debería estar allí, no podíamos hacer eso, fue el sexo imprudente lo que nos puso en esa situación. Sin embargo, el fuego incontrolable que se encendió entre mis muslos no me dejó apartarlo.

Cuando sentí su mano dentro de mis bragas, apreté los labios para no gemir, lo cual no fue nada fácil, ya que su boca aún estaba en mi cuello, dejando besos y mordiscos cada vez más provocativos.

Su dedo grueso se abrió paso entre mis labios mayores y presionó mi clítoris, y mi cuerpo se tensó. Puse los ojos en blanco y apreté los dientes con aún más fuerza mientras esa mano grande y pesada me masturbaba.

Ah... ¡Vaya!

Más... sin duda quería mucho más.

Me contoneé contra él y el bulto de sus pantalones parecía aún más intenso mientras su dedo me volvía loca.

No poder gemir en medio de todo aquello me parecía el mayor sacrificio de mi vida.

Mi respiración se fue volviendo más jadeante, la urgencia crecía incontrolable dentro de mí y no tardó en surgir una explosión de éxtasis desde el punto en el que me tocaba y se extendió por todo mi ser.

Mientras me recuperaba del susto, Sandro sacó la mano de dentro de mis bragas solo para agarrar el lateral de mi ropa interior y bajármela hasta las rodillas.

Teníamos la manta encima, pero sus manos acariciaban la piel desnuda de mi trasero mientras me colocaba en posición. Su erección ya no estaba dentro de los pantalones y se frotaba entre mis nalgas. Solo pude arquearme aún más, mientras él se abría paso para penetrarme.

Seguíamos tumbados de lado cuando se hundió en mí hasta donde aquel ángulo lo permitía. Apreté los dientes con más fuerza, haciendo todo lo posible por no delatar el sexo que sin duda no debería estar ocurriendo.

Sus manos pesadas y firmes me sujetaban la cintura con fuerza, mientras él me inclinaba algo más hacia delante y aumentaba la velocidad con la que se movía dentro de mí, con una presión que parecía a punto de atravesarme.

Agarré la sábana, retorciéndola entre mis dedos mientras mis ojos se ponían en blanco.

Su cuerpo golpeando el mío con fuerza me hacía dar pequeños saltos y resbalar en la cama. Su agarre me había dejado completamente a su merced y, en el fondo, solo quería que continuara.

Sus manos bajaron hacia mis nalgas, separándolas; la presión en mi interior se volvió más intensa y la fricción, enloquecedora. Estaba a punto de correrme de nuevo cuando sentí su líquido dentro de mí, pero Sandro siguió hasta que volví a alcanzar el clímax.

Aún estaba jadeando cuando se deslizó fuera y se sentó en la cama. Desconcertada, me llevó un rato recuperar el control de mi cuerpo y levantarme.

Fui al baño a limpiarme y, al volver, él seguía sentado al borde del colchón, mirando a la nada.

—No deberíamos haberlo hecho. —Crucé los brazos, intentando parecer mínimamente decidida.

Haría lo que fuera para evitar demostrarle que mi vagina aún hormigueaba y que, sin duda, él era, con diferencia, el mejor en todo lo que había probado hasta entonces.

—No me rechazaste ni me apartaste.

—Lo sé, pero...

—Entonces querías —me interrumpió con su voz autoritaria de siempre.

—Sí, pero... pero no es prudente.

—¿Prudente? —Su carcajada terminó de descolocarme.

—Fue el sexo lo que nos puso en esta situación. —Mantuve los brazos cruzados.

—En realidad, fue el descuido con el condón.

—Que no volvimos a usar.

—Ya estás embarazada de todas formas. —Se encogió de hombros.

—No hay nada entre nosotros —insistí.

—No —admito que esperaba una respuesta diferente y su convicción me provocó una opresión en el pecho.

¿Eres tonta, Agda? ¿Estás esperando a que este tipo te diga que te quiere?

¡Es un delincuente!

Los delincuentes también aman...

No era posible que estuviera pensando en eso. Negué con la cabeza, intentando alejar todo eso, pero quizá solo pareciera algo loca. Sin embargo, ¿cómo no volverse loca con esa situación?

—Guadalupe ya debe de haber servido el desayuno —dijo al levantarse de la cama—. Baja a comer.

Sandro no esperó mi respuesta antes de salir de la habitación. En cuanto oí el ruido de la puerta al cerrarse, dejé caer el cuerpo hacia delante, hundiendo la cara en el colchón.

¡Maldita sea! Su olor impregnaba todo el lugar.

¿Era eso? ¿Mientras estuviera allí me convertiría en su polvo de una noche? Sin compromiso, solo sexo. Era jodidamente confuso, sobre todo por el hecho de que estaba embarazada de él.

Lo peor de todo era que solo con imaginar su cuerpo sobre el mío, me excitaba.

¿Cómo escapar de este lío?

Sentía que estaba cada vez más jodida y no veía forma de escapar de esa situación.



Sandro Velázquez

Capítulo 48

En cuanto salí de la habitación donde estaba Agda, caminé por el pasillo y, antes de entrar en la mía, me topé con Miguel saliendo de la suya.

—¿Has pasado la noche con tu chica? —Tenía una sonrisa burlona en el rostro que me irritó. Si no lo respetara como a un hermano mayor, le habría dado un puñetazo para acabar de una vez con esa burla.

—No es mi chica. —Puse cara de pocos amigos.

—La trajiste a casa, te acuestas con ella y, encima, vais a tener hijos. Entonces, ¿cómo quieres que la llame?

—Agda. —Mantuve una expresión seria y Miguel se limitó a reír.

—Tú lo sabrás, pero mamá está molesta.

—¿Por qué iba a estarlo? —Fruncí el ceño.

—Como te dije, no es habitual que traigamos mujeres a casa. Nuestras relaciones siempre se han quedado fuera de casa.

—Eso es asunto suyo.

—No es lo que ella piensa.

—No tiene por qué pensar nada.

—Sabes muy bien que las cosas no son así.

—Agda no tiene por qué quedarse aquí para siempre.

—¿Estás pensando en echarla cuando nazcan tus gemelos?

Me quedé en silencio por un breve instante. Quizá esa posibilidad se me había pasado por la cabeza una o dos veces, pero no me parecía lo más adecuado.

—Me desharé de esos imbéciles y ella podrá volver a Brasil.

—¿Con tus hijos?

¿Por qué se había tomado Miguel el día libre para perturbarme?

—Todavía lo voy a pensar.

—No hace falta que te recuerde que, aunque acabemos con el cártel de Tijuana de nuevo en unos días, estamos en un negocio en el que nuestros enemigos nunca se acaban. Si decides dejar de protegerla, morirá.

—Por ahora está a salvo aquí.

—De acuerdo —Miguel asintió con la cabeza y yo abrí la puerta de mi habitación, entrando en ella para zanjar el asunto de una vez por todas.

Era joven, guapa, interesante, pero yo no tenía planes de atarme a ninguna mujer. No quería a mi chica porque prefería tenerlas a todas. Era mucho mejor así.

Pero el embarazo lo cambió todo...

Era tarde para arrepentirme de no haber usado condones.

Cuando Miguel y yo éramos niños, nuestro padre nos hizo criar unas gallinas en el patio trasero. Teníamos que alimentarlas, protegerlas y, si alguna de ellas o sus pollitos moría, nos castigaban con una paliza.

Los dos recibíamos una paliza, sin importar si lo habíamos hecho todo bien o si la culpa era del otro. Según mi padre, era su forma de enseñarnos que todo tenía consecuencias y que, en la posición en la que los dos estaríamos algún día, seríamos blanco de nuestros errores y de los de aquellos en quienes confiábamos.



Agda Martins

Capítulo 49

Me estaba cepillando los dientes cuando se me revolvió el estómago y todo lo que quedaba de la cena se fue por el desagüe del lavabo.

Pensaba que la principal causa de mis náuseas era el moho de las paredes de mi cautiverio, pero seguía ahí, molesto e intenso, probablemente debido al avance de mi embarazo.

Dejé el cepillo en el soporte y me toqué la barriga con las manos mojadas. Aún no podía sentir cómo se movían, pero ya parecía algo más grande de lo que recordaba, como si creciera un poquito cada día.

Había pensado en cómo cambiaría mi vida con ese embarazo. Tomarme un descanso de la universidad, ir a trabajar con mi madre a la tienda de vinos. Cuidar de un bebé...

En medio de todo eso, lo que no había planeado era descubrir que eran gemelos, acabar secuestrada y, finalmente, vivir en la casa del padre de los bebés en otro país, donde ni siquiera hablaba el idioma.

Ni siquiera estaba pensando en ese extraño polvo de una noche por la mañana.

No puedes volver a acostarte con él... Era como si un angelito estuviera en mi hombro, pero el diablillo vino a estropearlo todo. *Es tan agradable...*

¡Agda!

A medida que se prolongaba todo ese lío, me daba cuenta de que estaba cada vez más jodida.

Como ya había quedado más que claro que no se trataba de una pesadilla descabellada, tenía que empezar a aceptar la realidad y lidiar con las consecuencias del lío en el que, sin querer, me había metido.

Me cambié de ropa y bajé a la planta baja de la casa, caminando hacia donde había descubierto que estaba el comedor. Aquel lugar era tan grande que parecía fácil perderse. Muy diferente de cualquier otro lugar en el que hubiera vivido en mi vida. Incluso la casa de mis abuelos paternos en el campo, que tenía un patio enorme, parecía pequeña comparada con aquella.

En cuanto llegué a la sala, vi a las dos mujeres más jóvenes, que eran las hermanas de Sandro, y a su madre, la señora que no se había mostrado tan receptiva conmigo. Por lo general, las suegras tenían un tiempo para acostumbrarse a las nueras, pero a mí me habían dejado en su casa sin previo aviso. Debería comprender los motivos por los que ella estaba molesta.

Ella no es tu suegra.

Sandro y tú no tenéis nada.

Solo fue un rollo más.

En medio de todo aquello, tenía que recordar que esa familia estaba metida en el crimen organizado. Debía centrarme en salir de allí lo antes posible y no quedarme pensando en ninguna relación con esas personas.

—*¡Buenos días!* —Esbocé una sonrisa forzada al aventurarme a hablar en español.

Las más jóvenes me respondieron, pero la madre se limitó a mirarme fijamente; sin embargo, su actitud cambió algo cuando los hombres se unieron a la mesa.

—Siéntate. —Sandro me puso la mano en la espalda y me guió hacia una de las sillas.

—Gracias.

Tras un desayuno extrañamente silencioso, Sandro salió con su hermano y yo volví a la habitación. Llamé a mi madre para decirle que estaba bien y escuché la misma conversación sobre cuándo volvería a casa.

Si dependiera solo de mí, ya no estaría en México desde hace mucho tiempo, pero temía por mi vida. Solo de pensar en que esos hombres me volvieran a atrapar, empezaba a temblar.

Después de hablar con mi madre, volví a la app de idiomas para practicar mi español, cuando llegó un mensaje de mi amiga Juliana; seguramente había guardado el número para hablar conmigo más tarde.

Juliana:

¡Amiga!

¿Cómo estás?

Agda:

Si digo que bien, siento que estoy mintiendo, pero mucho mejor que en el cautiverio, sin duda.

Juliana:

Tu caso sigue saliendo en la tele.

Agda:

¿Qué dicen?

Juliana:

Que te llevaron unos miembros del cártel.

Agda:

No es mentira.

Juliana:

¿Cómo crees que vas a poder volver a tu vida después de todo esto?

Agda:

Solo quería saber que puedo volver.

Juliana:

¿No quieres volver?

Agda:

No puedo.

Juliana:

¿Por qué?

Agda:

Esos tipos podrían volver a atraparme.

Juliana:

¡Qué horror!

Agda:

Sí...

Juliana:

Al menos está al lado de Sandro.:P

Agda:

Ojalá fuera tan sencillo.

Juliana:

¿Por qué?

Agda:

Nos acostamos esta mañana.

Juliana:

¿Te estás quejando de eso?

Agda:

Claro que sí. No debería volver a involucrarme con él.

Juliana:

Si estás bajo la lluvia, es para mojarte.

Agda:

Casi me matan.

Juliana:

Pero él te salvó, ¿no?

Agda:

Sí, me salvó.

Juliana:

Entonces.

Agda:

Pero no hay nada entre nosotros y acostarnos es un error.

Juliana:

¿Tienes miedo de morir o de que te rompan el corazón?

Me quedé mirando el móvil unos instantes, intentando encontrar las palabras adecuadas, que no aparecieron.

Agda:

Probablemente las dos cosas.

Juliana:

No es como si pudiéramos evitarlo.

Agda:

Es mejor que lo intente.

Juliana:

Si tú crees...

Agda:

Cambiemos de tema.

¿Cómo va todo por ahí?

Juliana:

Igual...

Bueno, hay gente que me pregunta por ti, pero, aparte de eso, no pasa nada.

Las clases vuelven la semana que viene y ni siquiera sé cómo voy a sobrevivir al semestre sin ti.

Agda:

Me gustaría estar allí.

Juliana:

¡Y una cosa menos!

Cuida bien de tu hombre y de tus bebés.

Agda:

¡Él no es mi hombre!

Juliana:

Pues cambia eso.

Agda:

¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¡Es de la mafia! Ya no es una teoría tonta. Me secuestraron enemigos reales que le dispararon.

Solo quiero librarme de esto y volver a casa.

Juliana:

¿Crees que lo conseguirás?

Agda:

Espero que sí.

Juliana:

Sea como sea, te estoy animando.

Agda:

Gracias, amiga.

Juliana:

De nada.

Me hubiera gustado seguir intercambiando mensajes con ella para siempre. Juliana era una parte alocada de mi normalidad que deseaba con todas mis fuerzas recuperar.

Aunque me habían acogido la hermana menor de Sandro y la simpática empleada, me sentía terriblemente sola, como si no perteneciera a ese lugar y, desde luego, no pertenecía.

Mi padre, mi madre y mi antigua vida estaban tan lejos que me volvía loca.

Simplemente no quería tener que pasar el resto de mi vida allí, no de esa manera, con miedo de mi propia sombra.



Sandro Velázquez

Capítulo 50

Estaba de pie en la entrada de un viejo aparcamiento cerca del juzgado de Ciudad de México, mirando cómo pasaban los minutos en mi móvil, mientras se acercaba la hora prevista.

—¿De verdad estará ahí, señor? —preguntó Joaquim, impaciente a mi lado, mientras los demás hombres permanecían dentro de la furgoneta, con la orden de aparecer solo si era necesario.

—Ese es su coche, ¿no? —Señalé un vehículo plateado aparcado.

—Por lo que han dicho, sí.

—Pues esperemos. —Descrucé los brazos y metí las manos en los bolsillos.

Habíamos recibido una pista sobre un abogado que trabajaba para Ramón y sus hombres, sacando de apuros a los delincuentes que cometían crímenes en nombre del cártel de Tijuana.

Estaba allí porque ya habían pasado días y aún no había conseguido capturar al maldito que había secuestrado a mi hermana, Agda, y había intentado matarme.

Podrían haberse quedado quietos, no provocarnos ni amenazarnos, pero fueron lo suficientemente lejos como para que no descansara hasta encontrarlos, sin importar si ahora se esforzaban por esconderse.

Me fijé, por el espejo que los conductores usaban para maniobrar, en un hombre con traje y el pelo engominado que se acercaba en el horizonte.

—Llega cinco minutos tarde, pero ya viene—, le comenté a Joaquim.

Antes de que mi sombra tuviera tiempo de responder, agarré al tipo por el brazo y lo giré, sujetándole la muñeca a la espalda y presionando su pecho y su cara contra el lateral del coche más cercano.

El vehículo estaba sucio, con una capa de polvo que se pegó al traje almidonado, pero no me importó. De hecho, me pareció divertido arruinar algo ese aspecto tan pulcro.

—¡Suéltame! —reaccionó él.

—No sin antes tener una charla.

—¡Voy a llamar a la policía!

—Creo que están algo lejos para ayudarte ahora.

—¿Qué queréis? —Intentó girar la cabeza para gruñirme, pero el hombre no estaba en posición de hacer amenazas.

—Ya sabes lo que quiero.

—No sé de nada.

—Ah, sí que lo sabes. —Con la otra mano, le agarré del pelo y le golpeé la cabeza contra la carrocería sucia del coche. —¿Dónde está Ramón Hernández?

—No lo sé.

Le volví a golpear la cabeza.

—¿Te ha refrescado la memoria?

—No sé nada.

—Puedo usar métodos más eficaces para ayudarte con tu amnesia.

—Aunque supiera algo, ¿crees que él no me mataría si pensara que os he contado algo?

—Entonces tendrás que decidir cuándo quieres morir. —Le solté la cabeza y cogí el arma, apuntándole a la espalda, dejando que pensara en el daño que le causaría la bala al atravesarle las vértebras.

—No lo sé —empezó a sollozar.

—¿Me tomas por idiota?

—Te juro que no lo sé.

—Solo te falta decirme que él no es tu cliente.

—Sí... —Tragó saliva—. Sí, lo es...

—¡Pues dímelo! —Le di otro golpe en la cabeza.

—Solo me he reunido con él una vez en persona. Él, o sus hombres, solo me llaman cuando tengo que reunirme con algún cliente en mi oficina o en la comisaría.

—¿Quieres que me lo crea?

—Es la verdad, lo juro.

Apreté los dientes y resoplé, irritado.

—Puede que sea verdad —comentó Joaquim, algo que no quería oír, porque significaba que volvía a estar en el punto de partida.

—Entonces puedo matarlo, pero no me servirá de nada. —Desbloqueé el seguro del arma apuntada a la espalda del hombre.

En cuanto oyó el chasquido, el abogado dio un grito.

—¡Eh, espera!

—¿Por qué iba a esperar?

—Puedo concertar una reunión para que se vean.

—¿Te refieres a una trampa?

—Está bien... dentro de un mes hay un juicio importante, puedo intentar aprovechar eso para reunirme con él.

—¿Puedes?

—Haré todo lo posible...

—¿Crees que eso es suficiente para mí?

—Me esforzaré.

—Parece que estás diciendo cualquier cosa para que te deje en paz y ganar tiempo para hablar con tu jefe. —Apreté aún más el arma y vi que el hombre estaba tan aterrorizado que parecía a punto de mearse.

—No conseguirás nada si me matas.

—Quizá me divierta —amenacé con una sonrisa siniestra.

—De verdad eres un loco, como dicen.

—Pronto lo descubrirás.

—Por favor, déjame intentarlo —suplicó con voz entrecortada.

—Sandro. —Joaquim me tocó el hombro, y me hizo girar para mirarlo.

—¿Qué pasa?

—Podemos dejar que lo intente.

—¿Una trampa para quien ha intentado atraparnos un par de veces? —reflexioné.

—Puede ser nuestra oportunidad de vengarnos.

No era la idea perfecta, quería llegar con los dos pies en la puerta de Ramón Hernandes y pegarle un tiro en la nuca, pero un plan podría ser bienvenido.

—Vale. —Di un paso atrás y solté al tipo, que se dio la vuelta y se frotó la muñeca que le había apretado con fuerza.

El hombre soltó un gran suspiro de alivio cuando guardé el arma, pero no iba a dejarlo escapar tan fácilmente.

—¿Cuándo?

—Voy a preparar un plan.

—¿Hasta entonces quieres que me siente y me quede esperando? Eso no va a pasar. —Apreté los dientes.

Joaquim se inclinó hacia delante y le entregó una tarjeta al abogado antes de que este respondiera a mi pregunta.

—Aquí tienes mi número, tienes hasta una semana para llamar, o volveremos a visitarte.

El hombre tragó saliva y guardó la tarjeta en el bolsillo.

—Vamos, señor. —Joaquim hizo un gesto para que lo siguiera y yo lo hice de mala gana.

Odiaba tener que dejar una situación a medias, sobre todo cuando mi familia seguía estando amenazada.

En cuanto entré en el coche, cerré la puerta de un portazo y me volví hacia mi empleado.

—La próxima vez que te metas en esto, tus sesos acabarán esparcidos sobre el capó de un coche —gruñí con ferocidad.

—Solo intentaba ayudar, señor.

—¿Ayudar? ¿Qué crees que va a hacer ahora?

—Tender una trampa que nos beneficie.

Empecé a reírme dentro del vehículo y Joaquim abrió mucho los ojos, completamente sorprendido por mi reacción.

—Señor...

—Eres demasiado mayor para ser tan ingenuo.

—¿Ingenuo?

—Lo que realmente va a hacer es correr a ver a Ramón Hernandes, decirle que ha recibido una visitita nuestra y pedirle protección. Si tenemos suerte, para mañana ese abogado de mierda habrá desaparecido del mapa.

—No creo...

Gruñí y él retrocedió.

—Puedes estar seguro.

Estaba enfadado y preferí simplemente acelerar para alejarme de allí antes de meterle una bala en la cabeza al tipo que había estado a mi lado desde mi infancia.



Agda Martins

Capítulo 51

Los días pasan terriblemente lentos cuando no hay mucho que hacer. Por mucho que me esforzara por aprender español con una aplicación, en algún momento u otro me daba mucho asco.

Varias veces me sorprendí a mí misma parada en la ventana, observando cómo pasaba el día, viendo salir y ponerse el sol. Sandro, cuando estaba en casa, venía de vez en cuando a ver cómo est, a preguntarme si necesitaba algo o, simplemente, a saludarme. Aunque pareciera un detalle por su parte, me quedaba con la sensación de que me estaba evitando.

Una parte de mí se preguntaba si era por mi reacción después de haber tenido sexo aquella mañana y me culpaba por ello. Por mucho que no se lo admitiera, lo quería cerca, era como si fuera la única persona que conocía en aquel lugar.

No lo conoces de verdad...

Mi mente tenía razón, aunque solo deseaba tener algo a lo que aferrarme para no sentirme tan sola.

Algo que demostraba que los días pasaban era el hecho de que mi barriga estaba creciendo. Cada vez más grande, las camisetas que me había comprado al llegar allí ya no tenían la talla suficiente para cubrirla por completo y me indicaban que ya necesitaba otro tipo de ropa.

Sentía que estaba engordando mucho, aunque no me diera cuenta de estar comiendo tanto. Quizás solo fuera hinchazón, porque mis piernas parecían cada vez más grandes.

A veces me preguntaba si no debería bajar y ofrecer mi ayuda. Pasar un rato en la cocina con Guadalupe podría servirme para ocupar mis horas de ocio y sentirme menos inútil. Pero tenía miedo, sobre todo de encontrarme con la madre de Sandro, aunque ella no me amenazara de ninguna manera, solo me mirara mal en algunos momentos.

Intentaba restarle importancia a la situación; quizá yo habría actuado igual si hubiera una desconocida en mi casa. Mis bebés aún se estaban formando, pero ni siquiera podía imaginar cómo sería cuando me presentaran a una novia o algo así.

Mis bebés...

Aquello seguía pareciéndome la noticia más loca y, al mismo tiempo, lo mejor de mi vida.

No estaba preparada para ser madre; la noticia me había caído como un trueno en medio de un cielo despejado. Sin embargo, era probable que esos nueve meses sirvieran más bien como preparación para esa nueva realidad.

Si aún no había hecho ninguna tontería, como intentar encontrar el aeropuerto sola y volver a casa, sin duda era gracias a ellos. Ya había corrido el riesgo de perderlos una vez y no quería arriesgarme.

Oí que llamaban a la puerta y me giré, diciendo que podían pasar.

Di un paso atrás, sintiendo cómo mi cuerpo se ponía rígido al ver a la madre de Sandro, aunque ella llevara una generosa bandeja con el té de la tarde y yo estuviera hambrienta.

—Hola.

—Hola. —Esbocé una sonrisa forzada.

—¿Estás bien? —Dejó la bandeja sobre una pequeña cómoda en un rincón.

Asentí con la cabeza.

—No has bajado, pensé que podría haber pasado algo.

—Estaba estudiando español —dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Ah, eso está genial.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos hasta que quise romper el ambiente extraño que se estaba creando.

—Gracias por la merienda.

—De nada. —Se acercó a la puerta, pero antes de salir, se volvió hacia mí de nuevo. —Sé que no he sido muy hospitalaria contigo, pero no es habitual que mis hijos traigan mujeres a casa. Estaba preparada para que Miguel lo hiciera primero, pero entonces Sandro aparece conmigo.

—Espero no molestarte mucho tiempo.

—¿Cómo que molestar?

—Quedarme en tu casa...

—¡No! Ni hablar. —Amplió la sonrisa—. Tú y mis nietos sois bienvenidos.

Me sorprendió su reacción. Quizás Sandro se había peleado con ella o, quién sabe, acabé creándome una imagen innecesaria de la mujer en mi mente.

—Gracias.

—Hace mucho tiempo que no hay niños corriendo por esta casa, será estupendo volver a ver eso.

—Me gustaría poder volver a mi casa —confesé.

—¿A casa?

—Sí, en Brasil.

—¿Pero por qué?

—Mi lugar está allí, con mi familia, mis amigos, mi universidad... Estaba acostumbrada a mi vida hasta que aparecieron unos tipos, me metieron en un coche y todo cambió. Fue horrible...

—Me lo imagino. —Dio unos pasos hacia mí.

No retrocedí cuando la mano de la señora me tocó el hombro y me hizo levantar la vista hacia ella.

—Yo solo... —mi voz se perdió a mitad de la frase, me costaba decirlo.

Su sonrisa se mantuvo mientras me acariciaba el brazo.

—Te darás cuenta de que tu lugar será donde estén tus hijos.

—Pueden volver conmigo. —Me encogí de hombros.

—Ay, querida, eres lo suficientemente inteligente como para saber que nunca volverás a tener la vida de antes. Estás en un punto en el que es imposible dar marcha atrás.

—Lo dices como si fuera fácil —había algo de rebeldía en mi tono de voz.

—No lo es... Nunca lo es... —Desvió la mirada, pensativa, y se quedó contemplando el horizonte un rato antes de volver a mirarme

a los ojos—. Yo también pensé que podría huir de eso, pero era más joven, más ingenua y más pobre que tú.

—¿Lo eras?

—Sí...

Me acomodé mejor, sentándome en el borde de la cama, y la mujer se quedó a mi lado, dándome a entender que estaba lista para contarme una historia. Sin nada que pasara en mi vida en ese momento, estaba ansiosa por algo de distracción.

—Conocí a Manuel Velásquez en una fiesta en mi pueblo, a unos cien kilómetros de aquí, cuando solo tenía quince años. Tenía un novito, un chico dos años mayor que yo, y estaba bailando con él cuando vi a Manuel. Aunque tenía novio, era habitual que aceptáramos la invitación de todos los que nos pedían bailar. Lo que no imaginaba era que eso cambiaría mi vida.

—¿Te secuestró? —reaccioné haciendo suposiciones.

—¡Ah, no! Fue lo suficientemente caballeroso como para ir a ver a mis padres y pedir mi mano.

—¿Aceptaron?

—Sí.

—Entonces, en aquella época, ¿él aún no estaba involucrado en los asuntos del cártel?

—Ya se había convertido en líder. —Ella se rió.

—Ah... —Me sentí incómodo.

—Parecía una oportunidad estupenda para mi familia, la posibilidad de que yo tuviera una vida que nunca habría tenido si me hubiera quedado en el pueblo y me hubiera casado con un hombre de allí.

—¿No les importaba que fuera un delincuente?

—Manuel sabía venderse muy bien como hombre de negocios.

—Entiendo...

No era del todo cierto, pero me esforzaba por comprenderlo. Una chica pobre de una comunidad sin recursos casándose con un poderoso jefe de la delincuencia local. Podría parecer incluso un cuento de hadas, pero no era así como me sonaba en la cabeza.

—¿Y fuisteis felices? —Parecía la pregunta más tonta del mundo, pero se me escapó de todos modos.

—¿Felices? —Levantó las cejas, sorprendida por mi pregunta —. Bueno... Tuvimos altibajos como cualquier pareja, pero él me dio lo más importante para mí: mis hijos.

—Lo siento...

—¿Por qué?

—Por su encarcelamiento.

—Por desgracia, es un final previsible en este mundo.

—Aun así, no sé cómo lo afrontaría.

—Espero que nunca tengas que averiguarlo.

Esbocé una sonrisa forzada y, antes de que pudiéramos decir nada más, se abrió la puerta de mi habitación y Sandro entró, abriendo los ojos como platos al ver a su madre a mi lado en la cama.

—¿Qué haces aquí? —Entrecerró los ojos al mirarla con aire de reproche.

—He venido a ver si Agda estaba bien y a traerle algo de comer. —Señaló la bandeja que había sobre la cómoda.

—Hum... —murmuró él. No parecía confiar al cien por cien en la actitud de su madre, pero no dijo nada.

—Os dejo solos. —Se levantó con una sonrisa y me acarició el hombro antes de alejarse—. Luego continuamos nuestra conversación.

—De acuerdo.

Sandro siguió a su madre con la mirada hasta que desapareció por la puerta, y luego volvió a mirarme.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Genial, he traído a la doctora para que os vea a ti y a los bebés.

—¿Está aquí?

—Sí. ¿Puedo dejarla pasar?

Asentí con la cabeza.

Sandro se alejó y dio unos pasos hacia el pasillo, volviendo al instante con la doctora que me había atendido la primera vez.

—¡Agda!

—Hola, doctora.

—¿Cómo les va?

—Bien, creo...

—¿Crees? —Levantó las cejas mientras colocaba su maletín negro a mi lado en la cama y se arreglaba la bata.

—Es extraño... —Me puse las manos sobre la barriga, acariciándola—. No noto nada, solo veo cómo crece la barriga.

—No hay nada extraño en eso, en el primer embarazo es muy común que las mamás solo empiecen a sentir a sus bebés al final del segundo trimestre, pero como son gemelos, es posible que lo sientas antes.

—¿No les pasa nada? —Quizá fuera una tontería de madre primeriza, pero tenía miedo.

—Apuesto a que no.

—Gracias —suspiré aliviada.

—De nada. —Abrió el maletín, sacó el tensiómetro y el estetoscopio—. Primero vamos a ver cómo estás. A medida que avanza el embarazo, tenemos que estar muy atentos a tu tensión. —La doctora hablaba de mí, pero miró a Sandro todo el tiempo, como si fuera una obligación suya.

—¿Quieres que compre algo para controlarla?

—Estaría bien.

—Lo haré.

—¡Perfecto! —La doctora esbozó una amplia sonrisa—. Aunque Agda sea joven y esté sana, es mejor controlar cualquier posible complicación. El embarazo gemelar siempre es más delicado que el de un solo bebé.

—Estaré pendiente de ella —prometió Sandro.

—Muy bien.

La doctora me tomó la tensión y me auscultó el pecho, luego me midió la barriga y sacó una pequeña báscula del bolso para pesarme. Me quedé sorprendida al darme cuenta de que ya había engordado casi diez kilos desde la última vez que me pesé antes de quedarme embarazada.

—No estoy comiendo tanto —protesté.

—Es normal —rió la doctora—. Al fin y al cabo, tienes dos bebés creciendo dentro de ti. Este aumento de peso se intensificará algo más en la recta final.

—¡Dios mío!

Yo estaba bloqueada y Sandro se rió.

Tendría que someterme a una dieta terrible después para recuperar mi peso.

—¿Vamos a ver cómo están? —La doctora sacó el ecógrafo portátil y yo asentí con la cabeza, acomodándome en la cama y levantándome la camiseta para que me aplicara el gel.

Esperé con impaciencia a que apareciera la imagen de los bebés en la pantalla de la ecografía y, esta vez, me llevé una grata sorpresa. Mi corazón se aceleró y me emocioné al ver que ya se habían formado por completo, con su cabecita, sus bracitos, sus piernas y todo lo demás, perfectamente, como deben estar unos bebés.

—Ya están perfectos.

—Sí, las extremidades ya están formadas y ahora les toca a los órganos internos. El cerebro y los pulmones son los últimos en formarse.

—¿Pero están bien?

—Sí. Para la edad gestacional, se están formando exactamente como se esperaba.

—¡Qué bien! —Solté un suspiro de alivio.

—¿Quieren saber el sexo? —Miró a Sandro y luego a mí.

—¿Ya se puede saber? —Me invadió la expectación.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí —respondió Sandro, inclinándose hacia la pequeña pantalla de la ecografía, con ganas de ver algo que aún no había visto.

—Este es un niño —señaló el que estaba a la izquierda.

—¿Entonces son dos niños? —Sandro se precipitó.

—No... Esta de aquí es una niña. Tendréis una pareja.

—¿En serio? —Abrí mucho los ojos.

La doctora asintió con la cabeza y yo sonreí, colocando las manos sobre el vientre y untándome los dedos de gel.

Sandro y yo nos miramos, pero él no dijo nada, quizá por la presencia de la doctora o quizá porque no había nada que decir.

—Voy a extraerle dos muestras más de sangre y enviarlas al laboratorio para hacerles los análisis de rutina. ¿Está tomando las vitaminas que le receté y la medicación para regular su tiroides?

—Sí, lo estoy haciendo.

—Muy bien. Cuídela —le dijo a Sandro.

—Déjalo en mis manos —aseguró él.

La doctora me extrajo sangre y luego recogió sus cosas, despidiéndose de nosotros antes de marcharse.

Pensé que Sandro la seguiría, pero se quedó conmigo en la habitación.

—¿Te estaba molestando mi madre? —preguntó con preocupación.

—La verdad es que no. Estaba siendo muy simpática, contándome cómo conoció a tu padre.

—¿Mi padre? —Frunció el ceño.

—Sí, ¿por qué?

—Por aquí no hablamos mucho de él.

—Desde que lo detuvieron —me atreví a deducir.

Sandro asintió.

—Debe de ser algo difícil de afrontar, pero al menos está vivo.

—Cadena perpetua. Es decir, solo saldrá de la cárcel en un ataúd. Así que no es como si fuera a volver a vernos.

—Al menos pueden hablar con él.

—Está en una prisión de máxima seguridad y evitamos hablar, sobre todo para que la policía no nos vigile.

—¿Tienes miedo de que te pase lo mismo?

—Es un riesgo de nuestro negocio.

Tragué saliva al ver cómo lo decía, como si fuera lo más sencillo y natural del mundo. Mafioso no estaba en la lista de profesiones que elegíamos al terminar el instituto.

—¿Y si cambias de sector? No sé, ¿por ejemplo, hacerte médico?

—¿Crees que tengo cara de médico?

—Ingeniero, entonces, cualquier otra cosa que aleje la posibilidad de acabar en la cárcel algún día.

—¿Crees que es tan sencillo? —Me miró con una mirada mortal y llena de juicios que me hizo encogerme.

—Yo-yo no sé —tartamudeé, completamente incómodo.

—Es un camino sin vuelta atrás, Agda —dijo en un tono firme e incuestionable.

—Parece que ni siquiera tuviste elección, tu padre te metió en esto.

—Así son las cosas.

—Entonces eso significa... —No pude terminar la frase mientras bajaba la cabeza y me acariciaba el vientre.

—No deberías pensar en eso ahora.

—Estamos hablando del futuro de mis hijos.

—Nuestros hijos —me corrigió con tono irritado.

—No quería que se vieran envueltos en ese mundo tuyo —admití, por mucho que mis palabras pudieran irritarlo.

—Es tarde para pensar en eso.

—¿Tarde?

—Incluso tú ya estás metida en ello.

—Yo no... —Recordé el secuestro y todo lo que había pasado, y me vi obligada a admitir para mí misma que él tenía razón.

Negué con la cabeza, abrazándome a mí misma al empezar a temblar de miedo. Quería que mis hijos estuvieran a salvo, no deseaba para mis bebés ni siquiera un atisbo de lo que yo había pasado, pero parecía demasiado tarde para eso.

—No quiero que les pase nada... —admití tras un largo momento de pánico.

—Oye —Sandro me tomó la cara y me hizo mirarlo a los ojos —. No dejaré que les pase nada. Te lo prometo.

—Pero ya han estado tan cerca.

Mentiría si dijera que ya no pensaba en mi terrible secuestro ni que ya no sufría por ello.

—No estabas bajo mi protección. Cometí un error, pero eso no volverá a pasar. Por eso tienes que quedarte aquí, bajo mi cuidado y el de mis hombres.

—¿Para siempre?

—El tiempo que sea necesario.

—¿Como una prisionera?

—No eres una prisionera, Agda. —Frunció los labios.

—No puedo ir a ningún sitio.

—Porque es peligroso.

—Ya no tengo una vida, amigos, ni siquiera una familia...



Sandro Velázquez

Capítulo 52

Aunque no había mucho que pudiera hacer, en el fondo comprendía sus quejas e imaginaba que debía de ser muy angustioso dejar toda su vida atrás y empezar a vivir en otro país. Sin embargo, si quería mantenerla a ella y a mis hijos a salvo, no había otra opción que mantenerlos donde pudiera vigilarlos constantemente.

—No tengo a nadie... —murmuró en voz baja.

—Te equivocas.

Ella retrocedió ante mi respuesta, encogiéndose como si no esperara que yo dijera algo así.

Agda empezó a negar con la cabeza, pero le sujeté cada lado de la cara con mis manos y hice que me mirara fijamente a los ojos.

—Me tienes a mí.

Sus ojos se abrieron aún más, dejando patente su total sorpresa.

—¿Me tienes?

—Sí, me tienes. Estoy aquí mismo.

—¿Protegiéndome?

—Más que eso.

Sabía lo que mis palabras podían significar y sonaban confusas incluso para mí, pero me daba cuenta de que mi hermano podría tener razón en lo que respecta a Agda y todo lo que la rodeaba. Había pensado que podría traerla a casa sin que ello tuviera ninguna consecuencia en mi vida personal, pero ya había quedado más que claro que no podía ser así.

—Sandro... —comenzó a murmurar, pero antes de que dijera nada, me incliné hacia ella y acorté la distancia entre nuestros labios.

Era hora de recordar las lecciones de mi padre y empezar a asumir las consecuencias de mis actos.

En el momento en que me acosté con esa chica y la dejé embarazada, la arrastré a mi mundo y tenía que cuidar de ella.

Sus labios suaves, con sabor a lágrimas, se entreabrieron, dejando que mi lengua se deslizara y se encontrara con la suya. Fui intensificando el beso cuando la agarré por la cintura y la atraje hacia mi regazo, hasta sentarla frente a mí.

Por mucho que su barriga hubiera crecido considerablemente, aún no era lo suficientemente grande como para impedir que nos quedáramos en esa posición.

Subí con las manos por su nuca, enredando mis dedos en su cabello castaño y suave mientras mordisqueaba su fino labio; el beso se volvió más hambriento y aceleró aquella deliciosa búsqueda de su sabor.

Sus delicadas manos recorrieron mis hombros hasta que sus brazos envolvieron mi cuello, mientras los míos bajaban hasta su cintura y le subían la camiseta. Agda se vio obligada a levantar los brazos mientras yo empezaba a desnudarla.

Arrojé su blusa a los pies de la cama antes de agarrar su cintura y girar su cuerpo, tumbándola frente a mí sobre el colchón. Cuando mis dientes encontraron su cuello, ella reaccionó, estremeciéndose y agarrándome del pelo.

Mis manos recorrían la parte inferior de su cuerpo, liberándola de los pantalones cortos y las braguitas mientras mi boca trazaba el contorno de su cuello, dejándole chupetones y mordiscos y disfrutando del sabor dulce y la suavidad de su piel.

Ella dejó escapar un gemido que ahogué con mi boca mientras le bajaba las bragas de un tirón y la dejaba solo en sujetador. Entrelacé mi lengua con la suya mientras mis dedos exploraban su sexo, buscando el punto que la hacía retorcerse debajo de mí.

Mordí, besé y devoré sus labios al introducir un dedo en ella, sintiendo cómo su humedad lo empapaba y las contracciones de su canal lo envolvían.

Noté que Agda se esforzaba por no gemir, pero sus ojos se ponían en blanco y su cabeza se hundía más en la cama mientras el placer le recorría el cuerpo.

Con el dedo aún dentro de ella, empecé a bajar con la boca, usando mis dientes y la mano libre para quitarle el sujetador. Los pechos también se estaban haciendo más grandes y chupé cada uno de ellos, endureciendo aún más los pezones. Recorrí el valle entre ellos con la lengua y seguí bajando hasta encajar la cabeza entre sus muslos.

Agda se retorció aún más, clavando las uñas en la colcha cuando le lamí el clítoris, llenándome la boca de su sabor. Saqué el dedo de dentro de ella, sustituyéndolo por mi lengua y agarrando la

parte interna de sus muslos, manteniéndolos bien abiertos mientras la chupaba, lamía y penetraba.

—Sandro... —murmuró mi nombre sin poder contenerse. —Ah...

—Shhh...

—¡Oh, Dios mío! —Se retorció, intentando involuntariamente cerrar los muslos, pero hundí aún más el dedo en su piel, manteniéndola abierta para mí.

Seguí metiéndole la lengua hasta que se derrumbó y sus suspiros y jadeos me indicaron que había llegado al clímax. No esperé a que se recuperara antes de darle la vuelta en la cama; mis manos se hundieron en sus nalgas y le levanté la cadera, poniéndola a cuatro patas frente a mí.

Me aparté solo para desabrocharme los pantalones, bajándolos junto con los calzoncillos, y apoyé una rodilla sobre el colchón, agarrándola de nuevo y tirando de ella hacia mí. Con las manos en ese culo precioso y perfectamente redondo, la penetré hasta sentir el fondo y fue mi turno de contener los gemidos cuando su canal deliciosamente húmedo me envolvió.

Agda giró la cabeza para mirarme y yo empecé a moverme, sintiendo cómo sus contracciones me envolvían con cada embestida. Saqué una de las manos de su nuca y le tiré del pelo, levantándola por la coleta para poder ver cómo sus pechos se balanceaban con cada golpe de mi cuerpo.

En una búsqueda desesperada de mi propio clímax, la penetré cada vez más rápido y con más ímpetu, deteniéndome solo cuando mi chorro la llenó. Di unas cuantas embestidas más, disfrutando de las últimas gotas de placer antes de apartarme.

—Esto es injusto —murmuró ella, rodando por la cama y girándose hacia mí, despertándome las ganas de volver a empezar. Sin duda tendrían que cambiarle las sábanas después de aquella tarde.

—¿Por qué injusto? —Me incliné hacia ella, hundiendo las rodillas en el sofá mientras avanzaba hacia ella.

—No puedo gemir.

Esbocé una amplia sonrisa antes de morderle el labio inferior y tirar de él hasta que chasqueó.

—¡Ay! —dio un gritito.

—A mí me parece un gemido —me burlé.

—Me has entendido. —Se quedó seria, con el rostro impasible.

—Entendido. —Me acomodé entre sus muslos y volví a penetrarla—. Quieres que todos lo sepan.

—No creo que sean tan tontos. —Se le sonrojaron las mejillas.

—Entonces no hace falta que te contengas.

—No hace falta que sea tan evidente.

Me reí y ella se retorció cuando la penetré aún más profundamente.

—Te llevaré a algún lugar donde no tengas que preocuparte.

—¿En serio?

Asentí con la cabeza.

—Pero será otro día. —Volví a moverme y nos perdimos en las sensaciones.



Agda Martins

Capítulo 53

Sandro había dicho muchas cosas, había hecho promesas en silencio y, después de eso, nos acostamos muchas veces, pero nuestra relación aún no tenía nombre. Aunque mi cordura me decía que no deberíamos tenerla, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Después de la conversación que tuve con su madre, comprendí que, una vez que nos habíamos cruzado en el camino de esa familia, nuestra vida nunca volvería a ser la misma.

Mentiría si dijera que no había una parte de mí desesperada por volver a casa, por recuperar a mis amigos y el cariño de mis padres; sin embargo, mi razón ya había aceptado que eso ya no sería posible. Desde que me quedé embarazada de Sandro, era como si me hubieran puesto una diana en la espalda y la vida segura de una ciudadana brasileña sin riesgos nunca volvería a ser mía.

Incluso cuando nacieran los bebés, seguirían persiguiéndome; me había convertido en un blanco para siempre.

Cuanto más aprendía a hablar español, más aceptaba que aquel sería mi hogar por tiempo indefinido.

Sandro había dormido conmigo esa noche, algo que empezaba a convertirse en una costumbre tras nuestro segundo polvo, que acabó transformándose en varios más después.

Se despertó y se fue temprano; mi mente adormilada había supuesto que el sol ni siquiera había salido a esa hora. Seguí durmiendo hasta que mi móvil empezó a vibrar sobre las nueve de la mañana.

Alargué la mano para cogerlo y vi que mi madre me estaba llamando por videollamada. Ver mi cara era lo mínimo que aceptaba para asegurarse de que estaba bien. Todavía estaba en proceso de aceptar la idea de que ahora vivía con el padre de mis bebés en otro país.

—¡Hola, mamá! —Me froté los ojos con una mano, sujetando el móvil con la otra mientras me sentaba en la cama.

—Agda, ¿qué ha pasado? Pareces rara.

—Solo estaba durmiendo, mamá. —Me pasé la mano por el pelo, echándomelo hacia atrás.

—¿No puedo preocuparme?

—Claro que puedes.

—Necesito una dirección.

—¿Eh? —Fruncí el ceño, confundida—. ¿Para qué?

—Quiero ir a verte, claro.

—¿Por qué, mamá?

—¿No puedo ver a mi hija, que lleva meses desaparecida?

—No he desaparecido.

—¿No? Entonces puedo empezar con lo del secuestro...

—Mamá...

—¿No dijiste que estabas a salvo?

—Y lo estoy.

—Entonces, ¿por qué no puedo verte?

—Se lo diré a Sandro, ¿vale?

—¿Por qué? ¿Crees que no querrá que vaya?

—Usted no querría que la madre de papá se presentara en su casa sin avisar, ¿verdad?

Se mordió el labio inferior e hizo una mueca, pero acabó asintiendo con la cabeza al verse obligada a dar la razón.

—Pero voy a ir de todas formas.

—Solo déjame hablar con él, ¿vale?

—Está bien —asintió—. ¿Cómo están los bebés?

—Bien. —Sonreí mientras acariciaba mi barriga—. Una doctora viene a vernos con frecuencia.

—Eso es importante, no puedes descuidar los cuidados.

—No lo haré.

—Me alegra saber que estás bien.

—Igualmente.

—Solo dime pronto cuándo podré ir.

—En cuanto hable con Sandro te lo digo, ¿vale?

—Sí.

Todavía tenía la mirada fija en la foto de mi madre en la pantalla de mi móvil cuando, para mi sorpresa, llegó un mensaje de Sandro.

—Mamá, tengo que colgar ahora.

—¿Ha pasado algo?

—No, solo tengo que irme.

—Vale. Hablamos luego.

—Besos, mamá.

—Te quiero, Agda.

—Yo también te quiero, mamá.

Colgué la llamada con ella y bajé la barra de notificaciones para ver el mensaje que me había enviado Sandro.

Sandro:

Estoy ocupándome de unos asuntos, pero a última hora de la tarde iré a recogerte para que salgamos.

Agda:

¿Adónde?

Sandro:

No te voy a estropear la sorpresa.

Agda:

Estoy hinchada como un globo.

Sandro:

A mí me parece preciosa.

Agda:

En serio, la ropa ya ni siquiera me queda bien. No consigo sentirme bien con nada.

Sandro:

No estoy de acuerdo con eso.

Agda:

¿En lo de que se me nota la barriga con las camisetas?

Sandro:

Vale. Voy a comprar algo y pediré que te lo envíen.

Agda:

Gracias.

Sandro:

Nos vemos luego.

Agda:

Vale.:*

Admito que me emocioné mucho ante la posibilidad de salir. Pasaba día tras día en esa habitación y a veces era para volverse loca. Aunque sabía que no era seguro estar ahí fuera, en algunos momentos me entraban ganas de salir corriendo y gritando.

Como mi español mejoraba cada vez más, incluso conseguía hablar con las hermanas de Sandro y los empleados, pero me daba miedo molestarles y acababa volviendo a la habitación.

Parecía que me iba a llevar mucho más tiempo acostumbrarme a esa nueva vida; los meses que habían pasado aún no habían sido suficientes.

Bajé a comer y hablé con Alma sobre las flores del jardín. La mayor interactuaba menos conmigo, parecía que no le gustaba mucho comunicarse, o quizá yo había hecho algo. Porque a veces oía a la menor decir que no siempre había sido así.

Ya estaba a punto de volver a la habitación cuando uno de los hombres entró en la sala cargando una caja negra con un lazo blanco y me llamó.

—¿Señora Agda?

—¿Qué pasa?

—El jefe se lo ha enviado. —Me tendió la caja.

—¡Ah, gracias! —Esbocé una amplia sonrisa.

—De nada —asintió con la cabeza y se alejó.

—¿Qué es eso? —Alma se acercó, curiosa.

—Me lo ha mandado tu hermano.

—Eso ya lo oí. ¿Sabes qué es?

—No estoy segura.

—¡Pues ábrelo!

—Lo abriré. —Me reí.

Puse la caja sobre la mesa del salón y desaté el bonito lazo antes de quitar la tapa. Alma se asomó tanto que ni siquiera pude ver bien lo que había dentro.

—¡Vaya! —exclamó ella—. Qué bonito.

Con delicadeza, la aparté a un lado para ver mejor lo que había dentro. Era un precioso vestido azul claro, de tela ligera y con la falda holgada, para que mi barriga estuviera bien cómoda. Junto con él también había unas sandalias planas y un conjunto de lencería negra de encaje que parecía minúsculo y me hizo sonrojar.

Volví a poner la tapa, intentando evitar que Alma lo viera, aunque en el fondo sabía que ya era demasiado tarde.

—¿Vais a salir hoy? —preguntó ella.

Asentí con la cabeza.

—La verdad es que mi hermano tiene buen gusto —dijo encogiéndose de hombros.

—Sí. —Cogí la caja y la levanté por encima de mi barriga para poder llevarla—. Voy a arreglarme.

—Que te diviertas.

—Gracias.

Fui balanceándome hasta el segundo piso y dejé la caja sobre la cama para entrar en el baño.

Admito que estaba emocionada y eso fue bueno, porque hacía mucho tiempo que no me sentía así.



Sandro Velázquez

Capítulo 54

Llevaba meses persiguiendo a un fantasma. Ramón Hernández era mucho mejor ocultando sus pasos de lo que me hubiera gustado. Era obvio que el abogado había desaparecido tras mi amenaza, solo Joaquim pensaba que sería diferente. Después de eso, todos los aliados cercanos a Ramón que encontré murieron antes de darme ninguna pista relevante.

En algún momento incluso pensé que podríamos descansar y que habían dejado de perseguirnos, pero probablemente lo que él esperaba era que bajáramos la guardia para atacar de nuevo.

Tenía que mantenerme alerta, pero eso no significaba que tuviera que mantener a Agda como una prisionera.

Sería bueno para ella, para los dos, pasar un rato lejos de aquella casa. Por mucho que todos supieran ya de nuestra relación, la intimidad no era la mejor. Incluso había pensado en comprar una

casa solo para nosotros dos, pero pronto descarté la idea, porque no sería bueno dejarla sola y más vulnerable mientras yo resolvía los asuntos del cártel. Lo mejor era dejarla con mi familia.

A pesar de eso, había hecho planes para esa noche. Empezaríamos en uno de los mejores restaurantes de la ciudad y luego iríamos a una suite presidencial en uno de los hoteles de lujo de la región que utilizábamos para blanquear dinero.

Hubiera estado bien que pudiéramos estar solos los dos, sin tantos guardias de seguridad, pero no podía correr el riesgo de que ella o mis bebés resultaran heridos.

En cuanto aparqué en el garaje de casa, me toqué el bolsillo y noté la cajita del anillo que había comprado para pedirle matrimonio.

Cada vez estaba más seguro de que la propuesta de matrimonio era lo más adecuado. Había dejado de engañarme y me había dado cuenta de que, desde que ella llegó, no había tenido tiempo para otra mujer, ni parecía apropiado ante todo lo que había pasado.

Entré en casa, oyendo las voces de mi hermana y de mi madre. Pensé que solo estarían hablando entre ellas, pero cuando entré en la habitación, vi que Agda estaba con ellas.

De pie en el salón, mi chica llevaba el vestido que le había comprado. La falda caía alrededor de su cuerpo, ondeando como un velo sobre su vientre grande y redondo. Ella solo estaba de seis meses de embarazo, pero el hecho de que fueran gemelos la hacía parecer algo más grande.

—¡Sandro! —Cuando se giró hacia mí, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

La encontré aún más guapa, con un maquillaje sutil y el pelo peinado, probablemente con algunos detalles añadidos por Alma.

—Hola. —Le devolví la sonrisa. —¿Lista para irnos?

Asintió con la cabeza, dando a entender que sí.

—¿Adónde vais? —quiso saber mi madre.

La miré fijamente, sin decir nada, y ella retrocedió, arrepintiéndose de la pregunta.

—Está bien, que os divirtáis.

Le tendí la mano a Agda, ella la agarró y la atraje hacia mí.

—Estás preciosa —le susurré.

—Gracias.

—¿Nos vamos?

Ella asintió con la cabeza. Se despidió de mi familia con la mano y yo le puse la mano en la cintura, llevándola hacia el garaje, de vuelta a mi coche.

Su aroma era aún mejor y admito que todo el conjunto me dejó mucho más interesado.

Durante el trayecto hasta llegar al coche, le di varios mordiscos y besos en el cuello hasta hacerla retorcerse por completo.

—¡Sandro! —me reprendió.

—¿Qué pasa?

—Nos están mirando. —Me empujó el pecho.

Miré a mi alrededor y vi que mis hombres estaban en la furgoneta, cerca del coche, esperando a que partiéramos para seguirnos. Estaba tan acostumbrado a su presencia que no me molestaba, pero para Agda no era así.

—No pasa nada. —Mantuve la sonrisa mientras le abría la puerta del copiloto de mi coche para que se acomodara, ayudándola a meter el vestido dentro.

Di la vuelta al coche y salí del garaje.

En cuanto salimos a la calle, sujeté el volante con una sola mano y extendí la otra para posarla sobre su muslo. Agda me sonrió y entrelazó sus delgados dedos con los míos.

—Estoy deseando ver adónde me vas a llevar.

—¿De verdad?

—Sí.

—Espero que te guste.

—¿Por qué no me iba a gustar? —Se mesó el suave cabello, dejando escapar una risita que aumentó aún más mis ganas de besarla.

—No lo sé.

—A menos que me estés tendiendo una trampa.

—Puedes estar seguro de que no.

—Entonces está perfecto.



Agda Martins

Capítulo 55

Estaba muy feliz y emocionada por tener por fin un momento de pareja con Sandro. No es que me quejara del sexo en su casa, estaba bien, pero me sentía como una adolescente haciendo cosas a escondidas de mis padres, por mucho que los dos fuéramos adultos y fuéramos a tener hijos pronto.

Después de haber pasado tanto tiempo con miedo de todo aquello y desesperada por volver a casa, empecé a ver mi realidad y a darme cuenta de que podría encontrar algo de felicidad allí.

¿Si todavía tenía miedo? ¡Era obvio! Sería imposible olvidar en qué estaban metidos Sandro y el resto de la familia. No significaba que lo aprobara, pero mi opinión parecía completamente irrelevante. Al final, me había conformado con creer que si no me involucraba, la policía no me vería como un objetivo.

Ya había sufrido por los miles de motivos para tener miedo y, si vivía pensando solo en eso, sin duda me volvería loca. Había aceptado que necesitaba encontrar motivos para ser feliz. Sandro era un hombre guapo y encantador en los momentos adecuados, y extremadamente amenazante en otros. Lo cual también estaba bien si lo usaba para protegerme.

Mi estómago gruñó y él se echó a reír.

—Parece que tienes hambre.

—Estoy comiendo por tres —murmuré algo avergonzada.

—Pensándolo bien. Llegaremos al restaurante enseguida.

—¿Entonces la primera parada es un restaurante? —Sandro acababa de delatar nuestro itinerario.

—¿Por qué crees que es la primera parada?

—Dijiste que me llevarías a un lugar donde pudiera gemir. No creo que un restaurante sea el más adecuado.

—¡Qué traviesa! —Se rió y yo aparté la cara, con las mejillas enrojecidas por la vergüenza que me produjo el comentario.

Si él no fuera ya un hombre lo suficientemente atractivo, admito que, a medida que avanzaba el embarazo, mis ganas de tener sexo no habían hecho más que crecer. Por suerte, podía culpar a las hormonas, que estaban completamente desreguladas.

Uno de mis bebés se movió y sonreí mientras llevaba la mano de Sandro hacia esa zona.

—¡Hola, hijo!

—¿Hijo? ¿Y si es una niña?

Él se rió.

—¿Eres tú, hija?

Mi barriga volvió a moverse.

—¿Lo ves?

—Está... —Sandro no tuvo tiempo de hablar, porque vi unos faros altos que venían hacia nosotros y la luz me obligó a cerrar los ojos antes de sentir que todo mi cuerpo daba vueltas.

La sensación fue como estar dentro de una licuadora, girando y girando mientras el sonido del metal y del vidrio resonaba en mi cabeza.

—¡Agda! —oí el grito de Sandro, pero parecía venir de muy lejos, como si estuviera a miles de kilómetros de mí.

—Sandro... —murmuré su nombre antes de que todo se quedara completamente a oscuras.



Sandro Velázquez

Capítulo 56

Solo comprendí que habíamos tenido un accidente cuando el coche dejó de dar vueltas, con las ruedas hacia arriba y yo boca abajo. Estaba demasiado mareado para verlo con claridad y la oscuridad no ayudaba en absoluto.

Sentí un olor terrible y metálico a sangre y empecé a oír el sonido de gotas cayendo sobre el techo del coche.

—¡Agda! —grité llamándola, pero no obtuve respuesta alguna, lo que aumentó mi angustia.

Antes de que pudiera pensar con claridad qué hacer, empecé a oír disparos y noté que rebotaban contra la carrocería del coche.

Había disparos en dirección contraria e imaginé que mis hombres estaban respondiendo a quienquiera que fuera el responsable de que mi coche se hubiera volcado.

Por muy peligroso que pareciera ahí fuera, lo único en lo que podía pensar era en Agda y en mi necesidad de sacarla de allí lo antes posible. Estaba inconsciente y eso solo me angustiaba mucho ante la posibilidad de que le pasara algo a ella o a mis bebés.

Intenté soltarme el cinturón, tirando de él hasta que el cierre atascado finalmente me liberó. Y caí con fuerza contra el techo del coche.

—¡Agda!

Pensé en soltarla, pero supuse que el impacto de la caída podría agravar sus lesiones y, en la posición en la que estaba, no podría sujetarla con mis brazos.

Lo único que tenía que hacer era sacarla de allí sana y salva, con cuidado. Para ello, tenía que asegurarme de que no hubiera nadie más dispuesto a hacerle daño.

Me retorcí, intentando sacar mi arma de la guantera, y la saqué junto con otro cargador de balas.

Solo pude abrir la puerta del conductor, que estaba abollada por el accidente, lo que me dificultaba abrirla, y tuve que darle una patada con todas mis fuerzas para forzar su apertura. Rodé hacia fuera, arrastrándome por el asfalto, mientras seguía oyendo la lluvia de disparos en ambas direcciones.

Utilicé la puerta de mi coche para protegerme mientras parpadeaba e intentaba comprender mejor lo que estaba pasando y orientarme.

Mis hombres estaban en la furgoneta detrás de mí, disparando contra unos veinte tipos que hacían todo lo posible por alcanzarme, pero sus disparos eran detenidos por la carrocería blindada de mi coche. Extendí mi arma algo más hacia un lado, apuntando antes de disparar un tiro que alcanzó a uno de los hombres en el hombro y lo hizo caer hacia atrás.

Mi disparo certero solo atrajo aún más atención hacia mí. Sabía que era el objetivo principal y no se molestaron en ocultarlo.

Agda...

Su nombre resonó en mi mente y supe que tenía que deshacerme de esos tipos lo antes posible para poder llevarla a un hospital.

Disparé unas cuantas veces más, alcanzando a otros dos antes de tener que recargar. Solo me quedaban diez balas y, si no era necesario, volvería a convertirme en un blanco fácil.

Mientras intentaba pensar en un plan, miré el vehículo en el que estaban; era un coche grande, pero con varios agujeros de bala en la carrocería, señal de que no estaba blindado. Busqué con algo más de atención hasta que vi la tapa del depósito de combustible y apunté hacia ella; el vehículo explotó.

Todo quedó consumido por el fuego, incluidos los hombres que se protegían detrás del coche.

La distracción hizo que los demás bajasen la guardia y fue suficiente para que mis hombres se acercasen y acabasen con ellos.

—¡Agda!

Di la vuelta al coche y tiré de la puerta de su lado.

—¡Ayudadme aquí! —grité a mis hombres y dos de ellos vinieron corriendo.

Joaquim no estaba allí. Le había dado permiso para que se quedara con su familia, pues había sido lo suficientemente ingenuo como para pensar que no había nada de qué preocuparme. Aquello había sido un error gigantesco.

—Señor...

—Desabrocha el cinturón mientras yo la sujeto.

El hombre asintió, esperando a que me colocara en posición antes de soltar a Agda, y mi chica embarazada cayó en mis brazos.

La saqué del coche, sujetándola contra mi pecho hasta que la luz de una farola reveló el corte que tenía en la frente, del que manaba mucha sangre. Desde luego, no estaba bien y tenía que llevarla a un hospital cuanto antes.

—¡Vamos! —les grité a los hombres, dirigiéndome hacia la furgoneta, ya que mi coche estaba completamente destrozado.

Me senté en uno de los asientos con ella en mi regazo y el conductor condujo lo más rápido posible, superando el límite de velocidad para que llegáramos al hospital más cercano.

En cuanto la furgoneta se detuvo frente a urgencias, uno de los hombres abrió la puerta corredera y yo bajé con Agda en brazos.

—¡Socorro! —grité con fuerza y desesperación, pensando en todo lo que le podría estar pasando y en la posible gravedad de sus heridas.

En cuanto me vieron, unas personas uniformadas —no sabía si eran médicos o enfermeros—se dirigieron hacia mí empujando una camilla.

—Tienes que ponerla aquí.

—No se encuentra bien —sollocé.

—Haremos todo lo posible por ayudarla. —Una mujer de unos cincuenta años, con el pelo rizado, me dirigió una sonrisa acogedora para intentar calmarme, pero la cosa estaba lejos de ser tan sencilla.

—Pero... —intenté agarrarle la mano, pero siguieron empujando la camilla y apartándome hasta que tuve que soltar la mano de Agda. —¡Está embarazada! —grité, aunque el tamaño de su barriga ya lo decía todo.

Me quedé paralizado unos instantes hasta que la camilla pasó por unas puertas dobles, donde ponía «entrada solo para personal autorizado».

—Tengo que ir con ella. —Intenté pasar, pero un guardia de seguridad me detuvo, empujándome en el pecho y haciéndome retroceder unos pasos.

—Tiene que esperar aquí fuera.

—¡Soy su marido! —No era del todo cierto y el anillo de compromiso pesó aún más en mi bolsillo, junto con mi remordimiento por no haberle pedido matrimonio antes.

—Precisamente por eso, tiene que quedarse aquí y dejar que el equipo haga su trabajo para salvarla.

—Pero...

—Quédese aquí fuera, señor.

Desorientado, no tuve más remedio que retroceder hacia la recepción y sentarme en una de las sillas de plástico mientras desconocía cuál era el verdadero estado de Agda y de mis hijos.

Una mujer con bata blanca se me acercó e intentó tocarme la frente, pero antes de que lo consiguiera aparté su mano por impulso.

—Tienes un corte bastante feo.

—Estoy bien.

—Seguramente necesites unos puntos.

—Ya te he dicho que estoy bien.

—Pero...

—No te metas.

—Esto puede empeorar, señor.

—Solo quiero saber cómo está Agda.

—El equipo médico hará todo lo posible por ella; mientras tanto, es mejor que también se cuide usted.

—No hace falta...

—No sea terco, señor.

Le gruñí y la mujer acabó retrocediendo.

Nada me parecía más importante que el bienestar de Agda y de mis bebés.



Sandro Velázquez

Capítulo 57

—¡Ay, hijo mío! —Vi a mi madre aparecer en el horizonte acompañada de Miguel y correr hacia mí para darme un abrazo, envolviéndome en sus brazos y me hizo sentir aún más incómodo hasta que la empujé.

—¡Suéltame!

—Lo siento...

—¿Qué hacéis aquí? —Los miré con expresión seria.

—Vinimos aquí en cuanto nos enteramos de lo que había pasado —dijo Miguel.

—No es seguro.

—He puesto a más hombres ahí fuera para asegurarme de que los de Ramón se mantengan alejados.

—Tengo que matar a ese desgraciado...

—¡Quédate aquí! —Miguel me agarró por los hombros y me hizo retroceder.

—Tengo que...

—Lo que tienes que hacer ahora es cuidar de Agda y de tus hijos. Ya es hora de que yo mismo me encargue de ese desgraciado.

—Miguel...

—Concéntrate en tu familia. Yo me encargaré de esto.

Acabé asintiendo. Por mucho que me consumiera un fuerte e intenso deseo de venganza, mi preocupación era mayor.

—¡Estás herido! —Mi madre me sujetó la cabeza y me la giró de un lado a otro para verlo mejor.

—Estoy bien...

—Sandro, esto necesita puntos.

—Ya he hablado con él —murmuró la enfermera que estaba allí en recepción.

—Arregla esto, por favor —pidió mi madre.

—No te metas —murmuré.

—También tienes que cuidarte a ti mismo. —Cruzó los brazos con expresión seria.

—Escucha lo que dice nuestra madre —me aconsejó Miguel.

—Solo quiero saber cómo están... —confesé.

—Mientras esperas, puedes ocuparte de eso —Miguel señaló mi herida y yo acabé asintiendo con la cabeza.

—Vale, voy a echarle un vistazo.

—¡Genial! —Miguel me dedicó una media sonrisa antes de volverse hacia mi madre—. Cuida de él, que yo me encargaré de

proteger a nuestra familia.

Mi madre asintió y Miguel hizo un gesto con la mano, despidiéndose.

—Debería ir con él... —murmuré.

—Debes quedarte aquí, con ella...

—Pero nadie dice nada y no me han dejado entrar —confesé mi malestar.

—Esperaremos aquí. —Mi madre se acomodó en la silla de plástico mientras yo dejaba que la enfermera me guiara hasta una de las salas de urgencias para que me pusieran puntos en la herida.

***

Pareció una eternidad hasta que apareció alguien para darnos noticias después de que se llevaran a Agda.

Estaba inquieto, dando patadas en el suelo y masticando con la boca vacía. Lo único que me impedía ir a por los médicos y empezar a disparar era que mi madre me lo impedía.

Tener que esperar sin hacer nada fue lo peor y me consumía con cada minuto que pasaba, dejándome aún más desesperado y con el corazón a punto de salirse del pecho. No era nada fácil y solo quería que acabara.

¡Necesito noticias!

Me levanté de un salto, paseándome de un lado a otro hasta que mi madre me llamó la atención.

—¡Sandro!

La miré con gesto de fastidio.

—Eso no va a ayudar en nada.

—Solo necesito... —Dejé de hablar cuando vi a la misma doctora de pelo rizado venir hacia mí.

Me detuve frente a ella incluso antes de que mencionara que tenía intención de hablar conmigo.

—¿Cómo están? —alzé la voz, exigiendo que me respondiera.

—Los gemelos estaban en sufrimiento fetal y tuvimos que hacer una cesárea de emergencia. Los han trasladado a la UCI neonatal.

—¿Pero se pondrán bien? —Mi corazón dejó de latir por un instante mientras esperaba la respuesta de la doctora.

—Están en observación, aún es pronto para saberlo, pero todo el equipo de pediatría está haciendo todo lo posible.

—Si necesitan dinero, cualquier cosa... —empecé a decir, pero me interrumpieron.

—Se lo haremos saber.

—¿Y Agda? —Volví a contener la respiración—. ¿Cómo está?

—También en observación. Ha sufrido algunas contusiones y hemorragias, pero ninguna lesión grave; sin embargo, le han practicado una cesárea de urgencia y tendrá que recuperarse.

—¿Cuándo podré verla?

—En dos horas, cuando la trasladen de la sala de recuperación a la habitación.

—¿Dos horas más?

Sentí la mano de mi madre en mi hombro, obligándome a girarme hacia ella y mirarla a los ojos.

—Tranquilo.

—Pero...

—Enseguida podrás verla.

Resoplé, pero no dije nada.



Agda Martins

Capítulo 58

Me dolía todo el cuerpo y me costaba mucho abrir los ojos. Me latía tanto la cabeza que era como si sintiera una presión insoportable en las sienes.

Lo único que recordaba era que iba de camino a un día romántico en pareja con Sandro cuando el coche empezó a dar vueltas de campana y todo se quedó a oscuras.

—Sandro... —Lo llamé mientras me esforzaba aún más por abrir los ojos.

Me encontré con un techo blanco, muy diferente del coche en el que debería estar. Me moví algo y noté que estaba tumbada en un colchón blando, con una vía en el brazo.

Todavía estaba completamente aturdida y no logré comprender de inmediato dónde estaba, pero mi primer instinto fue

ponerme la mano en el vientre.

Seguía estando abultada, pero parecía flácida y no dura como antes. Sentí un terrible opresión en el pecho que me sumió en la desesperación.

—¡Mis bebés... ¡Dónde están mis bebés! —grité.

Intenté girarme y salir de esa camilla para averiguar qué estaba pasando, pero antes de hacerlo, las manos de una mujer me lo impidieron.

—Oye, no puedes bajarte. —Me sujetó, empujándome hacia atrás.

—¡Tengo que hacerlo!

—Todavía tienes que recuperarte, te han hecho una cesárea de urgencia.

Cesárea...

La palabra resonaba en mi mente y parecía explicar el hecho de que mis bebés no estuvieran en mi vientre.

—¡¿Quién me ha arrancado a mis bebés?! —exigí, esperando lo peor. —Aún no estaban preparados...

—Lo siento...

—¿Lo sientes? —sollocé. —Ellos... ellos no...

—Lo único que sé es que están en la UCI.

—¿Vivos? —Mi corazón había dejado de latir desde que dejé de sentirles en mi vientre, pero al hacer esa pregunta, también dejé de respirar.

La mujer se limitó a asentir con un movimiento de cabeza.

—Pero luego vendrá un médico a tu habitación para explicarte mejor la situación.

Puede que ella estuviera intentando tranquilizarme, pero yo no me sentía nada tranquila. Lo único que quería eran a mis bebés y...

—¿Dónde está Sandro? —La única imagen que tenía de él era en el coche volcando y eso no hacía más que aumentar mi desesperación. —Él...

—No lo sé, señora —respondió mientras retiraba la bolsa de suero del soporte y la apoyaba en la cama antes de empezar a empujarme.

—¿Adónde me lleva?

—A la habitación.

—¿Dónde estoy? —Miré mejor a mi alrededor, apretando los párpados para ver con más detalle, ya que mi visión aún parecía muy borrosa.

—En la sala de recuperación.

No dije nada más. Una parte de mí quería salir corriendo y averiguar dónde estaban mis bebés, pero aún sentía como si todo mi cuerpo se hubiera hecho mil pedazos. Mi sentido común me decía claramente que no iba a poder llegar muy lejos en esa situación.

No tenía fuerzas ni para mantenerme en pie.

La mujer empujó mi camilla hasta el ascensor y luego me acomodó junto a una cama de hospital en una habitación acogedora.

Me ayudó a pasar de la camilla a la cama y me enseñó el botón que podía pulsar si necesitaba ayuda. Luego me quedé sola en aquella habitación, con un enorme nudo en el pecho y sin saber qué había pasado.

Tardó unos minutos, o una eternidad entera, en que la puerta se abriera de nuevo y Sandro entrara por ella.

En los pocos segundos que tardó en cruzar la puerta y llegar hasta la cama, vi un vendaje en su frente; parecía pequeño y, aparte

de algunos rasguños y moratones, no vi ningún otro indicio de que estuviera gravemente herido.

—¡Sandro! —Intenté inclinarme hacia él, pero me sujetó por los hombros y me empujó hacia atrás.

—Quédate ahí, necesitas recuperarte.

—Y tú... —tartamudeé.

—Estoy bien.

—¿Estás seguro?

—Soy más duro que cualquier caída, amor. —Me guiñó un ojo y me quedé completamente paralizada, porque no esperaba que me llamara así.

—¿Cómo te sientes? —preguntó su madre, cuya presencia no había notado hasta ese momento.

—Agotada —confesé.

—Ha sufrido un accidente, ha pasado por una operación, es normal. Le llevará un tiempo recuperarse.

Sandro me tomó la mano entre las suyas y me dio un beso en el dorso, antes de mirarme y sonreír.

—Solo quiero que te recuperes.

—Gracias. —Suspiré unos instantes antes de volver a preocuparme de nuevo—. Nuestros bebés...

—Me han dicho que cuando te sientas mejor podremos verlos.

—Quiero verlos ahora.

—Está bien. —Sandro se inclinó y me dio un beso en la frente.

Salió de la habitación y volvió al cabo de unos instantes con una mujer que empujaba una silla de ruedas. Me ayudaron a

sentarme en ella y luego nos dirigimos al ascensor, subiendo a la planta donde estaban mis gemelos.

Pasamos junto a varias incubadoras hasta que nos detuvimos ante dos en las que, según nos dijeron, estaban nuestros bebés. Eran tan pequeñitos y frágiles que me costaba creer que hubieran salido de mi enorme barriga.

Puse la mano sobre el cristal, mirando dentro y sintiendo que se me encogía aún más el corazón. No esperaba pasar por aquello. Había deseado tanto que nacieran fuertes y sanos.

Una pediatra se presentó diciendo que era la encargada de cuidarlos y solo había una cosa que quería saber.

—¿Mis bebés se pondrán bien?

—Estas primeras veinticuatro horas son las más críticas, pero tengo buenas razones para creer que sí.

—¿Creer? —Sandro también estaba tenso.

—Tengan fe.

Era lo único que más deseaba tener.



Sandro Velázquez

Capítulo 59

Dos meses después...

Viví cada día de esos últimos meses como si fueran los más angustiosos de mi vida. Sentía tormento y desesperación cada noche que me despertaba con Agda llorando, temerosa de que algo pudiera pasarles a nuestros bebés. No estaba siendo nada fácil esperar mientras ella también se recuperaba del parto.

Descubrí que era capaz de servir de pilar y apoyo como ni yo mismo creía posible.

Cada día que pasaba solo quería que fuéramos capaces de afrontar aquello juntos, de la mejor manera posible.

Sin duda, fue uno de los mejores días de mi vida cuando mis bebés recibieron el alta y por fin pudimos llevárnoslos a casa y

tenerlos en el lugar donde creía que estarían más seguros en el mundo.

Acosté a Diego en una cuna mientras Agda acostaba a Dulce en la otra. Todavía eran tan pequeñitos que parecían caber en la palma de mi mano, pero la doctora nos había asegurado que se habían recuperado bien y que tenían todas las posibilidades de crecer fuertes y sanos a pesar de ser prematuros.

—Se van a poner bien, ¿verdad? —Agda todavía estaba preocupada cuando se acercó a mí.

—Claro que sí. —La rodeé por la cintura y la atraje hacia mí —. Son Velásquez. Serán fuertes y luchadores.

—Es lo único que espero —suspiró—. Todavía parecen tan pequeñitos y frágiles.

—Creo que los bebés son así.

Ella asintió con la cabeza y le di un beso en la frente.

—Dejémoslos dormir. —Encendí la cámara que estaba en lo alto y nos permitiría ver las dos cunas.



Agda Martins

Capítulo 60

Mi corazón seguía angustiado cuando Sandro me llevó de vuelta al dormitorio. Habían sido días muy difíciles, pero por fin mis bebés estaban con nosotros y eso me quitaba un peso enorme de encima.

Los gemelos habían cambiado mi vida, me habían hecho pasar por momentos desesperantes, pero sin duda eran lo mejor de mi vida. Ya no podía imaginarme sin ser su madre.

Después de dejar a los bebés en la cuna, Sandro me llevó de vuelta a nuestra habitación. Sabía que estaba ansioso por un momento a solas conmigo, porque no solo nuestros hijos habían recibido el alta ese día. Yo también había necesitado un tiempo para recuperarme del accidente y, sobre todo, de la cesárea.

En cuanto oí el sonido de la puerta al cerrarse, vi a Sandro girarse hacia mí y entrecerrar los ojos como un depredador; un

escalofrío me recorrió la espalda y me hizo estremecer.

—Estaba deseando estar a solas contigo.

—Estaba pensando en eso.

—Ah, sí...

Asentí con la cabeza.

Sandro dio unos pasos hacia mí y pensé que iba a agarrarme, pero, en lugar de eso, se arrodilló, pillándome completamente por sorpresa.

—Tenía pensado hacerlo aquella noche, pero luego pasó todo aquello y pensé que solo necesitabas que te acogieran sin ninguna presión, así que estaba esperando el momento adecuado. Pensé en llevarte a salir otra vez, pero me pareció mejor que fuera en un lugar seguro. Aquí...

—Sandro... —Empecé a balbucear su nombre incluso antes de que metiera la mano en el bolsillo y sacara una cajita de terciopelo.

—Agda, ¿quieres casarte conmigo?

—¿Lo dices en serio? —Me estremecí, tomada por sorpresa, pues ya me había convencido de que él nunca haría algo así.

—¿Acaso soy un hombre de bromas?

Negué con la cabeza.

—Entonces...

—¡Sí! ¡Por supuesto que sí! Tengo muchas ganas de casarme contigo.

Con una amplia sonrisa, se levantó y me dio un beso, mientras me ponía el anillo en el dedo.

—¡Te quiero!

—Yo también te quiero... —Suspiré.

Volvió a besarme, pero esta vez no había nada de calma. Su lengua se entrelazó con la mía y mi cuerpo se estremeció cuando sus pesadas manos me rodearon la cintura y presionaron mi piel, mientras me empujaba contra la pared.

Solté un gemido bajo, intentando controlarme, cuando sus dientes rozaron mi labio inferior y la excitación creció aún más en mí, avivando aún más el latido entre mis piernas.

Estaba ansiosa por más y él no dudó en complacerme mientras sus manos subían por mis muslos, acariciaban mis nalgas hasta llegar a mi blusa y la subían. No tuve más remedio que levantar los brazos y dejar que me quitara la prenda, tirándola al suelo antes de bajar con la boca hacia mi cuello, dejándome besos y chupetones que solo me excitaron aún más.

Su boca se deslizó de mi cuello hacia la curva de mis pechos, recorriendo el camino con besos y mordiscos, dejando un rastro húmedo que me provocaba escalofríos.

—Sandro... —jadeé, echando la cabeza hacia atrás y golpeándola contra la pared.

—Shhh... —murmuró mientras sus dedos gruesos y hábiles abrían rápidamente la cremallera de mis pantalones y me los bajaban junto con las bragas.

Me estremecí, delirando, en el momento en que se acomodó entre mis muslos y empezó a lamerme. Clavé las uñas en la pared, sujetándome para no retorcerme cuando su lengua se abrió paso entre mis labios mayores y empezó a bailar sobre mi clítoris, desencadenando una gran ola de placer.

Sus dedos apretaron mis muslos y subieron hasta mi cintura. No pude contener el gemido en cuanto me volvió aún más loca con su boca. El placer fue creciendo en espiral, loco, enloquecido, hasta que se desintegró en miles de partículas que dejaron mi sangre hirviendo.

Ni siquiera me había recuperado cuando Sandro se quitó los pantalones y volvió a agarrarme. Mi mundo aún daba vueltas en el instante en que mi espalda chocó contra la pared y mis piernas envolvieron su cintura. Entró en mí profundamente y de un solo golpe. Dejé escapar un gemido al sentir algo de dolor, pues había pasado mucho tiempo sin sexo y aún me estaba recuperando. Sin embargo, no tardó en volver la sensación de placer.

Sentía ese cuerpo viril, masculino y lleno de músculos presionándome contra la pared, lo que hacía que el sexo fuera aún más delicioso.

En medio de todo ese delicioso vaivén contra la pared, noté cómo se tensaban sus músculos y él llegaba al clímax; sin embargo, en lugar de parar, Sandro me llevó hasta la cama y siguió moviéndose sobre mí hasta que alcancé un segundo orgasmo.

Me estaba recuperando mientras él me depositaba besos en el cuello y los pechos.

A pesar de todo lo que había pasado y de los momentos que más parecían pesadillas, no quería estar en ningún otro lugar que no fuera entre sus brazos y sabía que sería así para siempre.



Sandro Velázquez

Capítulo 61

Acaricié el rostro de Agda, que dormía profundamente en mis brazos, tras los momentos difíciles y el miedo a que algo les pasara a nuestros bebés. Por fin parecía estar mejor.

Una mujer tan joven y guapa como ella no debería haber pasado por todo eso. Ni siquiera tuvo la desgracia de nacer en una familia involucrada en el crimen organizado como mis hermanas.

Maldito sea el momento en que se cruzó en mi camino y la arrastré a todo esto...

Demasiado tarde...

Si hubiera sido lo suficientemente bueno, quizá nunca me habría involucrado con una chica ingenua de otro país, pero había un punto importante:

¡No soy bueno!

Nací en un mundo que me moldeó para tomar decisiones controvertidas y nada correctas. Siempre he vivido al margen de la ley y mi única preocupación era fingir lo suficiente para que no me pillaran como a mi padre; sin embargo, eso normalmente se podía solucionar pagando a las personas adecuadas, y dinero tenía, mucho.

Acosté a Agda en la cama y ella soltó un suspiro. Le di un beso en la mejilla y ella apenas se removió, acomodándose mejor para seguir durmiendo.

Demasiado tarde...

Ella podría haber tenido otra vida, pero ahora era mía, para siempre...

Eso significaba que tenía que mantenerla a salvo, costara lo que costara.

Salí de la habitación, dejándola dormida, y oí un murmullo que me llevó hasta la habitación de mis bebés.

Dulce dormía tranquilamente como su madre, pero Diego tenía los ojos abiertos, alerta y moviéndose, como si supiera que tenía que estar así, aunque fuera pronto para comprender el mundo al que pertenecía.

—Hola, hijo. —Me incliné hacia él y le cogí la manita. Él me devolvió la mirada y yo sonreí.

No tenía planes de ser padre y, mientras aún estaban en el vientre de Agda, no eran más que una idea, pero ahora podía tocarlos y sentía que todo había cambiado, que tenía que protegerlos y que no podía permitir que volvieran a correr ningún riesgo.

El accidente casi les había costado la vida y eso era un motivo aún mayor para que quisiera la cabeza de Ramón Hernandes en una estaca.

—¡Maldito!

Diego refunfuñó, como si hubiera oído mi protesta.

—Exacto, hijo, voy a acabar con él.

Solté sus diminutos deditos y le di un beso a mi bebé dormida antes de volver a encerrarlos en la habitación y salir casi a paso ligero por el pasillo.

Salí al garaje en busca de Joaquim y lo encontré jugando a las cartas con otros de nuestros hombres alrededor de una pequeña mesa de hierro que adornaba el jardín.

—¡Levántate! —Le di un golpe en el respaldo de la silla y saltó del susto.

—Sandro...

—Vamos... —Hice un gesto con la cabeza.

—¿Adónde?

—A buscar a Ramón.

—¿No se estaba encargando de eso tu hermano? —Frunció el ceño.

—¿Crees que nos vamos a quedar aquí esperando a que vuelva a atacar? Agda y mis hijos casi mueren la última vez.

—No, pero...

—¡Vamos! —gruñí.

—Sí... sí. —Se preparó para salir conmigo.



Agda Martins

Capítulo 62

Me estiré en la cama, esperando que Sandro ocupara el espacio a mi lado, pero sentí un nudo en el pecho al darme cuenta de que estaba vacío.

Después de que me pidiera matrimonio, imaginé que pasaríamos más tiempo juntos, pero, en cambio, despertarme y no encontrarlo allí me inquietó aún más.

Podría haber un sinfín de razones para que no estuviera allí, pero deseaba que lo estuviera.

Podría parecer una locura después de todo lo que había pasado, sobre todo por ser culpa suya, pero me sentía mucho más segura a su lado y me gustaría que siguiéramos así.

Oí que llamaban a la puerta.

—Pase...

—Buenos días, señora. —Dolores, una mujer de poco más de cuarenta años, entró en la habitación y me miró; por suerte, me había puesto un camisón.

Era una niñera que la madre de Sandro había encontrado para ayudarnos con los gemelos y que nos había visitado en el hospital durante los dos últimos y terribles meses, familiarizándose con mis hijos.

—Tienen hambre —me avisó.

—Voy ya. —Me impulsé para levantarme y ella me tendió la mano. —¡Gracias!

Ya había pasado un tiempo, pero sentía que aún no me había recuperado del todo del embarazo y, sobre todo, de la cesárea.

Dolores me acompañó hasta la habitación de los gemelos y los puso en mi regazo para que pudiera amamantarlos después de acomodarme en un sillón.

Estaba muy feliz de tenerlos en mis brazos. Ver que habían sobrevivido y que tenían la oportunidad de crecer fuertes y sanos; sin embargo, seguía muerta de miedo de que pudiera pasar algo terrible y eso me angustiaba mucho.

Me mordí el labio inferior al sentir algo de dolor mientras mamaban y Dolores se dio cuenta, colocándolos mejor en mi pecho y aliviando la molestia.

La mujer, además de haber criado a sus propios hijos, parecía tener mucha experiencia como niñera y yo estaba agradecida de tener a alguien así para ayudarme.

—Criar gemelos no es nada fácil —comentó.

—¡Ya! —Esbocé una sonrisa forzada mientras los miraba.

—Menos mal que la familia Velásquez tiene muchos recursos.

—Ojalá fueran solo recursos... —balbuceé.

Dolores podría haber sabido a qué me refería, pero optó por no decir nada.

—¿Has visto a Sandro? —cambié de tema.

—Creo que se ha ido.

—Ah...

No estaba segura, pero una parte de mí sabía que estaba tras el responsable del accidente y eso me angustiaba aún más. Tenía mucho miedo de que pasara algo aún peor, por mucho que intentara alejar esa idea.



Sandro Velázquez

Capítulo 63

—¿Qué estamos haciendo, señor? —preguntó Joaquim mientras miraba hacia fuera del coche, fijándose en la amplia calle, con una comisaría al otro lado.

—Esperando... —murmuré de mal humor.

—¿A quién?

—Al comisario.

Boris Gusman era un policía corrupto de la época de mi padre que solía aceptar sobornos de cualquiera dispuesto a pagar bien a cambio de favores.

—¿Para qué?

—Pistas...

Mis opciones se habían agotado y Ramón Hernandes seguía escapándoseme de las manos. Necesitaba encontrarlo cuanto antes y meterle una bala entre los ojos para poder estar en paz de una vez por todas.

—Señor...

—¡Quieto! —gruñí mirando hacia fuera, pero no había ni rastro del tipo al que había venido a buscar.

Mi móvil empezó a sonar en el bolsillo y lo saqué. Tenía la esperanza de que fuera solo una pista, pero era mi hermano.

—¿Adónde te has metido? —Su tono firme me exigió una respuesta.

—A cazar.

—Vuelve a casa, Sandro.

—¿Es una orden? —balbuceé irritado.

—No, pero puede que se convierta en una.

—Ese desgraciado anda por ahí.

—Te dije que me encargaría de eso.

—¡No te estás ocupando de una mierda! —estallé.

—¿Y crees que tú lo vas a resolver mejor que yo? —me provocó con aire sarcástico.

—Creo que sí.

—¡Idiota! —me espetó. —Tú serás el que acabará con un tiro en la cabeza, actuando de forma imprudente.

—Tengo que proteger a Agda y a mis hijos... —arguí.

—Pues hazlo estando con ellos.

Volví a gruñir, pero no dije nada; me negaba a admitir que mi hermano tenía razón.

Corté la llamada y arranqué el coche.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Joaquim.

—De vuelta a casa.

—Es lo más prudente...

—¡Cállate! —Apreté los dientes mientras lo miraba fijamente y Joaquim se encogió en el asiento del copiloto.



Agda Martins

Capítulo 64

Acomodé a mis bebés en la cuna con la ayuda de Dolores y solté un suspiro. Por mucho que me sintiera bien amamantándolos, era como si todas mis fuerzas se hubieran escapado de mi cuerpo.

—Deben de dormir unas horas.

—Qué bien.

—Deberías aprovechar para dormir tú también.

—Es de día...

—Como si a los bebés les importara eso. —Se rió.

—Tienes razón.

—Yo les echaré un ojo por ti.

—Muchas gracias.

—De nada.

En cuanto salí de la habitación de mis gemelos, me topé con Sandro, que estaba girando en el pasillo para entrar en el despacho de su hermano, pero parecía un perro rabioso, resoplando por las fosas nasales, y no me vio.

—Si crees que soy un perrito al que puedes tirar de la correa cuando te dé la gana, te equivocas. —Oí gritar a Sandro.

Mi curiosidad me hizo querer acercarme para escucharlos.

—Sé que es mi hermano pequeño, impulsivo, peleón e irresponsable. No quiero que mueras.

—¿Entonces los vamos a dejar ahí? —Sandro seguía alterado.

—¡Por supuesto que no!

—Parece que no estás haciendo nada.

—Pero sí lo estoy haciendo. No los vas a encontrar revolviendo cada rincón de esta ciudad.

—¿Cómo...? —Sandro dio un paso atrás, bajando el tono.

—Déjame este asunto a mí, hermano.

—¡No! Tengo que proteger a Agda y a mis hijos.

—Entonces hazlo desde aquí, estando a su lado.

—No puedo quedarme parado esperando...

—Entonces concéntrate en la boda.

—Pero...

—No quiero que acabes muerto antes que Ramón, ¿me oyes?

No oí nada más, supongo que Sandro prefirió quedarse callado.

Cuando oí pasos que se acercaban, volví corriendo a la habitación para que no me pillaran espiando.

No tardó mucho en entrar Sandro.

—¿Va todo bien? —me atreví a preguntar, aunque su expresión delataba una respuesta negativa.

—No... Él todavía anda por ahí.

—¿El hombre que me secuestró y el responsable del accidente? —Quise asegurarme.

—Sí.

—Quizás deberías dejar que la policía se encargue de esto.

—¿La policía? —Casi se echó a reír. —La policía no se mete en nuestros asuntos.

—Yo... —Respiré hondo. —Solo tengo miedo de que te hagan daño.

Sandro se acercó y me acarició la cara con la palma de la mano.

—Estaré bien. —Me dedicó una sonrisa que me calentó el corazón.

—¿Lo prometes?

Asintió con la cabeza.

—Los gemelos y yo te necesitamos.

Me acarició la mejilla con el pulgar antes de inclinarse para darme un besito.

Su lengua se entrelazó con la mía y sentí su cariño antes de que se apartara.

—¿Cómo están los gemelos?

—Bien, durmiendo.

—Genial.

Nos quedamos mirándonos fijamente, hasta que tragué saliva, armándome de valor para preguntar.

—¿Podría invitar a mis padres y a algunos amigos a la boda? Son personas a las que no veo desde hace tiempo y a las que me gustaría volver a ver.

Sandro me miró fijamente durante unos instantes y yo me fui poniendo cada vez más tensa a medida que su mirada se posaba sobre mí.

—Quiero que nuestra boda sea un momento feliz para ti.

—Pero...

—No puedo garantizar su seguridad. Me gustaría decir que sí, pero, por desgracia, no he podido protegerte bien.

—Yo estoy bien...

—Pero podrías no estarlo. Nuestros hijos podrían no estarlo.

Volví a tragar saliva y extendí la mano para tocar la suya.

—Estaremos bien. —Era una promesa que no podía hacer, pero lo dije de todos modos.

—Espero que sí.

—Te quiero, Agda. —Su declaración hizo que mi corazón diera un vuelco.

—Yo también te quiero. —Me incliné apoyándome en él y Sandro me acarició el pelo con ternura.



Sandro Velázquez

Capítulo 65

Mientras mi madre y Alma arrastraban a Agda hacia los preparativos de la boda, mis hijos crecían cada día más y yo permanecía en alerta.

Con Dulce en brazos, mirando al horizonte, admito que me sentía como una niña enfadada por haber sido castigada. Por mucho que Miguel tuviera razón y mi impulsividad jugara en mi contra, ver pasar los días sin hacer nada solo me irritaba aún más.

Aparté a mi hija y me quedé observando su carita tan mona, que cada vez tenía más color y se redondeaba. Quería protegerla del mundo entero, pero sentía que no estaba haciendo nada.

Quizá solo deseaba venganza, pero mientras Ramón no estuviera muerto, no podía sentir que tendríamos paz.

Me giré al oír a mi hijo quejarse en la cuna y la niñera lo cogió en brazos.

—¿Qué le pasa? —pregunté preocupada.

—Solo tiene el pañal sucio.

—¡Ah!

—Enseguida subirá la madre para darles el pecho.

—Creo que está eligiendo vestidos en una revista con las otras mujeres. O simplemente quiere que me mantenga alejada —murmuré.

—Las bodas y sus supersticiones —se rió Dolores.

—Sí...

Casamiento...

Aunque parecía increíble, sentía que lo deseaba con todas mis fuerzas.

Amaba a Agda y teníamos una familia juntos.

Eso era suficiente para que quisiera protegerlos, con mi vida si fuera necesario.

—¡Hola! —Agda entró en la habitación. —Estás aquí. —Me sonrió.

—He venido a ver a los gemelos.

—Les gusta estar cerca de su padre.

—Lo sé. —Alterné la mirada entre los dos bebés. —¿Ya has elegido el vestido? —Me acerqué a ella y me incliné para darle un beso.

—Lo verás en la boda. —Se encogió de hombros.

—Espero que sea bonito.

—Ah, lo es.

Agda cogió a Dulce de mi regazo y yo le di un beso en la frente a mi hija antes de alejarme.

—Voy a ver si Miguel me necesita.

—Vale. Hasta luego.

—Hasta luego. —Salí de la habitación mientras ella se sentaba en el sillón y colocaba a los dos bebés en su regazo para que pudieran mamar.

Por mucho que quisiera ayudarla, eso era algo que solo ella podía hacer.

Mientras tanto, yo iría en busca de mi hermano con la esperanza de recibir noticias que nunca llegaban.

Si no conociera tan bien a mi hermano, diría que se había olvidado de Ramón Hernandes. Sin embargo, quien había amenazado a nuestra familia no podía salir impune.



Agda Martins

Capítulo 66

Nunca imaginé que me casaría antes de los treinta...

Ser ya madre de dos bebés era aún más alucinante.

En algunos momentos deseaba poder abrir los ojos y alejar esa pesadilla, pero en otros me sentía terriblemente feliz y no estaba dispuesta a renunciar a mi nueva vida por nada. Aunque eso significara vivir en otro país, casarme con un hombre involucrado en actividades ilícitas y dejar atrás todo lo que tenía.

Algunos dirían que estaba loca, pero yo solo había aceptado que la vida era realmente una caja de sorpresas.

—¡Agda! —Oí un grito que me alegró el corazón y me hizo girarme hacia la puerta.

—¡Mamá!

Se acercó a mí y me dio un fuerte abrazo.

—Te echaba tanto de menos, mi niña.

Por un momento me permití quedarme envuelta en sus brazos, expresando lo mucho que la había echado de menos, como si nada más importara. Sin embargo, otra voz me hizo alejarme de ella.

—Qué casa tan enorme —murmuró mi amiga, mirando de un lado a otro de la habitación en la que me encontraba y fijándose en cada detalle.

—¡Juliana!

—¡Agda! —Esta vez fue ella quien me abrazó. —¿Por qué hay un auténtico ejército vigilando este lugar? Hay más guardias de seguridad que en un día de partido del Corinthians.

Me reí de la mueca que puso.

—Digamos que no corren buenos tiempos. —Fue la mejor respuesta que se me ocurrió para no decir que el maníaco que me había secuestrado todavía estaba intentando matarnos.

—Hija, por favor... —suplicó mi madre, agarrándome de las manos y obligándome a girarme hacia ella—. Renuncia a esta boda y vuelve a casa conmigo. Nos llevaremos a los gemelos y los cuidaremos en Brasil.

—No, mamá —dije con firmeza—. Quiero quedarme aquí, con Sandro.

—Pero...

—Ya he tomado mi decisión —reafirmé.

—Al corazón no se le puede mandar, ¿verdad? —Juliana se encogió de hombros.

Por la mirada de mi madre se notaba que no estaba de acuerdo, pero no insistió más. Comprendía sus emociones; en su lugar, yo también estaría aterrorizada. Sin embargo, además de mi amor por Sandro, sabía que no había otro lugar más seguro para mí y para mis bebés. Mis padres no podrían protegerme como él.

—¿Lista? —Alma, mi hermana menor, apareció en la habitación para llamarme.

Asentí con la cabeza.

—¿Y mis bebés?

—Ya están allí con mamá y Dolores.

—¡Genial! —Miré a mi madre y a Juliana, haciendo un gesto con la cabeza—. Vamos.

Ellas asintieron y me acompañaron hasta el altar que se había montado en el hermoso jardín de la mansión de los Velásquez. Nadie había barajado otro lugar para la boda, ya que aquel parecía ser el único lo suficientemente seguro.

Yo solo rezaba en silencio para que todo saliera bien y nadie resultara herido. Ya habíamos pasado por muchas cosas y lo único que deseaba era poder disfrutar algo de la felicidad que me prometía la boda.

Mi padre me esperaba al principio de la alfombra roja, colocada entre dos filas de sillas de hierro, decoradas con seda y vasos de leche. Le di un fuerte abrazo que me correspondió con la misma intensidad.

—Me alegro de verte, Agda.

—Te echaba de menos, papá.

—Yo también.

Todavía estábamos abrazados cuando comenzó a sonar la marcha nupcial y me aparté, volviéndome hacia el altar y viendo a Sandro vestido con un traje gris bien cortado y unos zapatos de vestir, muy diferente de cómo estaba acostumbrada a verlo. Igual de guapo, con sus hombros anchos y pronunciados y la piel morena brillando al sol, hasta parecía un chico de bien.

—Aún hay tiempo de salir corriendo —murmuró mi padre mientras yo entrelazaba mis brazos con los suyos.

—No voy a ir a ninguna parte —afirmé, sacando pecho y dando el primer paso hacia el altar.

Mi padre me acompañó hasta Sandro, quien lo saludó.

—Cuida bien de mi pequeña.

—No te preocupes —prometió Sandro.

Me tomó de la mano y entrelazó sus dedos con los míos mientras me llevaba hacia el altar, frente al cura.

Por encima de su hombro, vi a mis bebés en brazos de la niñera y de la abuela, y mi sonrisa se hizo aún más grande. A pesar de toda la confusión, el sufrimiento y la locura de los últimos meses, ellos eran el mayor logro de mi vida.

El sacerdote comenzó la ceremonia y mi atención se centró en él mientras sellaba mi unión con Sandro, desde ese momento para siempre.



Sandro Velázquez

Capítulo 67

Estaba harto de saludar a los invitados y mirar por encima de los hombros de todos en busca de una amenaza.

Ya fuera por miedo a mis hombres o por cortesía hacia la boda, Ramón no interrumpió ni la ceremonia ni la fiesta, y eso me alivió.

Agda se lo merecía...

¡Yo me lo merecía!

Quizá Miguel ya se había deshecho de ese desgraciado y no dijo nada solo por mi boda, pero no importaba, no ese día.

—Por fin mía. —Giré a Agda entre mis brazos y la atraje hacia mí.

—¿Solo ahora? —Frunció los labios.

—Siempre lo has sido.

—¿Ah, sí?

Asentí con la cabeza.

—Soy posesivo.

Ella soltó una risa que le iluminó el rostro y la hizo aún más guapa.

—Voy a ver a los gemelos... —se apartó de mí.

—No-no. —La rodeé por la cintura y la atraje hacia mí. —Dolores se encargará de ellos esta noche.

—Pero...

La giré sujetándola por las muñecas y presionándolas contra la pared, hasta que su cuerpo quedó pegado al mío.

—Esta noche eres solo mía. —Bajé la mirada hasta encontrar la suya, manteniendo su atención fija en mí.

—Sandro...

La silencié cuando mi boca cubrió la suya, la apreté aún más contra la pared hasta que soltó un gemido de protesta.

Jugué con su lengua, intensificando el beso, y la sentí frotar su cuerpo contra el mío, rindiéndose al deseo.

Volví a girarla, esta vez colocándola contra la pared. Llevaba el pelo recogido en un bonito moño con algunos mechones sueltos que facilitaron el camino de mi boca hacia su nuca, erizándole el vello mientras mis palmas se deslizaban por la curva de su vestido hasta que mis dedos finalmente encontraron el cierre.

Le mordí el cuello mientras le quitaba ese vestido enorme y lleno de capas. Agda soltó un gemido aún más fuerte, apoyando las manos en la pared y retorciéndose mientras yo la besaba, mordisqueaba y chupaba.

Aparté a un lado todo ese volumen de faldas y finalmente la contemplé con solo unas finas braguitas de encaje.

—Mucho mejor así...

Con ella aún de espaldas a la pared, acaricié sus pechos hinchados por la leche y bajé con las manos por su vientre, hasta agarrar sus braguitas y tirarlas de un tirón.

—¡Las has roto! —exclamó sorprendida.

—Sí. —Le lamí la oreja, hasta que volvió a retorcerse.

Le agarré el moño, tirándole de la cabeza hacia atrás y mordiéndole el cuello, mientras mi mano libre volvía a bajar por su vientre hasta deslizarse entre sus muslos, buscando justo donde más la hacía temblar.

—Sandro... —Se estiró contra mi pecho y contoneó su delicioso culo contra mí, poniéndome todavía más cachondo.

Tenía pensado ir despacio, pero así sería difícil. Mi miembro palpitaba dentro de esos malditos pantalones de vestir y estaba deseando deshacerme de ellos.

Con mi boca en su oreja, en su cuello, en su yugular... Agda se retorcía aún más en mis brazos mientras la estimulaba.

No tardó en emitir unos gemidos tan agudos que supe que había llegado al orgasmo.

Aparté las manos de su cuerpo para quitarme la ropa. Demasiadas prendas para un solo hombre. Sin embargo, seguí besándola mientras ella se frotaba, suave y excitada, contra mí.

En cuanto me despojé de todo, la puse de frente y la levanté en volandas. Agda rodeó mi cintura con sus muslos en el momento en que me introduje en ella y llegué hasta el fondo, presionándola contra la pared.

Mis ojos se fijaron en los suyos y mi respiración se sincronizó con la suya mientras ella se deslizaba ligeramente arriba y abajo

sobre la superficie rígida, despeinándola por completo. Apenas podía salir antes de que ella volviera a unir nuestros cuerpos, dejando claro que, a pesar de haberse corrido, estaba ansiosa por más.

Seguí moviéndome con fuerza, presionándola contra la pared y sintiendo cómo su canal me apretaba cada vez más. Sin preocuparme por el ruido que estábamos haciendo, solo quería disfrutar de nuestra primera noche como casados y de todas las demás.

Agda clavó las uñas en mis hombros, estirándose aún más. Quería hacer que se corriera de nuevo, pero no pude controlarme y llegué primero; sin embargo, seguí empujándola contra la pared hasta llevarla al clímax.

Jadeando, apoyé la cabeza en la superficie a su lado y ella me acarició la cabeza.

—Te quiero, Sandro.

—Yo también te quiero. —Moví la cabeza para mirarla de nuevo.

Cuando conseguí volver a moverme, la dejé en el suelo y, tambaleándose, se apoyó en la pared.

—¿Cómo crees que seremos a partir de ahora?

No sabía exactamente qué pretendía con esa pregunta, pero respondí lo primero que se me vino a la cabeza.

—Felices.

—Mmm... —Suspiró. —Felices está bien.

Sobre todo después de que le arranque la cabeza a Ramón, completé en mis pensamientos.

Sabía que ese hombre no era el primero ni sería el último enemigo al que tendríamos que enfrentarnos, pero me enfrentaría a todos ellos para garantizar la seguridad de Agda y de mis hijos.



Sandro Velázquez

Epílogo

—¡Señor! —Oí unos golpes en la puerta que me hicieron moverme en la cama, despertando a Agda.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—No lo sé. —Saqué las piernas de la cama y me levanté.

—Los gemelos... —Sus ojos se abrieron como platos ante el miedo que se apoderó de ella.

—Están bien, pero puedes ir a verlos.

Por la forma en que el hombre llamó a la puerta, no pensé que fuera algo tan grave como un allanamiento que pusiera en peligro a los gemelos.

Me acerqué a la puerta y la abrí, asomando la cabeza y mirando al tipo.

—¿Qué pasa?

—Su hermano le ha mandado que vaya con él.

—¿Por qué?

—Han conseguido capturar a Ramón Hernández.

—¿En serio? —me sorprendió.

—Sí.

Estaba sin camisa, pero no me importó eso al salir de la habitación y acompañar al soldado hasta el exterior de la mansión, donde Miguel estaba de pie sobre el césped y otros de nuestros soldados sacaban a un hombre encapuchado de la furgoneta y lo ponían de rodillas ante mi hermano mayor.

En cuanto le quitaron la capucha, el hombre gruñó y lo reconocí como el maldito responsable de todo lo malo que le había pasado a mi familia en los últimos meses.

Le gruñí a mi vez, furioso. Lo único que quería era la cabeza de ese desgraciado, preferiblemente en una bandeja.

Miguel sacó su arma y me la entregó.

—¿Quieres hacer los honores?

—Me encantaría.

Por culpa de ese maldito casi había perdido a mis hijos y matarlo tendría un sabor muy especial para mí.

Desbloqueé el arma, apunté al entrecejo y, en lugar de suplicar por su vida, el hombre se limitó a sonreír, como si no le importara. Sin embargo, antes de que disparara, oí un grito que me hizo detenerme.

—¡No! Por favor, Sandro.

Me di la vuelta y vi a mi hermana Paola corriendo hacia nosotros, impidiéndome manchar el césped con las sesos de ese desgraciado.

Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento a mis lectoras y lectores, que me animan a seguir adelante siempre, en especial a todos los participantes de mi grupo de WhatsApp: Nedja, Gaby, Suelen, Mi, Ilza Mendes, Mariana Telles, Chirly Rodrigues, Sandra Fontana, Angela, Cleonice Siqueira, Simenya, Angelica, Nalu, Tatiane, Juliana Lelis, Ivana Sandes, Gardenia Feitosa, Cristina Tiemi, Fayima Aguiar, Priscilla, Lari, Englaia Pauline Quesada, Gilcelia Martins, Adrielly Santiago, Ana Paula Mendes, Andromeda, Cristiane Ribeiro, Elaine David, Nil, Leidiana, Regina Fabbris, Jeanille Maria Yasmin, Keyla, Silvana Brito, Alecsandra, Cintia, Ana Paula Carvalho, Registela, Ana Roen, Gilvane, Rosyh Ferreira, Tatiana Lima, Janine, Pauline Quesada, Cassia, Amelia Luize, Daniela Souza, Lidiane, Ticyanne Brito, Jeniffer Barcelos, Carla Staub, Vanessa Oliveira, Beatriz Soares, Roberta Frosi, Vanilda Maia, Luana Malhães y todas las demás. También agradezco a los lectores de Instagram y Facebook todo su cariño y su constante apoyo, en especial a Micheline, amiga, seguidora y lectora por la que siento un cariño muy especial.

Gracias, Rosi, por todo tu cariño. Tu arduo trabajo asesorándome en todas las etapas de mis libros, desde la creación hasta la difusión, es el responsable de mi éxito. En especial por acogerme, apoyarme y darme consejos que acaban trasladándose a las páginas de los libros.

Mi agradecimiento a todo el equipo del Grupo Editorial Portal.

Le doy las gracias a mi marido, Gabriel, por estar siempre a mi lado, brindándome un apoyo incondicional.

Le doy las gracias a mi pequeña coautora, mi hijita Aurora, que teclea/molesta jeje, o simplemente se queda en mi regazo y es la inspiración para mis escenas con bebés.

¡Agradecimiento a mis mentores y protectores espirituales! Que mi camino hacia vosotros esté siempre abierto para que podáis orientarme y protegerme, para que tome las mejores decisiones y nunca renuncie a mis sueños.

Sobre la autora

Jéssica Macedo es de Minas Gerais, tiene 27 años y figura en la lista «Under 30» de Forbes Brasil, que recoge a los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte, Minas Gerais. Desde su apartamento, en compañía de su marido, su hija y tres gatos, escribe libros de fantasía, novelas de época y contemporáneas y, sobre todo, obras de literatura *erótica*, un auténtico fenómeno editorial entre el público femenino, que se venden a un ritmo vertiginoso en las plataformas digitales.

Autora superventas de Amazon, comenzó su andadura en el mundo de la escritura a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con el lanzamiento de su primer libro «O Vale das Sombras». Con más de 100 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas, «Eternamente mía», a un largometraje estrenado en la plataforma Cinebrac. Hoy en día, Jéssica es la figura principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que

ella fundó a partir de las experiencias vividas en otras editoriales.

Sigue más información sobre otros libros de la autora en las redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página de la autora en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY

